

HISTORIA

DEL

PRIMER DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE LAS CANARIAS.

PRINCIPIADA EN EL AÑO DE 1402, POR EL SR. JUAN DE BETHENCOURT, CHAMBELAN DEL REY CARLOS VI.

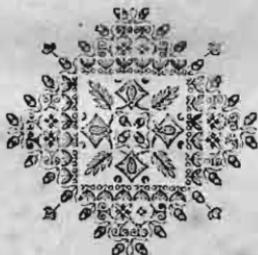
ESCRITA

en el mismo tiempo por Fr. Pedro Bontier, religioso de S. Francisco y Juan le Verrier presbitero; capellanes domésticos de dicho Sr. de Bethencourt. Dada á luz por el Sr. Galeno de Bethencourt, consejero del Rey en el parlamento de Ruan.

TRADUCIDA

DE LA EDICION HECHA EN PARIS EL AÑO 1630.

POR D. PEDRO M. RAMIREZ.



IMPRENTA ISLEÑA.—SANTA CRUZ DE TENERIFE 1847.
Regente, Miguel Miranda.

SUMARIO.

El Señor Juan de Bethencourt, señor de Granville la Teinturiere en el pais de Caux en Normandia, sale de su casa el año 1402, acompañado de alguna nobleza francesa, con el designio de pasar á conquistar y hacer convertir á la fé cristiana, las islas Afortunadas, ó Canarias, que ya habian sido descubiertas por los Genoveses y Españoles.

cap. 1.

Habiendo llegado á la Rochela, halló en esta ciudad á un buen caballero llamado Gadifer de la Salle, que se ofreció á ser de la partida, con Bertin de Berneval y algunos otros. Todos salieron de la Rochela el primer dia de Mayo de 1402, y arribaron á España por Vivero, la Coruña, cabo de Finisterra, de S. Vicente, Cadiz, puerto de Santa Maria y Sevilla, en tiempo de Enrique 3.º Rey de Castilla. Salen del puerto de Cadiz y llegan en pocos dias á las islas Graciosa y cap. 4. Alegranza, y desde estas á la de Lancelot ó Lanzarote, en la cual se hallaba un Rey idólatra; Bethencourt trata amigablemente con este Rey que se le somete; edifica un castillo que nombra de Rubicon, encarga su guarda á Bertin de Berneval, y parte con Gadifer á la isla de Erbania ó Fuerteventura. Reconocida esta isla, se ven en cap. 5. la necesidad, así por falta de viveres, como por la sedicion de algunos marineros á regresar á Lanzarote. Viendo Bethencourt que sus fuerzas no eran suficientes para acabar la conquista, resuelve regresar á España á procurarse socorros de gente y viveres; y dejando por su lugar teniente á Gadifer con Bertin, Juan le Courtois, y otros cap. 7.

varios, á los cuales dió prudentes consejos, parte para Sevilla. Durante este viage, Bertin de Ber- cap. 8.
neval escita grandes desavenencias entre los franceses y naturales del pais, y aun contra Gadifer; estos disturbios embarazan el progreso de la conquista. Bertin atrae algunos á su faccion, mientras Gadifer se halla ausente en la isla de Lo- cap. 12
bos, y cometiendo muchos escesos y violencias con- 22. 28.
tra los franceses y contra el Rey de Lanzarote y los suyos, saquea y disipa cuanto ecsiste en el castillo de Rubicon, y se embarca con los de su faccion, y muchos prisioneros canarios, en un buque español nombrado el Tajamar, del que era capitán Fernando de Ordoñez. Mas haciendo traicion á sus propios compañeros y cómplices, quienes despues perecieron por diversos modos en tierra de Africa, regresa á españa en donde dá falsas esplicaciones de su viage, al señor de Bethencourt, quien supo despues la verdad de lo ocurri- cap. 20
do. Entre tanto Gadifer acosado por la falta de viveres, en su viage á la isla de Lobos, vuelve á Rubicon; en donde procura reparar los desórdenes y menoscabos causados por la traicion de Bertin.

Mientras esto pasa, Bethencourt, habiendo cap. 24
llegado á Sevilla, se presenta al Rey de Casti- 26.
lla Enrique 3.^o, pidiendole socorro de dinero gente y viveres, para continuar la conquista, con la condicion de prestarle homenaje de ella. El Rey de Castilla acepta la propuesta, y ordena se franqueen los socorros solicitados por Bethencourt, á quien concede el señorío de las islas con el quinto de mercaderías, y el permiso de acuñar moneda. Bethencourt, obtenidos estos socorros, dispone que su esposa regrese á Normandia acom-

pañada de Enguerrand de la Boissiere, y emprende su vuelta á las islas, fuertemente alteradas contra los franceses, á causa de la traicion y mal cap. 29
tratamiento que Bertin les habia dado. Antes de 30.
llegar Bethencourt, un cierto Asche, isleño, queriendo usurpar el reino al Rey de Lanzarote le hace la traicion de entregarlo á Gadifer, á quien tambien se proponia sorprender y engañar despues; mas el Rey de Lanzarote, se escapa de la prision, y hace morir al traidor Asche. Pasa
Gadifer con su jente á la isla de Erbania ó cap. 36
Fuerteventura, donde sostiene algunos combates 37.
con los insulares. Trasládase á la gran Canaria y entra en un gran puerto entre Telde y Argones (Agüimes) pueblos de la isla. Halla una poblacion numerosa, y observa ser aquellos natu- cap. 40
rales idólatras, aguerridos, crueles, traidores y muy enemigos de los cristianos. Trasládase sucesivamente á las islas del Hierro, Gomera y Palma; en cap. 41
las cuales aprisiona algunos insulares, hallando en á 44.
cada una diversas costumbres é idiomas. Regresa á Rubicon despues de un viage de tres meses.

Llega Bethencourt de vuelta de España á Rubicon en Lanzarote, donde es muy bien recibido, tanto de los suyos como de los insulares, el Rey de estos se scmete de nuevo, y se hace cap. 49
bautizar con muchos de los suyos, siendo su padrino Bethencourt, que le hizo poner el nombre de Luis; y ordena se dé á los recién convertidos cap. 47
un formulario, instruccion, ó catecismo conteniendo á 52.
los principales puntos y misterios de nuestra creencia.

Esto hecho, Bethencourt y Gadifer resuelven cap. 53
acabar de reconocer, conquistar y convertir al cristianismo el resto de las islas, y aun pasar á cap. 54

la tierra firme de Africa, en donde hubieran en efecto penetrado, y hecho algunas conquistas, si hubiesen sido auxiliados por la Francia ó la España, á lo cual se exorta á los príncipes franceses. De aqui toma el autor ocasion para describir la costa cap. 55 de Africa, segun la relacion de un fraile franciscano español, que en aquel mismo tiempo ó poco antes, habia viajado por estas islas, y por el Africa recorriendo á Marruecos, Guinea, Dongala, Nubia, imperio del Prestejuan, Egipto, Gotonda, Montes de la Luna, y otros paises, hasta el rio Eufrates; de lo que compuso un libro, que en el dia ya no se halla; en esta relacion hay muchas cosas falsas y otras impertinentes, disculpables, sin embargo, atendida la ignorancia del tiempo en que se escribian, en el cual se daba fácil crédito, á las fábulas mas absurdas.

Bethencourt y Gadifer pasan á Guinea, hácia cap. 59 el rio del oro y cabo de Bojador, á su regreso á 62. se muestra Gadifer, descontento de Bethencourt, reconviéndole de que hubiese prestado homenaje al Rey de Castilla, por estas islas, en las cuales debia tener la misma parte que él ostentaba; arreglada esta desavenencia, Bethencourt envia á Gadifer á la gran Canaria; donde sostiene varios combates con los isleños, perdiendo alguna gente, y viendose obligado á retirarse. Reproduce Gadifer sus cuestiones con Bethencourt, exigiendole parte en el señorio de las islas, de las cuales se titulaba cap. 63 solo Rey y Señor, por concesion del Rey de Castilla. No pudiendo avenirse, acuerdan pasar ambos á España, y someter á la decision del Rey sus diferencias. Allí triunfa el favor y el crédito de Bethencourt, y Gadifer despechado, abandona la cap. 64 empresa y regresa á Francia, volviendose Bethen-

court á las islas provisto de nuevas patentes y despachos. Aqui el autor hace una descripcion de cap. 65 las islas del Hierro, Gomera, Tenerife, Palma, á 71. gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote y Lobos; de su territorio, sus productos, tráfico, habitantes, costumbres, alimentos, guerras, armas, y demas cosas singulares que se hallan en ellas.

Regresa Bethencourt de España á las islas, cap. 72 siendo recibido con regocijo, como Rey y señor, 73. así en Lanzarote y Castillo de Rubicon, como en Fuerteventura y en los Fuertes de Rico-roque y Valtarajal. Desde estos fuertes hace la guerra á los isleños, obteniendo muchas victorias sobre ellos. cap. 74 Sobrevienen algunas disputas y querellas entre los franceses, las cuales apacigua Bethencourt con prudentes amonestaciones. Reedificase el fuerte de Rico-roque, que los isleños amotinados habian destruido. Los dos Reyes de Fuerteventura, que habian sostenido entre si continuas guerras, envian emisarios á Bethencourt, pidiendole ser bautizados; lo que en efecto se verifica con gran solemnidad en la capilla que Bethencourt habia mandado edificar en Valtarajal. Resuelve Bethencourt pasar á Francia; nombra su lugar-teniente en las islas á Juan le Courtois, y emprende su viage. Llega á Harfleur, y continua á su casa de Granville. Permanece en ella algun tiempo, siendo visitado y cumplimentado por toda la nobleza del país. Hace nuevas reclutas y reúne una brillante tropa de Gentiles hombres y simples soldados, con algunas familias de artesanos para poblar y mejorar las islas. Compra y equipa á su costa algunos navios, y parte con esta expedicion para las islas, llevando consigo á su sobrino Maciot de Bethencourt. Llega á Lanzarote, donde hace una magnifi-

ca entrada, siendo recibido con grandes muestras de regocijo, asi por sus gentes como por los isleños que lo amaban tiernamente; del mismo modo es recibido en Fuerteventura por los dos Reyes ya cristianos, y por todo el pais que lo reconoce como señor. Deja en Fuerteventura á su sobrino Macap. 82
 ciot, á quien se proponia hacer su sucesor, ordena edificar una iglesia con la advocacion de nuestra señora de Bethencourt, y dando su curato al señor Juan le Verrier, emprende una expedicion á la Gran Canaria; mas, impelido por el temporal so-cap. 83
 bre la costa de Africa, salta en tierra cerca del cabo de Bojador; internase en el pais hasta la distancia de dos leguas, y hechas algunas presas regresa á la Gran Canaria; donde se encuentra que la parte de la expedicion que habia logrado aportar á esta isla, empeñada imprudentemente en un combate con aquellos isleños, habia sido batida con pérdida de bastantes muertos. Reunido con la gente que quedó pasa Bethencourt á la isla de la Palma, allí sostiene varios combates, y deja á su partida algunos de sus soldados para colonizar la isla; haciendo lo mismo en la isla del Hierro, cap. 84

De vuelta á Lanzarote, ordena todo lo necesario al buen gobierno espiritual y temporal; dá á 87.
 sus instrucciones á Maciot su sobrino, le recomienda cuanto toca á la Iglesia y á la Justicia, y demas cosas de una buena administracion y policia, y en primer lugar la paz y union entre todos. Despues de esto visita el pais, al cual provee de sabias ordenanzas, y teniendo resuelto regresar á Francia, procura dejar á todos contentos, en cuanto le es posible, así á los suyos como á los isleños; les distribuye tierras, y habiendolos reunido á todos y festejado les exorta á que adelan-

ten la Religion, conserven la concordia, y traten bien á los nuevos cristianos; y confiriendo el cargo de su lugar-teniente general á Maciot su sobrino, parte de las islas, dejando á todos llenos de sentimiento y particularmente á los insulares. Llega á España donde es muy bien recibido y honrado por el Rey, que lo estimaba singularmente; cap. 88 á quien pide le conceda un religioso para obispo de las islas, con letras de recomendacion para el Papa, á fin de que confirme la creacion. Sale para Roma, donde igualmente es muy bien recibido por el Papa Inocencio VII, que le concede lo que pedia. Hace partir para Canarias con las Bulas obtenidas al obispo nombrado, Alberto de las Casas, y regresa á Francia, pasando por Florencia, donde es muy obsequiado por la nobleza; se cap. 90 traslada á Paris, y desde allí á su casa; recibe en ella á 93. al cabo de algun tiempo, noticias del obispo que se las dá de las islas y del buen gobierno de su sobrino Maciot, y pensando dar aun otro viage á las islas, fallece en su casa de Grainville el año 1425, y aqui concluye esta historia.

Dios por su gracia quiera inspirar nuestra nobleza francesa á semejantes conquistas, á la exaltacion de su santo nombre y á la gloria de nuestra nacion.

El gran Rey Francisco 1.º nos ha mostrado 'el camino, cuando á ejemplo de los Reyes Fernando de Castilla y Manuel de Portugal, no obstante sus largas y peligrosas guerras con la mayor parte de los príncipes de Europa, por quienes se vió atacado, no dejó de emprender á costa de grandes gastos muchos viajes y descubrimientos, cuyo éxito hubiera sido mas feliz á no contrariarlo aquellos obstáculos.

Enrique VII y Enrique VIII Reyes de Inglaterra, no hicieron menos por su parte, formando grandes designios, que

despues feliz y gloriosamente se llevaron á cabo por la Reyna Isabel.

Que tan ilustres ejemplos, y gloriosos trofeos despierten el valor de nuestro augusto y triunfante Luis 13, llamandolo á semejantes y mayores triunfos, pues Dios por una gracia especial quiso dotarlo de las eminentes cualidades requeridas por tan dignas empresas, poniendolo al frente de una nacion capaz de responder á la magnitud de tan grandes designios. Asi sea.



PROLOGO

DEL AUTOR.

Como sea cierto que muchos caballeros, oyendo contar las grandes aventuras, las hazañas y hechos valerosos de los que en otros tiempos emprendieron largos viages, y conquistas sobre los infieles con la esperanza de atraerlos á la fé cristiana, se han estimulado á imitar tan nobles empresas, con el fin tambien de huir de los vicios, y practicar las virtudes que al terminar sus dias los condujeran á la vida eterna; Juan de Bethencourt, caballero natural del reyno de Francia, emprendió este viage en honra de Dios, y por la exaltacion y aumento de nuestra fé, á las partes meridionales, hácia ciertas islas allí situadas, que se llaman las islas de Canaria, habitadas por infieles de diversas leyes y distintos idiomas, de las cuales la gran Canaria es una de las mejores y de las mas principales, y mejor poblada de gente y víveres y de todas otras cosas; y por esto se llama este libro el Canario; y en él, si Dios es servido, se hallarán escritas cosas que parecerán muy estrañas en el porvenir. Y nosotros Fr. Pedro Bontier religioso del convento de San Juan de Marnes, y Juan le Verrier, presbítero, domésticos del dicho Bethencourt, hemos emprendido escribir las mas de las cosas que le sucedieron al principio, como tambien las de su gobierno, de las cuales podemos tener verdadero conocimiento desde que partió del reyno de Francia hasta el 19 de Abril de 1406, que el dicho Bethencourt retornó de las islas (1); y desde este dia pasará esta historia á otras manos

(1) El original frances dice *jusques au 16 jour d' Avril 1406 que le dit Bethencourt est arrivé es isles de par decá....* En esto hay un error evidente que no advirtieron ni el editor frances ni el Sr. Servan Grave en su traduccion que tenemos á la vista.

que la continuarán hasta el fin de la conquista. Quiera Dios que todo lo vé y todo lo conoce, dar por su santa gracia, á aquellos que se han mantenido en ella y se mantengan, sentido, entendimiento, fortaleza y poder para perfeccionar esta conquista, y llevarla á buen fin, de modo que ella sirva de ejemplo á todos aquellos que por devocion tienen valor y voluntad de emplear sus vidas y haciendas en defensa y exaltacion de la fé católica.



Bethencourt, segun se verá en el capítulo 89 de esta obra llegó á Roma de regreso del viage á las islas que emprendió el 9 de Mayo de 1405, (capítulo 81) á principios del año 1406, y habiendo sido este viage el último que hizo, no podia llegar á las islas en 19 de Abril del mismo año 1406. Asi creemos que hay en este pasage un error de palabras que cambian el sentido de la oracion, la cual debe interpretarse como lo hemos hecho. Los autores Bontier y le Verrier al citar la fecha de 19 de Abril de 1406, fijan la época en que concluye su historia, cuya época fué no la de la llegada de Bethencourt á las islas, y sí la de su regreso de ellas para no volver á pisarlas, y asi lo traducimos. **NOTA DEL TRADUCTOR.**



JUAN DE BETHENCOURT.



HISTORIA

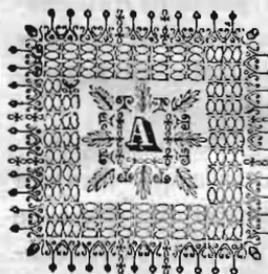
DE LA

CONQUISTA DE CANARIAS

POR EL SEÑOR DE BETHENCOURT.

Como el Sr. de Bethencourt salió de Grainville y pasó á la Rochela, y de allí á España, y lo que en este viaje le sucedió.

CAPITULO I.



costumbrabase en otros tiempos escribir las historias de los buenos caballeros, y las cosas extraordinarias que los valerosos conquistadores hacian; y asi como se encuentra en las antiguas historias, queremos nosotros hacer relacion de la empresa que acometió el Sr. de Bethencourt, caballero y baron, nacido en Normandia en el reino de Francia.

Salió el Sr. de Bethencourt de su castillo de Grainville la Taincturiere, en el pais de Caulx, y pasando á la Rochela, encontró en esta ciudad á Gadifer de la Sa-

le; honrado caballero, que se hallaba allí buscando fortuna, y á quien el Sr. de Bethencourt comunicó su proyecto, manifestándole cuanto se alegraba haberlo encontrado, y proponiéndole le acompañase en su empresa, le preguntó que parte queria interesar en ella. Gadifer alegrándose mucho de esta propuesta, dijo al Sr. de Bethencourt que la aceptaba, y en cuanto á la parte que habia de tener en ella, que se proponia acompañarle como aventurero. Muchas y muy lisongeras palabras mediaron entre estos dos caballeros, que seria largo referir; por último, ambos partieron con su armada del puerto de la Rochela, el primer día de Mayo del año de 1402; haciendo rumbo á las partes de Canarias, para ver y visitar este pais, con la esperanza de conquistarle, y atraer á la fé cristiana á sus moradores.

El buque en que navegaban, bien tripulado y provisto de viveres y demas cosas necesarias para el viage, debia dirigirse por Bell-isle, pero al pasar por la isla de Ré un viento contrario les obligó á cambiar su rumbo para España y arribaron al puerto de Vivero, donde permanecieron el Sr. Bethencourt y sus compañeros ocho dias; en los cuales se suscitaron tales discordias entre la gente de la expedicion, que estuvo á punto de malograrse la empresa, á no haber conseguido apaciguar aquellos espíritus inquietos, las persuaciones del Sr. de Bethencourt y su compañero Gadifer de la Sale.

Partió la expedicion de Vivero, y fondeó en la Coruña, dande hallaron anclada una armada que montaba un Conde de Escocia, el Sr. de Hely, el Sr. Rasse de Renty, y otros muchos. Bajó á tierra el Sr. de Bethencourt, y entró en la ciudad donde tenia algunas diligencias que practicar, y viendo que se estaba desmantelando de muchos de sus efectos, una nave apresada no sabemos á quien, el Sr. de Bethencourt suplicó al Conde que le permitiese tomar algunas cosas que le eran nece-

sarias; el Conde se lo concedió y pasando Bethencourt á la nave hizo tomar una ancla y un bote, y conducirlo á su navio. Pero cuando el Sr. de Hely y sus compañeros lo supieron se disgustaron, enviando al Sr. Rasse de Renty á que dijese al Sr. de Bethencourt restituyera el bote y el ancla. Bethencourt respondió que si habia tomado aquellos efectos, habia sido con el consentimiento del Conde de Craforde, y que no los devolveria. Llevada esta contestacion al Sr. de Hely, pasó él mismo á verse con Bethencourt diciendole que devolviera ó hiciera devolver lo que habia tomado de su nave; pero Bethencourt se negó de nuevo, manifestando que lo habia hecho con el consentimiento del Conde; dijeronse en esta reyerta duras palabras; viendo lo cual el Sr. de Bethencourt dijo al Sr. de Hely, tomad en buen hora batel y ancla y marchaos. Pues que asi os agrada, replicó el Sr. de Hely, tambien á mi me place, y hoy mismo haré que se recojan ó dispondré otras medidas; tomadlos ahora mismo si queréis, respondieron Bethencourt y Gadi-fer, pues tenemos otras cosas á que atender. En efecto, Bethencourt se hallaba á punto de zarpar las anclas y darse á la vela, é incontinentemente partieron del puerto.

Como Bethencourt y su armada llegaron á Cadiz, y como fueron acusados por unos mercaderes de Sevilla.

CAPÍTULO II.

Quando vieron partir el navio de Bethencourt el Sr. de Hely y sus compañeros, armaron una galeota y salieron en ella á darle caza; pero aunque llegaron á estar á el habla, y se dirijieron duras reconvenciones, que fueran muy largas de contar, no obteniendo mas respuesta de Bethencourt que la ya dada, regresaron sin adelantar cosa alguna. Bethencourt y su armada siguieron su rumbo, y quando hu-

bieron doblado el cabo de Finisterre, navegaron costeando el Portugal hasta el cabo de S. Vicente, desde donde hicieron rumbo á Sevilla, arribando al puerto de Cadiz, que se halla muy cerca de Marruecos (1); allí permanecieron largo tiempo, y fué detenido Bethencourt, por demanda de algunos mercaderes, genoveses, plasentinos é ingleses, vecinos de Sevilla; quienes habiendo perdido, en varios buques robados en su navegacion, algunos intereses, acusaron á Bethencourt ante los tribunales, de ser el autor de las piraterias, y de haber abordado y saqueado tres navios.

Como Bethencourt se defendió de la acusacion de los mercederes genoveses plasentinos é ingleses, y del motin de sus marineros.

CAPITULO III.

Bajando á tierra Bethencourt, pasó al puerto de Santa Maria, para informarse de lo que habia, y allí fué preso y conducido á Sevilla: pero cuando el tribunal le hubo hecho los cargos y escuchado su defensa, le rogaron que la cosa quedase en tal estado y nada mas se gestionara sobre ella, dejándole en plena libertad.

Durante la permanencia de Bethencourt en Sevilla, algunos marineros faltos de valor y resolucion, desalentaron de tal modo á sus compañeros, diciéndoles que estaban poco provistos de viveres, y que se les llevaba á morir, que de 80 que eran solo quedaron 53; sin embargo de esta baja que dejaba tan reducida la fuerza de la espedicion, asi que Bethencourt hubo regresado á su nave, dispuso dar á la vela, y emprendieron su viage, en cuya empresa aquellos que permanecieron fieles á Bethencourt, y no tomaron parte en

(1) Estrecho de Gibraltar (N. del T.)

los malos hechos de Bertin de Berneval, sufrieron muchas penalidades, trabajos y miserias, como se verá mas adelante.

Como partieron de España y llegaron á la isla de Lanzarote.

CAPÍTULO IV.

Partidos del puerto de Cadiz se metieron en alta mar, y despues de tres dias de bonanza, en los cuales hicieron poco camino, habiendo refrescado el viento, llegaron en cinco dias al frente de la isla Graciosa, desembarcando despues en la de Lanzarote, en cuya isla se internó Bethencourt, poniendo gran diligencia en apresar á algunos naturales del país; pero no pudo conseguirlo, y como no conocia el terreno, se retiró sin adelantar cosa alguna, al puerto de la Alegran za; allí habiendo tomado consejo del Sr. Gadifer de la Sale y otros gentiles hombres que lo acompañaban, fué resuelto internarse de nuevo en Lanzarote (1) hasta encontrar con sus habitantes; así lo ejecutaron y á los pocos pasos vieron bajar algunos isleños de las montañas que se dirigian á ellos, los cuales les declararon que el Rey del país vendria á hablar con el Sr. de Bethencourt á cierto parage, y así se efectuó. El Rey del país se presentó á Bethencourt y en presencia de Gadifer y de otros gentiles hombres, se puso bajo la obediencia de Behtencourt y de sus compañeros, sometiendose como amigos, pero no como súbditos, quienes les ofrecieron protegerlos y defenderlos de todos aquellos que quisieran hacerles daño; ofertas que no les fueron bien cumplidas, como se verá mas adelante. Puestos de acuerdo el Rey sarraceno y el Sr. Bethencourt,

(1) Esto se verificó en Julio de 1402; v. el cap. 43. (N. del Editor francés.)

este dispuso edificar un castillo que se llama de Rubicon y lo guarneció con una parte de sus compañeros; y pareciendole que uno de ellos nombrado Bertín de Berneval era hombre activo, le confirió el gobierno de aquella gente y el del país; y con la gente restante pasaron Behtencourt y Gadifer de la Sale, á la isla de Erbania llamada Fuerte-aventura.

Como el Sr. Behtencourt, por consejo de Gadifer de la Sale, partió de Lanzarote, para pasar a la isla de Erbania llamada Fuerte-aventura.

CAPITULO V.

Al partir de Lanzarote el Sr. de Behtencourt, tomando consejo de Gadifer, resolvió que se procurara llegar de noche á la isla de Fuerteventura, y así se hizo; y saltando en tierra Gadifer con Remonet de Lenedan y otros compañeros, marcharon tierra adentro, tanto como pudieron, hasta llegar á una montaña en que se halla una fuente de agua viva y corriente. Mucha diligencia hicieron para encontrar á sus y enemigos, quedaron muy disgustados por no poder dar con ellos. Pero los dichos enemigos se habian retirado al otro extremo del país, desde que vieron aproximarse la nave al puerto. Ocho días permanecieron tierra adentro Gadifer y sus compañeros, hasta que faltándoles el pan tuvieron que regresar al puerto de Lobos.

Allí reunidos con los demas caballeros tuvieron un consejo, y acordaron seguir por tierra á lo largo de la costa hasta un arroyo llamado el vado de la Palma, donde se alojaron fortificandose en la desembocadura de este arroyo, proponiendose no partir de allí hasta tanto que el país quedase conquistado, y convertidos sus habitantes á la fé católica. La nave debia seguirlos á la vista para proveerlos de víveres.

Como los marineros de la nave de Gadifer reusaron recibirlo en ella.

CAPÍTULO VI.

Robín Brument contra maestre de la nave que Gadifer decia pertenecerle, se negó á recibirlo en ella, y á recibir á sus compañeros, y hubo de convenir Gadifer en servir de rehenes, para que los trasladase á la isla de Lanzarote, pues de otro modo se hallaban espuestos á perecer de hambre faltandoles ya todos los viveres; y como Robín Brument y Vicente Cerent le hiciesen decir por Colin Brument hermano de aquel, que ni él ni sus compañeros lograrían entrar á viva fuerza en la nave, hubo de resignarse Gadifer á embarcarse solo en ella acompañado de Anibal su bastardo, y que sus compañeros fuesen conducidos en el bote, sintiendo la violencia con que se le impedía disponer de lo que era suyo.

Como el Sr. de Bethencourt partió para España dejando el gobierno de las islas á Gadifer

CAPÍTULO VII

Regresados al castillo de Rubicon el Sr. de Bethencourt y Gadifer, en donde rehusaron entrar muchos marineros, recelosos de ser castigados por sus malos hechos con Gadifer, resolvió el Sr. de Bethencourt de acuerdo con este y con los demas gentiles hombres de la espedicion, regresar á España, llevandose los marineros mal contentos y sediciosos, á fin de conducir algunos refrescos y socorros de gente y armas. Hablose á los marineros, para que consintieran se bajasen á tierra los viveres que no fuesen necesarios para la navegacion, con los cuales quedara provista por algun tiempo, la gente de la espedicion; pero aunque

asi se hizo, no fuè sin ocultar y sustraer una buena parte asi de viveres como de armas y artilleria, que hizo despues notable falta. Salió la nave del puerto de Rubicon con el Sr. de Bethencourt, haciendo rumbo al otro extremo de la isla de Lanzarote donde fondearon. Allí hizo Bethencourt llamar al Sr. Juan le Verrier presbítero, y su capellan, á quien dió algunas instrucciones reservadas, como tambien al llamado Juan le Courtois, haciendoles varios encargos tocantes á su honor y provecho, y recomendandoles cuidasen mucho de todas aquellas cosas que fuesen de hacer, y que los dos se mantuvieran unidos como hermanos, conservando la paz y buena armonia con los demas compañeros, y asegurandoles haria por su parte la mayor diligencia para regresar en breve tiempo. Y despidiendose, dicho Bethencourt, de Gadifer y demas compañeros, navegó felizmente hasta llegar á España.

Suspenderemos aqui esta materia, para hablar de la traicion de Bertin de Berneval, natural de Caux en Normandía, y gentil hombre por su sangre y sus hechos de armas, quien inspiraba tanta confianza á los Sres. Bethencourt y Gadifer, que lo nombraron su lugar teniente y gobernador de la isla de Lanzarote; confianza á la que correspondió harto mal con grandes traiciones, segun se verá mas largamente declarado.

Como Bertin de Berneval dió principio á sus malos hechos contra Gadifer.

CAPÍTULO VIII.

Desde que Bertin de Berneval llegó á la Rochele, para reunirse al Sr. de Bethencourt, procuró hacer algunas alianzas, y ganarse la voluntad de muchos de sus compañeros; y poco despues, fomentó graves discordias y disenciones entre Gascones y Normandos. Verdaderamente

Bertin no queria bien al Sr. Gadifer, y procuraba ocasionarle cuantos disgustos podia; llegando á tal punto las cosas que Gadifer se vió obligado á armarse en su camarote para apaciguar la reyerta suscitada entre los marineros refugiados al castillo de proa, desde donde arrojaron dos dardos á Gadifer, uno de los cuales pasando por entre él y Anibal que le ayudaba á ponerse la armadura, fué á clavarse en un cofre inmediato. Otros marineros se subieron á las gabias armados de dardos y barras de hierro, con ánimo de arrojar estas armas sobre nosotros, y no con poco trabajo pudo conseguirse calmar este motin, que indispuso de tal suerte á los unos contra los otros que antes que el navio partiese de España para las islas de Canaria, se separaron mas de 200 hombres, de los que mejor armados se hallaban, cuya falta se hizo sentir despues repetidas veces; pues si se hubiesen mantenido leales, Bethencourt fuera Señor de todas las islas de Canaria, ó de la mayor parte de ellas.

Como Gadifer teniendo confianza en Bertin, lo envia á hablar con el patron de una nave.

CAPITULO IX.

Despues que el Sr. de Bethencourt hubo partido de Rubicon, dejando ordenado á Bertin de Berneval que cumpliera con su deber en todo lo que fuese razon, obediendo al Sr. Gadifer, como toda la gente que allí quedaba, á quien tenia Bethencourt por muy cuerdo caballero, por lo que le habia hecho participar de su empresa, si bien mas tarde como se verá mas adelante hubo, entre ellos dos grandes disenciones, Gadifer que tenia mas confianza en Bertin de Berneval que en ningun otro, le encargó pasase á un navio que hacia poco habia fondeado en la isla de Lobos, y se creia ser el Tajamar con

cuyo capitán Fernando de Ordoñez, tenía Bertin conocimiento. No era este buque y si el nombrado Morella que mandaba Francisco Calvo, á quien Bertin hizo le hablase uno de sus marineros llamado Jimenez, en presencia de algunos otros, proponiendole lo llevase en su buque, con treinta compañeros, y que aprisionaria cuarenta isleños de los mejores que se hallasen en Lanzarote. Francisco Calvo con su gente rechazó tan gran maldad, diciendole á Bertin que disponia de lo que no era suyo, y que no permitiese Dios que cometiera semejante deslealtad, con tan buenos caballeros como eran el Sr. de Bethencourt y el Sr. Gadifer, privandolos del auxilio de la poca gente que les quedaba, y robando á los isleños que Bethencourt habia puesto bajo su proteccion y salta vaguardia, esperando atraerlos á nuestra fé y redimirlos con el bautismo.

Como Bertin engaña á los de su faccion.

CAPÍTULO X.

Poco tiempo despues, Bertin que no cesaba de maquinár alguna traicion, para satisfacer su mala voluntad, se dirigió á todos aquellos que creia de tan mal ánimo como el suyo, anunciandoles tenia cosas que decirles en las cuales se interesaba su bien su honra y provecho; les hizo prestar juramento de que guardarian el secreto de cuanto iba á declararles, y les dijo que Bethencourt y Gadifer debian darle á él y á Remonet de Lenedan cierta suma de dinero, que se irian á Francia en el primer navio que llegase, y los compañeros se repartirian en las demas islas, donde permanecerian hasta su vuelta. Concertaronse con Bertin en este proyecto algunos Gascones, cuyos nombres son los siguientes: Pedro de Liens; Augerot de Montignac; Siort de Sartique; Bernardo de Chastelvary; Guillermo de

Nau; Bernardo de Mauleon, apellidado el Gallo; Guillermo de Salerne, llamado Labat; Morelet de Couroge; Juan de Bidouville; Bidaut de Hourneau; Bernardo de Moutauban; y uno del pais de Airnys llamado Juan l' Alicu; todos estos se acordaron con Bertin, y muchos mas de otros paises, de los cuales se hará mención en su lugar, mas adelante.

Como Gadifer pasó á la isla de Lobos.

CAPÍTULO XI.

Gadifer que no sospechaba de modo alguno que Bertin de Berneval que era de noble origen, fuese capaz de hacer una maldad, partió acompañado de Remonet de Lenedan y otros muchos, del castillo de Rubicon pasando en su chalupa á la isla de Lobos, con el objeto de cojer algunos de estos anfibios, y servirse de sus pieles para hacer calzado de que tenian gran necesidad sus compañeros; alli permanecieron algunos dias hasta que faltándoles los viveres (porque es aquella una isla desierta y sin agua dulce) envió Gadifer á Remonet de Lenedan en la chalupa al castillo de Rubicon, para traer algunos mantenimientos, previniéndole regresara al dia siguiente, pues los viveres que tenian solo podian alcanzar para dos dias. Cuando Remonet llegó al puerto de Rubicon, hallose que mientras Gadifer y sus compañeros habian permanecido en la isla de Lobos, Bertin con sus aliados se trasladó al puerto llamado isla Graciosa, donde habia llegado la nave nombrada el Tajamar, á cuyo capitan contó Bertin muchas mentiras, diciéndole que aprisionaria y le entregaria cuarenta isleños de los mas robustos que se hallasen en Lanzarote, los cuales le valdrian dos mil francos, siempre que lo quisiera recibir en el navio con sus compañeros, para conducirlos á Europa. Tales instancias hizo Bertin y ta-

les falsedades dijo al capitan, que al fin movido este de codicia, consintió en lo que Bertin proponia. Sucedió esto quince dias despues de San Miguel (14 de Octubre) del año 1402. Bertin se retiró en seguida perseverando en su maldad.

Como el traidor Bertin fingiendo buen semblante, hace llamar al Rey de la isla de Lanzarote y otros isleños para prenderlos.

CAPITULO XII.

Hallabase aun Gadifer en la isla de Lobos, y acababa de regresar Bertin de la Graciosa al castillo de Rubicon, cuando se acercaron á él dos isleños diciendole como los españoles habian desembarcado para cautivarlos, á lo que les contestó Bertin que se retiraran tranquilos y permanecieran reunidos, que él les daría pronto socorro; con esta seguridad se retiraron los dos canarios, y Bertin que se hallaba con una lanza en la mano, dijo entonces, blasfemando de Dios, “Yo iré á hablar á los españoles, y si en esto ponen mano, los mataré ó me matarán; y pido á Dios que de allá yo nunca vuelva.” Alguno de los que presentes se hallaban, hubo de decirle; “mal hablais Bertin”; á lo cual replicó. “Eso pido á Dios del Cielo”; saliendo al mismo tiempo del castillo de Rubicon acompañado de muchos de sus parciales; á saber, Pedro de Liens; Bernardo de Montauban; Olivero de Barré; Guillermo el bastardo de Blesy; Felipe de Bassieu; Miguel el cocinero; Jacobo el panadero; Pernet el mariscal, con otros muchos que no nombramos, quedando sus demas cómplices en el castillo de Rubicon. Bertin asi acompañado se dirigió á una poblacion de isleños llamada la Grande Aldea, en donde halló algunos de los principales insulares; y con el traidor propósito de engañarlos les hizo decir,

que llamarán á su Rey y á los que lo acompañasen, que él los guardaría y defendería á todos contra los españoles. Los insulares movidos por la confianza que tenían en el Sr. de Bethencourt y los suyos, vinieronse á la Aldea hasta en número de 24, donde creyeron hallarse en seguridad. Bertin los agasajó, y les dió de cenar, deteniendo con ellos dos Canarios, uno llamado Alfonso, y una muger llamada Isabel, á quienes el Sr. de Bethencourt habia traído para que le sirviesen de intérpretes en Lanzarote.

Como despues que Bertin hubo aprisionado al Rey y los isleños, los condujo al navio Tajamar y los entregó á los ladrones.

CAPITULO XIII.

Cuando los isleños hubieron cenado, Bertin les hizo decir, que durmieran con tranquilidad y nada temiesen; que serian bien guardados; sin embargo, aunque algunos se durmieron otros no. Cuando Bertin creyó que era ya tiempo, se presentó delante de ellos con la espada desnuda, y los hizo maniar, escepto un tal Anago que pudo escaparse. Aprisionados asi los isleños, y persuadido Bertin que una vez descubierto el engaño, ya no seria fácil atraer á otros; salió conduciendo los prisioneros hácia el puerto de la isla Graciosa, donde se hallaba la nave española nombrada Tajamar.

Como el Rey de Lanzarote escapó á los guardas que lo custodiaban.

CAPITULO XIV.

Cuando el Rey se vió reducido á tal estado, y co-

noció la traicion de Bertin y de sus compañeros, y el ultrage que se le habia hecho, siendo hombre valeroso y esforzado, rompió las ligaduras que lo sugetaban escapando de los tres hombres que tenia en su guarda; uno de ellos que era Gascon quiso perseguirlo, mas volviendo el Rey á él con gran corage, le dió tal golpe, que ya nadie se atrevió á acercarsele. Esta era la sesta vez que se libraba de las manos de los cristianos, por su valor y esfuerzo. Los 22 isleños que quedaron en poder de Bertin los entregó este á los españoles de la nave Tajamar, á ejemplo del traidor Judas Iscariote, que haciendo traicion á nuestro Salvador Jesucristo, lo entregó en manos de los judios para que fuese crucificado y sufriera la muerte; así hizo Bertin entregando aquellos pobres é inocentes isleños en manos de los ladrones, que los llevaron á vender á tierras estrañas, y sufrir perpétuo cautiverio.

Cómo los compañeros de Gadifer detienen la chalupa que habia enviado por viveres.

CAPITULO XV.

Mientras Bertin se hallaba en la nave envió el bastardo de Blesy con algunos mas de sus aliados al castillo de Rubicon; allí hallaron la chalupa que Gadifer habia enviado en busca de algunos viveres, para si y sus compañeros que se encontraban en las isla de Lobos, como queda dicho; y dispuestos á realizar sus malvados proyectos, fueron en busca de algunos gascones, sus compañeros de juramento, y reunidos unos y otros conjurados, se apoderaron de la chalupa, metiendose en ella; y como Remonnet de Lenedan corriese á recobrarla, fué sobre él el bastardo de Blesy, con la espada desnuda, llegando á pique de matarlo. Pero los conjurados que ha-

bían separado la chalupa á larga distancia de la orilla, prorrumpieron en voces diciendo “si hay algun osado entre los partidarios de Gadifer, que se atreva á poner mano á la chalupa, y en el acto muere sin remedio; por que pese á quien pese, Bertin y los suyos serán recogidos en el navio, aunque Gadifer y su gente no vuelvan á comer mas.” Algunos de los amigos de Gadifer que se hallaban en el castillo de Rubicon se dirijieron á los conjurados diciendoles, “Buenos señores, vosotros sabeis bien que Gadifer pasó á la isla de Lobos por la necesidad que teniamos de calzado, y que se hallan ya en el apuro de no tener ni pan, ni harina, ni agua dulce; no se les puede proveer mas que con esta chalupa; asi servios franquearla para socorrer con algunos viveres á aquellos compañeros, que de otra suerte moriran de hambre.” “No nos hableis mas de esto, respondieron los conjurados, pues no damos la chalupa; porque nos espondriamos á quedarnos aquí, marchandose Bertin y los que con él se hallan en la nave Tajamar.”

Como Bertin envió el bote del navio Tajamar, á buscar los viveres de Gadifer.

CAPITULO XVI.

Al dia siguiente á la hora de nona llegó al puerto de Rubicon el bote del navio Tajamar, tripulado con siete hombres; y habiendoles preguntado la gente de Gadifer, lo que querian, respondieron que Bertin los enviaba, diciendoles al partir, que llegaría tan pronto como ellos á Rubicon. En este tiempo los parciales de Bertin que se hallaban en el Castillo, se apoderaron de los viveres que allí se guardaban pertenecientes al Sr. de Bethencourt, y que este habia dejado encargados á Gadifer; como eran vino, galleta, carne salada, y otras vi-

tuallas. Siendo esta provision la que legítimamente habia correspondido á su persona, en el reparto que entre todos se habia hecho; escepto un tonel de vino que no estaba aun distribuido.

Como Bertin entregó las mugeres que se hallaban en el Castillo, á los españoles, que las violentaron.

CAPITULO XVII.

A la hora de visperas, vino Bertin á tierra, al Castillo de Rubicon, acompañado de 30 de sus compañeros del navio Tajamar, á quienes les dijo. “Tomad pan y vino, y todo cuanto halleis, y ahoreado sea el que cosa alguna respete; porque todo esto me cuesta á mi mas que á ninguno de ellos; maldecido, pues, el que deje algo que pueda llevar.” A estas palabras añadió Bertin otras muchas que fuera muy largo referir; y no contento con esto hizo sacar algunas mugeres francesas que se hallaban en el castillo, y las entregó á los españoles, quienes las condugeron á la fuerza, el castillo abajo, hácia la marina, donde las violentaron, sin que los enterreciera ni sus gritos ni sus grandes lamentos y llantos. En tanto Bertin repetia sus amenazas diciendo. “Deseo que Gadifer de la Sale sepa que si fuese tan jóven como yó, iria á matarle; y por no serlo no lo pongo por obra; pero si se me monta la sangre á la cabeza voy á hacerlo nadar en la isla de Lobos, y así podrá pescar lobos marinos.” Con tanta pasion hablaba contra aquel de quien solo habia recibido beneficios y aprecio.

Como Bertin hizo cargar las dos lanchas de viveres y otras cosas.

CAPÍTULO XVIII.

Al dia siguiente por la mañana hizo cargar Bertin de Berneval, la lancha de Gadifer y la del navio Tajamar de muchos efectos, como costales de harina en gran cantidad, y arneses de varias clases; de un tonel de vino, único que habia, llenaron una tina que traían y el restante lo bebieron y desperdiciaron; cargaron tambien, muchos cofres, maletas y envoltorios con todo cuanto contenian, y se declarará en tiempo y lugar oportuno, gran número de ballestas, todos los arcos que existian, excepto los que Gadifer tenia en la isla de Lobos; de doscientas cuerdas de arcos que debia haber no dejaron ninguna; y se llevaron tambien un gran repuesto de hilo que teniamos para cuerdas de ballestas; de la artilleria, que era mucha y muy buena, llevaron á su gusto la que quisieron; dejandonos reducidos á servirnos de un cable viejo para hacer con sus hilos algunas cuerdas para los arcos y ballestas; y á no ser por algunas de estas armas que nos quedaron, corrieramos gran riesgo de ser destruidos por los isleños, á quienes imponian mucho temor los arcos sobre todo; por último, y ademas de lo dicho, llevaronse tambien los españoles, cuatro docenas de dardos y dos cofres de Gadifer con lo que dentro encerraban.

Como Francisco Calvo envió á buscar á Gadifer á la isla de Lobos.

CAPITULO XIX.

Despues de haber salido las chalupas cargadas, para la nave, la gente de Gadifer considerando la desespera-

da situacion en que debia hallarse su capitan, con tal necesidad de víveres como aquel que ningunos tiene, resolvió que fueran los dos capellanes, y dos escuderos del castillo de Rubicon á pedir auxilio al capitan de la nao nombrada Morella, surta tambien como el Tajamar en la isla Graciosa. Partieron, en efecto, y suplicaron á dicho capitan fuese servido socorrer á Gadifer de la Sale que con once compañeros se hallaba en peligro de muerte en la isla de Lobos, sin viveres algunos hacia mas de ocho dias; y el dicho capitan movido á lástima, y enterado de la gran traicion que Bertin le habia hecho, le envió á uno de sus marineros llamado Jimenez, quien vino á Rubicon, y reunido con cuatro compañeros de la compañía del Sr. de Bethencourt, á saber; Guillermo el frayle, Juan el caballero, Tomas Richard, y Juan el albañil, quienes reunidos pasaron á la isla de Lobos en un pequeño bote, que allí habia dejado Bertin llevandose los remos, cargando en él los víveres que pudieron. Esta travesia es la mas horrenda de estos mares, segun aseguran todos los que navegan en ellos, y no tiene mas de cuatro leguas.

Como Gadifer vuelve á la isla de Lanzarote en la pequeña barquilla.

CAPITULO XX.

Gadifer se hallaba en la isla de Lobos, mas apurado cada momento, por el hambre y la sed, sin mas esperanza que la misericordia de Dios; por las noches tendia un lienzo para que se empapara del rocío, y por la mañana lo torcía para apagar la sed con las gotas que destilaba; nada presumia de los malos hechos de Bertin, y no se maravilló poco cuando tuvo noticia de ellos. Asi que llegó la pequeña barquilla, se embarcó en ella Gadifer solo, y con Jimenez y los compañeros que la go-

bernaban vinieron á Rubicon, y manifestando Gadifer el sentimiento que le ocasionaba la gran maldad y traicion que se habia hecho á aquellas pobres gentes, á quienes se habia asegurado su libertad, añadió; “pero es fuerza resignarnos, no pudiendo poner remedio en ello; alabado sea Dios en todas sus obras; y él sea justo juez de esta querella; ni el Sr. de Bethencourt ni yó, pudimos pensar jamás que Bertin fuera capaz de maquinari y hacer lo que ha hecho; porque lo teniamos en nuestro concepto, como uno de los mas cumplidos de los compañeros; pero nos engañamos y fuimos mal aconsejados.”

Como los dos capellanes Fr. Pedro Bontier y el Sr. Juan le Verrier, pasaron al navio Tajamar.

CAPITULO XXI.

Se hallaban los dos capellanes en la nave Morella, algunos dias despues, cuando vieron venir de Rubicon las dos chalupas cargadas con los vivores que habian de servir á nuestra manutencion, y de muchas otras cosas; entonces rogaron al maestre de la nave, que los acompañara y condujera á la otra nave nombrada Tajamar, á la que en efecto fueron, con dos hidalgos llamados Pedro de Plessis y Guillermo d’Alemaigne. Al verlos llegar les dijo Bertin, “No creais que ninguna de estas cosas pertenezca á Bethencourt ni á Gadifer, pues son mias, testigos de ello son estos capellanes que se hallan presentes.” A lo que contestaron los capellanes en presencia de todos: “Bertin, lo que nosotros sabemos es que cuando os reunisteis al Sr. de Bethencourt, poco ó nada traiais con vos; y sabemos tambien que el Sr. de Bethencourt os dió en Paris cien francos cuando se resolvió á esta empresa que, Dios mediante, llevará á cabo para su honra y provecho; y todo lo que aquí se halla

presente pertenece al dicho Sr. y al Sr. Gadifer, lo que se demuestra claramente por las libreas y divisa de dicho Sr. de Bethencourt. Bertin contestó á estas razones. "Si Dios es servido, iré en derechura á España en donde se encuentra el Sr. de Bethencourt, y si yo tengo aqui algo que sea suyo; se lo devolveré; en esto no teneis que mesclaros; y no dudeis que el Sr. de Bethencourt pondrá remedio en algunas cosas que se pueden adivinar, y yo quiero callarlas." Bertin no queria bien al Sr. Gadifer porque le era superior, y ejercia mayor autoridad, y pensaba que el Sr. de Bethencourt, su señor, no llevaría aquello tan á mal como á los otros parecia, y que si alguna cosa le desagradase, no los llamaría para reconciliarlos. En esto salieron de la nave diciendole á Bertin; "Puesto que os llevais á estas pobres gentes, dejadnos al menos á Isabel la Canaria, por que sin ella no podremos entendernos con estos isleños; y dejadnos tambien la chalupa que os habeis traído, sin la cual no podemos huenamente vivir." Bertin les respondió, que no era suya y si de sus camaradas, quienes harian de ella lo que fuese su voluntad; entonces los dos capellanes y los dos hidalgos que los acompañaban se apoderaron de la chalupa; y los compañeros de Bertin cogieron á Isabel la Canaria y por la borda de la nave la arrojaron al mar donde se hubiera ahogado á no sacarla del agua con tanta prontitud los Capellanes é hidalgos, recogiendo la en la chalupa. En esto se separaron los unos de los otros, y en seguida aparejaron la nave para darse á la vela. Así pasó el hecho de Bertin, como queda dicho, y como se verá mas adelante.

Como Bertin deja á sus compañeros en tierra, y se vá con su presa.

CAPÍTULO XXII.

Hallandose Bertin con sus cómplices en la nave, consumando su maldad tales cosas les dijo, que todos se volvieron á tierra; siendo así que solo por su auxilio habia podido llevar adelante su traicion, pues sin este apoyo, no hubiera osado hacer lo que hizo; y les dijo, despidiendolos, "Aconsejaos como mejor podais, pues conmigo no habeis de venir." Esto hacia Bertin, temiendo que sus compañeros, le hiciesen igual traicion que la que él habia cometido; y tambien porque tenia intencion de escusar su conducta cuando llegase á España, con el Sr. de Bethencourt, para conservarse en paz con este Sr.; lo que así hizo, en efecto, dandole á entender del mejor modo que pudo las cosas que pasaron, de las cuales algunas halló el Sr. de Bethencourt ser ciertas, como se verá mas adelante; sin embargo fué dicho señor bien informado de los hechos de Bertin, y de que solo la avaricia lo habia escitado á cometerlos.

Como los compañeros que Bertin dejó en tierra hallandose desamparados se embarcaron para la tierra de los Sarracenos.

CAPÍTULO XXIII.

Los compañeros de Bertin, que este dejó en tierra, temiendo la cólera del Sr. de Bethencourt y de Gadifer, y la de sus camaradas, se quejaron amargamente á los capellanes y escuderos ante dichos, de la traicion que á un tiempo habia cometido Bertin con su capitan y sus compañeros. Algunos de ellos se confesaron con el Sr.

Juan le Verrier capellan del Sr. de Bethencourt y le dijeron. “Si nuestro capitan Gadifer quiere perdonarnos la maldad que contra él hemos cometido, nosotros le serviremos durante nuestra vida.” Encargaron á Guillermo d’ Alemaigne de pasar á decirselo asi, y hacerles saber su contestacion. Pero poco despues, desconfiados del regreso del emisario, considerando la gravedad de la falta que habian cometido para con tal caballero, su capitan, y temiendo el castigo que su justa cólera les impusiera, se apoderaron de la chalupa, y embarcandose en ella, se abandonaron como gente desesperada á merced de las olas, tomando el rumbo de la tierra de los moros (Africa); por cuanto los moros pedrán hallarse como á la mitad de la distancia de las islas á España; y por su mal gobierno fueron á dar en la costa de Berbería cerca de Marruecos, donde de los doce que eran se ahogaron diez, siendo los dos restantes hechos esclavos, y de ellos el uno murió despues, y el otro llamado Siot de Lartigue, ha permanecido vivo en poder de los paganos,

Como habiendo llegado á España el Sr. de Bethencourt, se perdió la nave del Sr. Gadifer.

CAPÍTULO XXIV.

Volveremos á hablar del Sr. de Bethencourt, diciendo que arribado á España en la nave que se decia ser de Gadifer, y fondeado en Cadiz, sabiendo bien que los marineros de dicha nave eran malos y revoltosos, dió queja contra ellos, haciendo prender á algunos de los principales, y se apoderó de la nave. Varios mercaderes pretendieron comprarsela, pero el Sr. Bethencourt no quiso venderla, porque su intencion era volver en ella á las islas, comprando otras y cargandolas de viveres, hallandose como estaba muy en gracia del Rey de Castilla. Mas ha-

biendo hecho partir la nave del puerto de Cadiz para Sevilla, naufragó en la barra de San Lucar de Barrameda, lo que fué gran lástima; segun se dijo habia en ella algunas alhajas de valor, pertenecientes al Sr. Gadifer de la Sale; lo que pudo salvarse del naufragio valdria quinientas doblas (ducados); pero de esto no se aprovechó el Sr. Gadifer, ni aun llegó á su noticia. Poco antes de la pérdida de la nave, habia pasado el Sr. de Bethencourt á Sevilla, donde se hallaba el Rey de Castilla; y habiendo llegado Francisco Calvo procedente de Canarias, se ofreció á volver á las islas en socorro de Gadifer, si se le proveia de víveres; Bethencourt le contestó que así lo dispondria tan pronto como pudiese; pero que le era necesario antes, presentarse al Rey de Castilla, que allí se encontraba entonces; y así lo hizo como se dirá mas extensamente, y el buen recibimiento que el Rey le hizo.

Como la nave Tajamar llega al puerto de Cadiz con los prisioneros.

CAPITULO XXV.

Algunos dias despues llegó al puerto de Cadiz, la nave Tajamar, en la que venia Bertin con una parte de sus conjurados, porque los otros desesperados fueron á ahogarse á la costa de la tierra de los moros; y con Bertin venian los pobres canarios habitantes de la isla de Lanzarote, que con apariencias de buena fé, habian sido traidoramente presos, para conducirlos á tierras estrañas y vendidos como esclavos. Vino tambien un tal Courtille, trompeta de Gadifer, quien así que llegó á tierra hizo prender á Bertin y á todos sus compañeros formandoles proceso en Justicia y encerrandolos en las prisiones del Rey en Cadiz; y al mismo tiempo notició al Sr. de Bethencourt que se hallaba en Sevilla, todo lo ocurrido, diciendole que si pasaba

á Cadiz podria recobrar á todos los pobres canarios. Mucho sorprendieron estas noticias al Sr. de Bethencourt, quien contestó que lo mas pronto que pudiese pondria en todo remedio; porque en aquellos momentos no podia salir de Sevilla, por que debia presentarse al Rey á fin de hablarle asi de aquel asunto como de otros. Mientras el Sr. de Bethencourt arreglaba sus negocios ante el Rey de Castilla, Fernando de Ordoñez sacó la nave del puerto de Cadiz y navegó al reyno de Aragon, donde vendió el cargamento, y los prisioneros isleños.

Como el Sr. de Bethencourt prestó pleito homenaje al Rey de España.

CAPITULO XXVI.

Antes de partir de la isla de Lanzarote y de las islas Canarias el Sr. de Bethencourt dejó ordenadas lo mejor que pudo todas las cosas, encargando al Sr. Gadifer del gobierno, y prometiendole que lo mas pronto que pudiese volveria con socorros y refrescos de gente y viveres, no pensando que sucedieran los desfalcos que se hicieron. Pero no era fácil tener pronto acceso como se puede conocer con tan gran principe como el Rey de Castilla, y terminar en brebe tiempo negocios como este. El Sr. de Bethencourt se presentó por fin al Rey quien lo recibió benignamente y preguntandole lo que pretendia, le dijo Bethencourt. «Sr. vengo á pedir os me deis licencia para conquistar y reducir á la fé cristiana unas islas que se llaman las islas de Canaria, en las cuales he estado, dejando en ellas parte de mis compañeros, que de dia en dia me aguardan, y un buen caballero llamado Gadifer de la Sale, el cual quiso venir en mi compañía. Y por que vos Señor sois Rey y dueño de todo el pais vecino, y el Rey cristiano mas próximo de aquel, he venido á requerir vuestra gracia, y suplicaros me permitais

rendiros pleito homenaje de aquel pais." El Rey lo escuchó muy gozoso, diciendole fuese bien venido; y encareciendo que, de tan lejos como el reyno de Francia, viniese con tan noble propósito de adquirir gloria y honor; y decia así el Rey "Conozco que tiene buena voluntad, al venir á hacerme homenaje de un pais que se halla segun he podido entender á mas de doscientas leguas de este, y del cual no habia oido hasta ahora hablar." y dirijiendose al Sr. de Bethencourt, le dijo que con mucho contento estaba dispuesto á otorgarle lo que pedia; que aceptaba el homenaje prestado, y le conferia el señorío, tanto como posible fuese, de las dichas islas de Canaria; y ademas le otorgaba el quinto de las mercaderías que de dichas islas se condujeran á España, cuyo quinto percibió dicho Sr. de Bethencourt, durante mucho tiempo. Dióle tambien el Rey, para que socorriesse de viveres á Gadifer y á los compañeros que con él habian quedado, veinte mil maravedís, (1) los cuales debia percibir en Sevilla. Este dinero fué entregado por orden del Sr. de Bethencourt, á Enguerrand de la Boissiere; quien en su manejo parece no cumplió con su deber; diciendose que se llevó á Francia el todo ó una parto de él. Sin embargo de esto, el Sr. de Bethencourt acudió en brebe al remedio, en cuanto pudo reunir viveres, volviendo él mismo á las islas tan pronto como le fué posible, segun se verá mas adelante. Permitted tambien el Rey, acuñar moneda en Canarias, lo que verificó hallandose en posesion pacífica de las islas conquistadas.

(1) El maravedís de oro valia 15 sueldos y el sencillo la cuarta parte de un real (N. del E. francés.)

Como Enguerrand de la Boissiere, vendió la lancha de la nave perdida.

CAPITULO XXVII.

Apoderado Enguerrand de la Boissiere, de la lancha de la nave perdida, la vendió y percibió el dinero que dieron por ella, manifestando en cartas que fingió que enviaria viveres, lo cual no hizo, y por su falta pasaron grande escasez, llegando el caso de tener que comer carne en la cuaresma, hasta que el Sr. de Bethencourt proveyó de remedio; y vease como persona alguna puede librarse de caer en falsedad y traicion. El Sr. de Bethencourt habia ordenado se entregara al citado Enguerrand, el dinero que el Rey de Castilla le habia dado, creyendo haria su deber; y por un tal Juan de las Casas, que acusó á Enguerrand, supo el Sr. Bethencourt, que no cumplia como era debido en el manejo del dinero. Entonces el Sr. de Bethencourt se presentó al Rey de Castilla, y le suplicó se sirviese proveerle de una nave y de alguna gente para socorrer á sus compañeros de las islas. Fuéle otorgada esta gracia mandandosele entregar una nave bien artillada, la que montaban sobre 80 hombres de armas; ademas se le mandó dar cuatro toneles de vino y diez y siete sacos de harina, y otras muchas cosas necesarias que habia menester, como artillería y otras provisiones. El Sr. de Bethencourt escribió al Sr. Gadifer de la Sale, diciendole entretuviese las cosas lo mejor que pudiera, que él se hallaria en las islas tan pronto como posible fuese; y entre tanto, que ocupase la gente que le enviaba, de modo que no quedasen nunca ociosos. Escribióle tambien, como habia hecho homenaje de las islas de Canaria al Rey de Castilla; quien le habia agasajado hourandolo mas de lo que merecia, dandole dinero y ofreciendole hacer muchas mercedes; por último, le aseguró

que muy en brebe se hallaría en su compañía, concluyendo la carta con estas palabras. “La nave irá donde dispongais, á recorrer las islas, lo cual os aconsejo que hagais, á fin de reconocerlas, y saber como haya de hacerse en lo sucesivo. Mucho me han asombrado las grandes falsedades que Bertin de Berneval ha cometido; de ellas, aunque tarde, recibirá el digno castigo. El me contó lo ocurrido de bien distinta manera que lo he sabido despues; ya os habia yo escrito desconfiarais de él, porque me hallaba informado de que no os queria bien. Mi querido hermano y amigo, es menester sufrir muchas cosas; y olvidando lo que ha pasado, hacer siempre lo mejor que se pueda.” Gadifer quedó de todo muy contento; de la venida de la barca, y de lo que le escribia el Sr. de Bethencourt, escepto del homenaje prestado al Rey de Castilla; porque él pretendia ser dueño de una porcion de las islas de Canaria, lo cual no se hallaba en la intencion del Sr. de Bethencourt, como lo manifestó despues, teniendo sobre ello serias contestaciones con el Sr. Gadifer, sin las cuales, y otras desavenencias y envidias, hubieran sido conquistadas todas las islas. Porque los conquistadores no querian obedecer mas que al Sr. de Bethencourt, en lo que tenian razon, pues él era solo el gefe y primer promovedor de la conquista de las islas.

Bethencourt hizo sus aprestos con la brebedad que pudo, pues su gran deseo era regresar pronto á proseguir la conquista de las islas de Canaria. Cuando partió de la isla de Lanzarote, habia sido su intencion seguir su viage á Francia para llevarse á Madama Bethencourt su esposa, la cual habia hecho venir á Cadiz, de donde no pasó; mas, así que hubo prestado homenaje al Rey, dispuso que su dicha esposa regresara á Normandia, á su casa de Grainville la Teinturier, y que Enguerrad de la Boissier la acompañase, para que en su viage fuese con el decoro debido. Poco tiempo despues, partió Bethen-

court de Sevilla con una pequeña, pero brillante compañía, que el Rey de Castilla le permitió formar, dándole además muy buena artillería, de varios calibres, y tanta que el Sr. Bethencourt quedó muy contento. Su esposa llegó felizmente á Normandía, y á su dicha casa de Grainuille, en el país de Caux, donde fué muy bien recibida y obsequiada hasta que su esposo llegó de regreso de Canaria, como se verá después.

Declaranse los nombres de los que hicieron traicion á Gadifer, á sus compañeros, y á los habitantes de Lanzarote.

CAPITULO XXVIII.

Estos son los nombres todos, de los que unidos con Bertin fueron traidores á sus compañeros. En primer lugar el dicho Bertin; Pedro de Liens; Ogerot de Montignac; Ciot de Lartigué; Bernardo de Castellenau; Guillermo de Nau; Bernardo de Mauleon, llamado el Gallo; Guillermo de Salerne, dicho Labat; Maurelet de Courengé; Juan de Bidouville; Bidaut de Hornay; Bernardo de Montauban; Juan de l'Aleu; el Bastardo de Blessi; Felipe de Bassieu; Oliverio de la Barre; Perriu el grande; Gil de la Bordeniere; Juan le Brun; Juan le Cousturier de Bethencourt; Pernet el mariscal; Jacobo el panadero; Miguel el cocinero. Todos estos fueron causa de muchos males, y la mayor parte eran gascones, de Anjou, de Poitou, y tres de Normandía. Dejaremos de hablar ya de esta materia, y hablaremos del Sr. Gadifer y sus compañeros.

Como los insulares de Lanzarote se separaron de la gente del Sr. de Bethencourt, despues de la traicion que les hizo Bertin.

CAPITULO XXIX.

Los insulares de Lanzarote quedaron muy irritados despues de la traicion con que fueron hechos esclavos, muchos de sus compatricios; de tal suerte que decian que nuestra fé y nuestra ley no era tan buena como deciamos, cuando nos haciamos traicion unos à los otros, y nos ocasionabamos tales daños, faltando à nuestras palabras. Estos paganos de Lanzarote, se alzaron contra nosotros; y fueron separándosenos hasta revelarse, matandonos alguna gente que fué gran dolor. Gadifer como no podia, por entonces, perseguir à los traidores segun se deseaba, requirió à todas las Justicias del reino de Francia, y de otras partes, para que le prestasen ayuda en derecho é hiciesen justicia en los malhechores, si llegaren à sus manos, como en tal caso correspondia.

Como Asche, uno de los principales isleños de Lanzarote, se comprometió à entregar preso à su Rey

CAPITULO XXX.

Despues de estos sucesos, por los cuales fuimos harto afamados, y nuestra fé despreciada, que se tenia por buena creyendose à la sazón lo contrario, ademas de habernos muerto algunos compañeros y herido otros, Gadifer intimó à los isleños que le entregaran los culpables de estas muertes, pues de lo contrario haria morir à cuantos cogiese prisioneros. Durante estos sucesos se le presentó un tal Asche, pagano de la isla de Lanzarote, que pretendia ser rey de ella, y habló largamente con el Sr. Gadifer sobre esta

materia. Retírose Asche y algunos dias despues envió á su sobrino, á quien el Sr. de Bethencourt habia traído de Francia para que le sirviera de intérprete, con encargo de decir al Sr. Gadifer que el rey lo aborrecía, y que mientras viviere, no se podría obtener de los isleños ni paz ni seguridad; que él era el solo culpable de las muertes acaecidas; y que si el Sr. Gadifer lo aprobaba, hallaría traza para prender al rey y á todos los que se hallaron en la muerte de sus compañeros. Gadifer muy contento por estas ofertas, contestó que dispusiera las cosas como fuera necesario, avisandole el tiempo y la hora, y así se hizo.

Como Asche hizo traicion á su señor, con intencion de hacersela despues á Gadifer y sus compañeros.

CAPITULO XXXI.

Esta era una doble traicion de Asche; porque siendo traidor al Rey su Sr., se proponia engañar despues á Gadifer y á sus compañeros, valiendose para ello de su sobrino llamado Alfonso, que viviendo constantemente con nosotros, sabia eramos tan corto número que le parecia no fuera gran trabajo acabar con todos nosotros; porque muy pocos eran los hombres de armas que habian quedado con vida. Verase ahora lo que sucedió. Cuando Asche encontró la ocasion de prender al Rey, dió aviso á Gadifer que el Rey se hallaba en uno de sus castillos, en una aldea cerca de Acatif, acompañado de 50 isleños, diciendole viniese sobre ellos. Gadifer partió inmediatamente con 20 de sus compañeros; era la vispera de Santa Catalina (24 de Noviembre) de 1402; emprendió el camino ya entrada la noche, y llegó al amanecer á la inmediacion de la casa donde los insulares se hallaban reunidos, concertando sus planes contra nosotros. Gadi-

fer intentó entrar en la casa, pero la puerta se hallaba bien defendida, y experimentó tenaz resistencia, siendo heridos muchos de los nuestros; cinco insulares de los asesinos de nuestros compañeros se escaparon; pero fueron gravemente heridos tres de los cinco; el uno atravesado el cuerpo de una estocada, y los otros dos de dos flechas. Gadifer penetró á viva fuerza en la casa, y aprisionó á los que en ella estaban; mas informado por Asche de que no eran aquellos isleños culpables de la muerte de su gente les dió libertad quedando detenido el Rey y un tal Alby, á quienes se encadenó por el cuello, siendo conducidos al sitio en que fueron asesinados nuestros compañeros donde se hallaron los cadáveres que habían cubierto de tierra. Encolerizado Gadifer quiso hacer degollar á Alby; pero el Rey le aseguró en verdad que no había sido cómplice en la muerte de sus compañeros; y que si lo hallaba culpable ni aun consentidor de ella, que le mandase cortar la cabeza. Entonces le dijo Gadifer, que mirara bien lo que aseguraba porque averiguaria la verdad; el Rey le prometió que le entregaria á todos los autores de aquellas muertes, y en esto se dirijieron todos juntos al castillo de Rubicon, en donde se pusieron al Rey dos pares de grillos; algunos dias despues logró quitarselos por hallarse mal ajustados, lo cual visto por Gadifer, lo hizo encadenar y ponerle otro par de grillos que lo lastimahan mucho.

Como Asche trata con Gadifer hacerse Rey de Lanzarote.

CAPITULO XXXII.

Pasados unos dias vino Asche al castillo de Rubicon, y concertaron que él seria el Rey de la isla, á condicion de que se hiciese bautizar con todos los isleños de su partido; cuando el Rey le vió llegar le miró con despecho diciendole: *fore tronc guere*; es decir, traidor malvado: se-

parose Asche de Gadifer, y se vistió como Rey; y algunos dias despues envió Gadifer alguna de su gente á buscar cevada, por que careciamos ya enteramente de pan. Reunieron gran cantidad de ella, que encerraron en un antiguo castillo que Lancelot Maloysel habia hecho construir en tiempos pasados, segun se dice, y se pusieron en camino hácia Rubicon, siete compañeros para buscar mas gente que condujese la cevada recojida. En el camino les salió al encuentro Asche, que se habia proclamado Rey, acompañado de 24 isleños, y dandoles muestras de amistad, siguieron juntos el camino; pero desconfiado Juan le Courtois y sus compañeros, no quisieron seguir con los isleños, excepto Guillermo de Andrac que no recelando traicion alguna se quedó con ellos. Mas cuando los insulares vieron la ocasion se hecharon sobre el dicho Guillermo de Andrac, que cayó en tierra con tres heridas, y lo hubieran acabado á no ser que el referido Juan y sus compañeros, oyendo el ruido, volvieron vigorosamente sobre los insulares, y lo recogieron con gran trabajo, conduciendole al castillo de Rubicon.

Como el Rey se escapa de la prision en que lo tenia Gadifer, y como hizo morir á Asche.

CAPITULO XXXIII.

En aquel mismo dia por la noche, logró escaparse el Rey de su encierro de Rubicon, llevandose los grillos y la cadena con que estaba sugeto, y en el momento que llegó á su casa ordenó prender á Asche que le habia sido traidor usurpándole el reino, y le hizo morir apedreado, siendo quemado su cadáver. Al segundo dia despues, los compañeros de Gadifer que se habian quedado en el castillo viejo, supieron como habian sido acometidos en el camino, Juan le Courtois, Andrac y sus compañeros,

y en represalias, cortaronle la cabeza á un isleño que con ellos tenían, y la pusieron sobre un largo palo que clavaron en una eminencia, para que pudiera ser visto de todos. Desde este dia empezó de nuevo la guerra contra los isleños, y se hicieron muchos prisioneros, hombres mugeres y niños; retirandose los que escapaban á los montes y cabernas, pues no se atrevian á esperarnos. La mayor parte de nuestra gente, se hallaba en los campos persiguiendolos, permaneciendo la restante en el castillo, custodiando á los prisioneros; esta era su ocupacion, mientras aguardaban al Sr. de Bethencourt, de quien en breve recibieron socorros, como se verá luego. Bertin les hizo mucho mal, y fué causa de muchas muertes.

De como Gadifer formó el proyecto de acabar con todos los isleños capaces de defender la isla.

CAPITULO XXXIV.

En este estado Gadifer y sus soldados conciben el proyecto, por si otro remedio no hallan, de matar á todos los hombres capaces de defender el pais, y reservar solo á las mugeres y niños para hacerlos bautizar; viviendo así como pudieran hasta que Dios quisiera. En los dias de Pentecostes fueron bautizados mas de ochenta isleños entre hombres, mugeres y niños; conserveles Dios su gracia, para que confortados en nuestra fé sirvan de buen ejemplo á todo este pais. No debe quedar duda de que si el Sr. de Bethencourt hubiera podido venir, siendo auxiliado por algun Príncipe, se hubiesen conquistado no solo las islas de Canaria, mas tambien otros paises mas estensos, de que se ha hablado poco; pero buenos, tan buenos como cualesquiera otros del mundo, y tan bien poblados de infieles de diversas leyes y diversos idiomas. Si el Sr. Gadifer y sus compañeros, hu-

bieran querido vender sus prisioneros, hubiesen sacado buen provecho, y remunerado los gastos hechos en su expedicion; pero no lo permita Dios, hallandose casi todos bautizados; ni Dios permita que la necesidad les obligue á venderlos; pero se hallan maravillados que el Sr. de Bethencourt no vuelva, ni les escriba noticia alguna ni parezca ninguna embarcacion ó de España ó de otras partes, de las que acostumbran frecuentar estos mares; siendo ya grande la necesidad de refrescos, y auxilios; Dios, por su gracia, quiera remediarnos.

Como la barca del Sr. de Bethencourt llegó bien autorizada.

CAPITULO XXXV.

En pocos momentos obra Dios. Las cosas bien pronto cambian, cuando Dios quiere, porque ve los corazones y conoce los pensamientos, y no olvida nunca á aquellos que tienen depositada en él su esperanza; y por su misericordia infinita fueron socorridos. La nave, enviada por el Sr. de Bethencourt, llegó á la isla Graciosa, provista de refrescos, víveres y refuerzos de gente; y todos se llenaron de satisfaccion y contento. Mas de 80 hombres conducia la nave, de los cuales cuarenta y cuatro lo menos, eran soldados agueridos, que el Rey de Castilla habia entregado al Sr. de Bethencourt, con mucha artilleria y bastantes víveres. Como queda ya referido, el Sr. de Bethencourt, escribia sus cartas al Sr. Gadifer de la Salle, diciendole en ellas como habia prestado homenaje de las islas de Canaria al Rey de Castilla; de lo cual quedó muy descontento el Sr. Gadifer, no mostrando el buen semblante que solia; cosa que admiró mucho á sus escuderos y compañeros, á quienes parecia debia hallarse muy contento, porque ignoraban tuviese motivo para otra cosa; pues si bien es verdad que todos sabian que el Sr. de Bethencourt habia hecho homenaje

de las islas de Canaria, al Rey de Castilla; á persona alguna le ocurría que esta fuese la causa; y el Sr. Gadifer á nadie lo confió, procurando ocultar su disgusto. El maestre de la nave refirió la suerte que habian sufrido los traidores que tanto mal hicieron, cuyos nombres dejamos referidos, y de quienes Dios dispuso como mejor le plugo, castigando sus malos hechos, pues los unos se ahogaron en Berberia, y los que lograron llegar á su país, se ven deshonorados y despreciados. Sucedió tambien una gran maravilla, y fué que la chalupa de la nave de Gadifer, que los Gascones se llevaron en el mes de Octubre de 1402, y en la cual se ahogaron en la costa de Berberia, apareció sana y entera desde mas de quinientas leguas de distancia, (1) en el puerto de la isla Graciosa, en el mes de Agosto de 1404, en el mismo lugar de donde habia sido tomada, cuando el traidor Bertin los engañó, poniéndolos en tierra; este suceso se tuvo por milagroso, y á todos hizo cobrar nuevo valor. Aunque Gadifer no se hallaba muy contento, agasajó lo mejor que pudo á la gente venida en la nave, recogiendo los víveres y pertrechos, y preguntó al maestre las noticias que corrian en Castilla; dijole este que ninguna sabia mas que el Rey mostraba mucha estimacion al Sr. de Bethencourt, quien muy en brebe debia regresar á las islas, habiendo dispuesto que Madama Bethencourt volviese á Normandía, en donde ya debia hallarse; porque hacia tiempo que la nave habia salido de España, y al salir quedaba el Sr. Bethencourt preparando con mucha prisa el viaje de su esposa, para poder emprender como lo deseaba el suyo á estas islas, á las que deberá llegar muy en brebe; y entretanto será bueno adelantar las cosas que se pudiese. Respondió á esto Gadifer que así se

(1) Este cómputo es, como hoy todos saben, exagerado; la distancia entre Lanzarote y el punto en que naufragaron los prófugos no llega á 200 leguas. (N. del T.)

haria, y que no por hallarse ausente Bethencourt, dejaria de hacerse todo lo que conviniera, como hasta entonces se habia hecho.

Como Gadifer se embarcó en la nave, y partió de Lanzarote para visitar las demas islas.

CAPITULO XXXVI

Despues que la nave enviada por el Sr. de Bethencourt, hubo llegado al puerto de Rubicon, y desembarcado los viveres, vino, harina y demas cosas que conducia; el Sr. Gadifer se embarcó en ella, con la mayor parte de su gente, y salió á la mar, con el fin de recorrer las demas islas, y visitarlas por el Sr. de Bethencourt; y preparar la conquista que si Dios es servido, esperamos verla conducida á buen fin. Tambien el maestre de la nave y sus marineros tenian deseo de cargar cuantos productos del pais pudiesen, para beneficiarlos y hacer su ganancia en Castilla; porque son muchos los que pueden llevarse como cueros, sebo, orchilla que sirve para tintes y vale mucho dinero, dátiles, sangre de drago, y otras muchas cosas que produce el pais; porque estas dichas islas se hallan bajo la proteccion y señorío del Sr. de Bethencourt; habiendo mandado pregonar el Rey de Castilla, que nadie navegase á ellas sin su permiso, como lo habia solicitado el dicho Sr. de Bethencourt; Gadifer cuando vino á las islas nada sabia de ellas. Arribó la nave á la isla de Erbania, y saltaron á tierra Gadifer, Remonet de Lenedan, Hannequin d' Auberbosc, Pedro de Reuil, Jamet de Barge, con otros varios de los compañeros, de la gente de la nave, de los prisioneros que llevaban, y dos isleños para que los guiasen.

Como Gadifer deja la nave para internarse en la isla de Erbania

CAPITULO XXXVII

Algunos días despues de la llegada de Gadifer á la isla de Erbania; acompañado aquel de Remonet de Lenedan, y hasta treinta y cinco hombres mas de sus compañeros, se internaron con direccion al riachuelo de las Palmas, por si podian encontrar á algunos de sus enemigos (1). Cuando llegaron cerca de aquel punto era ya de noche, y habiendo hallado una fuente, descansaron un rato en ella, subiendo despues por una montaña, de cuya cima puede descubrirse gran parte del pais; pero al llegar como á la mitad de la subida, los españoles no quisieron continuar mas adelante, y se volvieron veinte y uno, la mayor parte ballesteros; esto disgustó mucho á Gadifer, pero siguió su camino adelante con los trece hombres que le quedaban, entre los cuales solo había dos arqueros. Llegados á la cima de la montaña, tomó seis compañeros, y con ellos se fué hácia la parte por donde el arroyo cae á el mar, para reconocer si por alli había algun puerto; y regresando despues por la orilla del arroyo, encontró á Remonet de Lenedan y á sus compañeros que lo esperaban á la entrada de las palmeras; esta entrada se halla tan cerrada que es una maravilla, tendrá de largo dos tiros de piedra, y de ancho dos ó tres lanzas. Allí les fué preciso quitarse los zapatos, para no resvalar sobre las piedras del pavimento, que se ha-

(1) Procuramos conservar en esta traducción, en cuanto nos es posible, las palabras que caracterizan el espíritu de la conquista, y las ideas de la época. Los conquistadores llamaban sus enemigos á los pacíficos insulares, de quienes no habían recibido daño alguno, y cuya libertad y patria venían á arrebatárselos á punta de lanza (N. del T.)

llaban tan lisas, que no era posible sostenerse sobre ellas sino con pies y manos; y aun era preciso que los de detras apoyasen los pies en los extremos de las lanzas de los de delante; despues de este paso se entra en un valle, llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua; en este valle se podrán contar mas de ochocientas palmeras, que lo cubren con su sombra separadas en grupos de ciento y ciento y veinte, tan elevadas como mástiles de navios, de mas de veinte brazas de alto; pobladas de palmas verdes y frondosas, y cargadas de hermosos racimos de dátiles, que es una delicia verlas. En este hermoso sitio se detuvieron unos momentos á descansar y comer, bajo la sombra de las palmeras, á la orilla de uno de los arroyos; pues se hallaban muy fatigados.

Como Gadifer y su gente se encuentran con sus enemigos.

CAPITULO XXXVIII.

Despues de haber comido y descansado se volvieron á poner en camino, subiendo una gran cuesta, llevando tres compañeros delante á larga distancia, los cuales dieron con sus enemigos; así que los descubrieron cargaron sobre ellos, poniendolos en fuga; Pedro el canario aprehendió una muger, y otras dos se encontraron en una cueva, de las cuales la una tenia un niño al pecho, al que ahogó entre sus brazos, sin duda porque no llorase y la descubriera. Gadifer ignoraba este encuentro, mas suponiendo que un pais como aquel valle, debia tener algunos habitantes, dispuso rodearlo distribuyendo su poca gente en cerco, á distancia unos de otros, pues solo habian quedado con él once soldados.

Como los isleños envistieron á los castellanos.

CAPITULO XXXIX.

Encontraronse los castellanos que se habian quedado atrás con una partida de unos cincuenta isleños, los cuales les envistieron entreteniendolos, mientras ponian en seguridad, haciendo alejarse á sus mugeres y sus hijos. A los gritos y vocerío acudieron al sitio Remonet de Lenedan, y los demas compañeros, tan pronto como lo permitió la larga distancia á que se hallaban. Llegó el primero solo, Remonet de Lenedan, que envistió con los isleños, quienes lo cercaron atacandole de suerte que á no acudir tan pronto Hannequin d' Auberbosc, hiriendo con espada en mano á cuantos se le presentaban delante, Remonet lo hubiera pasado muy mal, corriendo gran riesgo de morir. Acudió en seguida Godofredo d' Auzonville, armado de un arco, que bien necesitó, y en esto los isleños se pusieron todos en fuga. Gadifer que se hallaba próximo al sitio del encuentro avanzó cuanto pudo con otros tres compañeros, tomando el camino derecho á las montañas, hácia donde huian los canarios; y ya tan próximo á ellos que pudo hablarles, le cogió la noche, siendo tan obscura que con gran trabajo logró reunirse á sus compañeros, y todos juntos regresaron á la nave, habiendo pasado toda la noche caminando; solo pudieron hacer prisioneros cuatro mugeres, habiendo durado la persecucion desde la hora de visperas hasta entrada la noche, quedando tan fatigados unos y otros, que á penas podian dar un paso; y á no haber sido por la obscuridad de la noche que sobrevino al llegar Gadifer y sus compañeros, ninguno de los isleños hubiese escapado, aunque los castellanos que se quedaron detras no se hallaron en el encuentro. Por este motivo Gadifer no hizo de ellos gran confianza, durante los tres meses que

tardó en llegar el Sr. de Bethencourt con refuerzo de otra compañía.

Como Gadifer pasó á la gran Canaria, y habló con los naturales de aquella isla.

CAPITULO XL.

Partió en esto de Erbania Gadifer y llegaron á la Gran Canaria á hora de prima, fondeando en un gran puerto que se halla entre Telde y Agüimes; vinieron al puerto sobre quinientos canarios, y despues de haber hablado con ellos y dadoles seguridades, fueron á bordo de la nave unos veinte y dos, todos reunidos, llevando higos y sangre de drago, que cambiaron por anzuelos, y varias piezas de hierro viejo, entre ellas algunos cuchillos pequeños; la sangre de drago que llevaron, valdria mas de doscientas doblas de oro, y lo que por ella se les dió apenas valdria dos francos. Retirados los canarios, cuando se acercaba la lancha á tierra, corrian los unos sobre los otros, durando esta escaramuza largo rato; y terminada, se arrojaban al mar y venian á la nave conduciendo sus efectos para cambiarlos; esto duró los dos dias que allí estuvo la nave. Gadifer habia enviado á Pedro el Canario, para que en su nombre hablase al Rey que se hallaba á cinco leguas de distancia; pero no habiende regresado á la hora que debia hallarse ya de vuelta, los españoles que cran dueños de la nave no quisieron aguardar mas, y se hicieron á la vela. Habiendo intentado hacer aguada á unas cuatro leguas de distancia, los canarios no les permitieron saltar en tierra; y á todos los estrangeros que se presenten en corto número los rechazarán sin duda, porque son muchos, y entre ellos se hallan no pocos varones nobles segun sus leyes y costumbres. Nosotros hemos encontrado el testamento de unos herma-

nos cristianos, á quienes mataron habrá como doce años (1391); eran trece personas, y dicen los canarios que los mataron porque escribieron á los cristianos que vieran contra ellos. Siete años habian vivido entre los isleños, enseñándoles todos los dias los artículos de la fé. En el dicho testamento se dice, que nadie debe fiarse de los canarios por buen semblante que muestren, porque son por su natural, traidores; y dicen que entre ellos se cuentan mas de seis mil gentiles hombres. Gadifer decia que ha haber tenido cien arqueros, y otros tantos hombres de todas armas, se hubiera fortificado en tierra, permaneciendo en el pais hasta que, con el auxilio de Dios, se hubiese sometido, convirtiendose á la fe de nuestro Señor Jesucristo.

Como la nave partió de la gran Canaria, y pasando por la inmediacion del Hierro, se dirigió á la isla de la Gomera.

CAPITULO XLI.

Partió la nave de la gran Canaria, haciendo rumbo á visitar todas las demas islas; se dirigieron á la del Hierro ya cual costearon á lo largo, sin tomar tierra, siguiendo á la isla de la Gomera, á la que llegaron de noche; pero como los habitantes de la isla hiciesen algunas hogueras en la costa, hecharon un pequeño bote al agua, y en él se dirigieron á tierra algunos compañeros, guiados por los fuegos; encontraron á un hombre y tres mugeres á quienes prendieron, y los llevaron á la nave. Allí se mantuvieron hasta ser de dia que volvieron á tierra para hacer agua; pero los habitantes del pais que se habian reunido en la costa, los atacaron de suerte que tuvieron que retirarse á la nave, sin hacer la aguada; porque el terreno era muy desventajoso para nuestra gente.

Como Gadifer y su gente parten de la Gomera y vuelven á la isla del Hierro en la que permanecieron veinte y dos dias.

CAPITULO XLII.

Salieron de la Gomera con direccion á la isla de la Palma; pero una gran tormenta con viento contrario los obligó á tomar el rumbo de la isla del Hierro, á la que llegaron de dia; saltaron en tierra, y alli permanecieron lo menos veinte y dos dias; aprisionaron cuatro mugeres y un niño, y hallaron en esta isla puercos, cabras, y ovejas en gran número; el terreno hasta una legua al rededor de la costa es muy áspero y quebrado, mas en el interior de la isla que se halla muy elevado, es un pais delicioso, poblado de grandes bosques, siempre verdes, y se hallan en ellos mas de cien mil pinos, de los cuales la mayor parte son tan corpulentos, que dos hombres no podrian abrazar el tronco; hay aguas en abundancia, y buenas; y tantas codornizes que es maravilla; llueve con frecuencia; y son muy pocos los habitantes que tiene la isla, por haber apresado muchos todos los años; y en el de 1402 se llevaron segun dicen cuatrocientas personas; y las que quedan hubieran venido á nosotros, si hubieramos tenido un intérprete.

Como la nave pasa á la isla de la Palma, y regresa costeando las islas.

CAPITULO XLIII.

Halló Gadifer modo de hacerse con un intérprete conocedor de la tierra, y que hablaba el idioma del pais, para reconocer la isla del Hierro y las otras. Despues salieron de aquella, haciendo rumbo á la de la Palma; tomaron en ella puerto, enfrente de un riachuelo que desagua en el

mar, se proveyeron de aguada para su regreso, y continuaron costeano hasta doblar la isla; sopló entonces un viento tan favorable que en dos dias y dos noches llegaron al puerto de Rubicon, que dista de la Palma quinientas millas (1), cuyo camino hicieron, costeano las demas islas, sin tomar tierra en ninguna de ellas. Invirtieron en esta espedicion tres meses, regresando todos con buena salud, de la que tambien hallaron disfrutar sus compañeros en Lanzarote; quienes tenian en el castillo de Rubicon mas de cien prisioneros, habiendo muerto á muchos insulares, y hallandose los que quedaban en tanto aprieto, que no sabian donde refugiarse; asi es que todos los dias se presentaban algunos á ponerse á merced de los del castillo, quedando ya muy pocos que no hubiesen sido bautizados, especialmente de los que mas podian temerse; de suerte que se considera terminada la conquista. En cuanto á la isla de Lanzarote, solo tendria unos trescientos hombres cuando llegamos; aunque pequeña, es una buena isla; tendrá doce leguas de largo y cuatro de ancho; en ella desembarcó el Sr. de Bethencourt en el mes de Julio de 1402.

Como fueron visitadas las demas islas por Gadifer, y de las cosas apreciables que hay en ellas.

CAPITULO XLIV.

En cuanto á las demas islas, el Sr. Bethencourt las ha hecho visitar por el Sr. Gadifer, y otros á quienes dió este encargo; quienes lo cumplieron examinando el mejor modo como podran ser conquistadas; frecuentandolas y

(1) Esta distancia no escede de 240 millas, como todos saben. Tales errores no deben estrañarse, atendiendo al estado de los conocimientos sobre las islas, en el tiempo en que se escribió esta historia (N. del T.)

permaneciendo en ellas por espacio de tiempo; viendo y reconociendo el provecho de que pueden ser; y podrá sacarse de ellas mucho provecho, siendo de buenos aires, sanos y agradables; y no puede dudarse que si se hallasen pobladas de gente como hay en Francia, que supieran utilizarlas, serian unas buenas islas y muy productivas; y si Dios es servido que venga el Sr. de Bethencourt, con el favor de Dios llevará á buen término esta conquista.

Como el Sr. de Bethencourt llegó al puerto de Rubicon, en la isla de Lanzarote y como fué recibido.

CAPITULO XLV.

El mismo dia que la nave llegó al puerto de Rubicon, de regreso de las islas, salió para el puerto llamado de Aratif ó Alcatif, donde se la proveyó de carne para su vuelta, y se hizo á la vela con rumbo á su pais en España. En ella envió el Sr. Gadifer, á un gentil hombre llamado Godofredo d' Ausenville, con cartas para el Sr. de Bethencourt, dandole cuenta del estado de las cosas, y de la expedicion hecha en la nave. Pero antes de que esta nave llegase á España, el Sr. de Bethencourt, arribó al puerto de Rubicon, con una pequeña pero lucida compañía; salieron á su encuentro el Sr. Gadifer con su gente, y no podria explicarse el gran recibimiento que le hicieron. Se hallaban alli tambien los insulares que habian sido bautizados, los cuales se postraron en tierra; siendo este un acto, segun la costumbre del pais, con el cual significaban, que se ponian bajo la merced y gracia de la persona ante la cual se prosternaban: veíase llorar á todos de alegría, grandes y pequeños; de tal suerte que las noticias de este recibimiento llegaron al Rey, que tantas veces habia sido hecho prisionero, y tantas se habia fugado; y así él como su gente, se acobardaron de suerte que á los tres

días fué aprisionado de nuevo con diez y ocho de sus parciales, hallandose al hacer la prision muchos viveres que fueron recogidos, cebada y otras muchas cosas. Cuando los insulares que quedaban, supieron que su Rey habia sido preso, viendo no les quedaba modo alguno de resistir, se presentaban todos los días algunos, á ponerse á la merced del Sr. de Bethencourt. Pidió el Rey hablar con este Señor, y conducido á su presencia, hallandose allí el Sr. Gadifer y otros muchos, se prosternó declarando que se reconocia vencido, y se ponía á la merced del Sr. de Bethencourt, pidiendole gracia, como al Sr. Gadifer, y añadiendo queria ser bautizado y que lo fuesen los de su casa. Con mucho contento oyeron esto, el Sr. de Bethencourt y los suyos, pues consideraban este suceso como un feliz principio para la conquista de las islas, y conversion de sus habitantes á la fé cristiana. Apartados á un lado el Sr. Bethencourt y el Sr. Gadifer, se abrazaron, derramando lágrimas de placer, enternecidos al considerarse la causa de que se pusieran en el camino de salvacion tantas almas; y acordaron entre los dos como y cuando se verificaria el bautismo.

Como el Rey de Lanzarote pidió al Sr. de Bethencourt ser bautizado.

CAPITULO XLVI.

El jueves 20 de Febrero del año 1404, antes de carnestolendas, el Rey pagano de Lanzarote, pidió al Sr. de Bethencourt ser bautizado con su familia, el primer día de cuaresma; mostrando por su semblante, obraba con muy buena voluntad, y con la esperanza de ser muy buen cristiano. Lo bautizó el Sr. Juan Verrier, capellan del Sr. de Bethencourt; poniendole el nombre de Luis, segun este señor lo dispuso. Y como se esperaba que todos los habi-

tantes de la isla, hombres y niños, se harían bautizar, se ordenó una instrucción, tan suscita como se pudo arreglar, para instruir con ella á los que se hallaban bautizados, y á los que con el favor de Dios, se bautizasen en adelante. Escrivieronla lo mejor que pudieron Fr. Pedro Bontier y el Sr. Juan le Verrier.

Esta es la instrucción que el Sr. de Bethencourt dió á los cristianos canarios bautizados. (1)

CAPITULO XLVII.

Primeramente se ha de saber, que hay un solo Dios Todo-poderoso, que en el principio del mundo formó el Cielo y la Tierra, las Estrellas, la Luna y el Sol, el mar, los pezes, las bestias, las aves, y al hombre llamado Adán; y de una de sus costillas formó á la muger, llamada Eva, madre de todos los vivientes, y la llamó Adán *Virago*, esto es, muger de mi costilla: y formó y ordenó todas las cosas que hay debajo del Cielo, y hizo un lugar muy delicioso llamado el Paraíso Terrenal, en donde puso al hombre y á la muger, y allí al principio *solo hubo una muger unida á un solo hombre, y el que creyere otra cosa peca* (2). Y les dejó comer de todos los frutos que habia allí, excepto de uno que expresamente les prohibió; pero poco despues por instigacion del Diabolo, que

(1) Por razones que fácilmente alcanzará el lector, copiamos la traducción que de este capítulo y los siguientes hasta el 52 hizo el erudito D. José de Viera y Clavijo, según se halla inserta en sus *Noticias de la historia general de las islas Canarias*. (N del T.)

(2) Se insistía en esto sin duda, para apartar los isleños de la poligamia, especialmente de la que reynaba en Lanzarote, donde una sola muger tenia hasta tres maridos. (N. de Viera)

tomó la figura de una Serpiente, y habló á la muger, la hizo comer del fruto que Dios habia vedado, y ella hizo comer á su marido, y por este pecado los hizo Dios arrojarse del Paraiso Terrenal y de delicias, y echó tres maldiciones á la Serpiente, y dos á la muger, y una al hombre, y desde entonces fueron condenadas las almas de todos los que morian antes de la Resurreccion de nuestro Señor Jesu-Cristo, que quiso tomar carne humana en la Virgen Maria para redimirnos de las penas del Infierno, á donde iban todos hasta el tiempo dicho.

Del arca de Noé, torre de Babel y confusion de las lenguas.

CAPITULO XLVIII.

Y despues que las gentes empezaron á multiplicarse sobre la tierra, hicieron muchos males y pecados horribles, de que nuestro Señor se indignó, y dijo, que lloveria hasta destruir toda carne, que habia sobre la haz de la tierra; pero Noé que era varon justo, y que temia á Dios, halló gracia delante de él: al cual dijo, que queria destruir toda carne de hombre, hasta las aves, y que su espiritu no permaneceria mas en el hombre, y que atraeria las aguas del Diluvio sobre ellos. Y le mandó que hiciese un Arca de madera, cuadrada, acepillada y carenada por dentro, y por fuera con betun. El betun es una cola tan fuerte y pegajosa que quando se unen dos piezas con él, no hay otro modo de separarlas, que con la sangre natural de flores de muger, (1) y se encuentra flotante en los mayores

(1) Para testimonio de la sencillez de los AA. de este Catecismo; y de la simplicidad de aquellos tiempos, se notó este error popular en el tom. 1.º de nuestra obra; pero parece que no faltaron algunos critiquillos, que lo murmuraron, por que no lo entendieron. (N. de Viera.)

Lagos de la India sobre las aguas. Que esta Arca fuese de cierto largo y anchura, en la cual haría entrar á su muger, y á sus tres hijos, y tres mugeres, y de todo cuanto tuviese vida metiese consigo un par de cada cosa, y de aquellos descendemos todos. Pasado el diluvio, cuando vieron que se multiplicaban en gran número, cierto hombre llamado Nembrod, quiso reynar por fuerza, y se juntaron todos en un campo, llamado campo de Sanáar, y dieron orden para señorearse en comun de las tres partes del mundo, y que los descendientes de Sem, el hijo mayor de Noè, llevarian el Asia; los descendientes de Cam, otro hijo de Noè, llevarian el Africa; y los descendientes de Jafet, el hijo mas pequeño, llevarian la Europa. Pero antes de partirse, emprendieron una torre tan grande y tan fuerte, que llegase hasta el Cielo, para perpétua memoria de ellos; mas Dios, viendo que no desistirian de la obra, les confundió las lenguas, de suerte que ninguno entendia las palabras del otro, y de aquí vinieron los idiomas, que hay ahora; y despues envió sus Angeles, que escitaron un viento tan fuerte, que derribaron la torre hasta los cimientos, que todavia se reconocen, como dicen los que lo han visto.

Continua la instruccion de la fé.

CAPITULO XLIX.

Y despues se repartieron por las tres partes del Mundo, y las presentes generaciones descien den de ellos, y de uno salió Abraham, hombre perfecto y que temia á Dios, á quien Dios dió la tierra de promision, y á los que traen causa de él; y Dios los amó mucho, y los hizo su Pueblo Santo, y se llamaron los hijos de Israel, y los sacó de la esclavitud de Egipto, é hizo grandes maravillas por ellos, y los ensalzó sobre todas las naciones

del Muudo mientras los halló buenos y obedientes; pero ellos, contra su precepto y voluntad, se mezclaron con las mugeres de otras leyes, y adoraron los Idolos y Becerros de Oro, por lo que se indignó muchas veces, y los hizo destruir, poniendolos entre las manos de los Paganos y Filisteos; y asi que se arrepentian y le pedian merced, los aliviaba y los ponía en gran prosperidad, y hizo por ellos cosas, que jamás hizo por otro pueblo: por que les dió Profetas por cuya boca hablase el Espiritu Santo, y les anunciassen las cosas por venir, y la venida de nuestro Señor Jesucristo que había de nacer de una Virgen, á saber, la Virgen Maria, que descendía de aquel pueblo; de la linea del Rey David, el cual Rey descendía de la linea de Judá, hijo de Jacob; y que redimiría á todos los que estaban condenados por el pecado de Adán. Pero ellos no le quisieron creer, ni reconocer su advenimiento, antes bien le crucificaron y dieron muerte, sin embargo de los grandes milagros, que había hecho á vista de todos, y por eso han sido destruidos, como todos sabemos, por que si vais por todo el Mundo, no hallareis judios que no vivan sujetos á otros, y que no pasen el dia y la noche con miedo y sobresalto de su vida, y por eso andan tan descoloridos como los veis.

Sigue el mismo asunto para instruccion de los Canarios.

CAPITULO L.

Asi, es constante, que antes que los Judios hubiesen dado muerte á nuestro Señor Jesu-Cristo, había muchas personas que eran de sus Dicipulos, especialmente doce, de los cuales uno le fué traidor, y todos andaban de continuo con él, y le veían obrar grandes milagros, por lo que creyeron firmemente, y le vieron morir, y

despues de su Resurreccion se les apareció muchas veces, y los alumbró con el Espiritu Santo, y les mandó que fuesen por todas las partes del Mundo á predicar cuanto de él habian visto: y les dijo que todos aquellos, que creyesen en él fuesen bautizados, serían salvos, y que todos aquellos que no creyesen en él, serían condenados. Por tanto, creemos firmemente, que hay un solo Dios Todopoderoso y todo sabio, que bajó á la Tierra, y tomó carne humana en el vientre de la Virgen Maria, y vivió treinta y dos años y mas, y despues sufrió muerte y pasion en el árbol de la Cruz, para redimirnos de las penas del Infierno, adonde todos bajamos por el pecado de Adan nuestro primer Padre; y que resucitó al tercero dia, y entre la hora en que murió, y la hora en que resucitó, descendió al Infierno, y sacó á sus amigos, y aquellos, que por el pecado de Adan habian caido allí, y desde entonces ninguno entrará allí por este pecado.

Como debe creerse en los diez mandamientos de la ley de Dios.

CAPITULO LI.

Debemos creer los diez Mandamientos de la ley, que Dios escribió con su dedo en dos tablas en el Monte Sinai mucho tiempo antes, y las entregó á Moysés, para que las mostrase al Pueblo de Israél, de los cuales hay dos mas principales, esto es, que es necesario creer, temer y amar á Dios sobre todas las cosas y con todo su espiritu: y el otro, que no se debe hacer á otro lo que nadie querria que otro le hiciese; y que el que guardar bien estos Mandamientos, y las cosas arriba dichas creyese firmemente, será salvo. Y tenemos por cierto, que todas las cosas que Dios mandó en la ley antigua, fueron figura de las del Nuevo Testamento; como la Ser-

piente de Metal, que Moysès hizo levantar en el Desierto muy alta sobre un madero, contra la mordedura de las culebras, fué figura de nuestro Señor Jesucristo, que fué clavado y levantado en alto en el Arbol de la Cruz para guardar y defender á todos los que en él creyesen, contra la mordedura del diablo, que tenia antes poderio sobre todas las almas, que habia perdido.

*Como debe creerse en el Santísimo Sacramento del altar.
De la pascua, confesion y otros puntos.*

CAPÍTULO LII.

En aquel tiempo mataban los judios un Cordero, de que hacian sacrificio en sus pascuas, y no le rompian ningun hueso, el cual figuraba á nuestro Señor Jesucristo, que fué crucificado y muerto en la Cruz por los Judios el dia de su Pascua sin romperle ningun hueso; y comian aquel Cordero con pan ácimo, esto es, pan sin levadura, y zumo de lechugas silvestres, el cual pan nos prefiguraba, que se debe hacer el Sacrificio de la Misa sin levadura; bien que los Griegos llevan la contraria: y como nuestro Señor sabia que habia de morir el Viernes, anticipó su Pascua, y la hizo el Jueves, y tal vez la hizo con pan fermentado; pero nosotros que tenemos la ley de Roma, decimos, que la hizo con pan sin levadura: y el zumo de lechugas campestres, que es amargo, nos prefiguró la amargura en que los hijos de Israel estaban en Egipto en su servidumbre, de que fueron libertados por órden y voluntad de Dios. Hay, pues, en esto muchas cosas, que dijo y obró, que están llenas de misterios tan grandes, que nadie las puede comprender, si no es muy letrado: y por mas pecados que cometamos, no nos desesperemos jamás, como hizo Judas el traidor, sino que solicitemos el perdon con gran contricion del

corazon, y confesemonos devotamente, y nos perdonará; y no seamos nunca perezosos, porque es un grande riesgo, pues segun el estado en que nos cogiere, serémos juzgados. Si nos guardamos de pecar mortalmente en cuanto podamos, conseguiremos nuestra salvacion y la de nuestras almas; y tengamos siempre en memoria las palabras que aqui van escritas, y mostremoslas y enseñemoslas á los que hacemos bautizar aqui, pues egecutandolo así, podremos en grande manera conseguir el amor de Dios y la salvación de nuestras almas y las suyas; y á fin de que las pudiesen entender mejor, hemos hecho y ordenado esta instruccion lo mas brevemente que hemos sabido, segun el corto entendimiento que Dios nos ha dado; por que tenemos firme esperanza en Dios, de que *algunos clérigos y hombres devotos vendran un dia de estos á este Pais*, los cuales arreglarán y pondrán todo en mejor forma y método, y les enseñarán los artículos de la Fé mejor que lo podemos hacer nosotros; y les esplicarán los milagros, que Dios ha obrado por ellos y por nosotros, el Juicio final, la universal Resurreccion, á fin de apartar sus corazones de toda falsa creencia en que han vivido largo tiempo y viven por la mayor parte.

Como el Sr. de Bethencourt visitó todas las islas; de su bondad y facilidad de conquistarlas con otros países del Africa.

CAPITULO LIII.

Nadie debe admirarse de que el Sr. de Bethencourt emprendiese hacer una conquista como la de estas islas; porque otros muchos en tiempos pasados emprendieron y llevaron á cabo cosas mas maravillosas; y no puede dudarse que si los cristianos hubiesen auxiliado esta empresa, todas las islas, grandes y pequeñas se hallarian con-

quistadas; de lo que resultara tanto bien, que toda la cristiandad se regocijase; y el Sr. de Bethencourt, que ha visto y recorrido todas las islas Canarias, y la costa de los moros desde el estrecho de Marruecos, viniendo hácia las islas, como el Sr. Gadifer de la Sale, cuerdo caballero, dice que si algun noble Principe del Reyno de Francia, ó de otros, quisiera emprender alguna gran conquista por esta parte, sería una cosa muy hacadera y razonable, y que podría verificarse á muy poca costa; por que el Portugal, la España y Aragon, los proveería por su dinero de toda clase de viveres, y de mayor número de navios que pudiera hacerlo ningun otro pais, como tambien de pilotos que conocen estos puertos y costas; y no es posible hallar tierra alguna ocupada por los sarracenos, cuya conquista quiera hacerse, y sea mas licita, mas propia, ni mas fácil y menos costosa que la de estas partes; porque el viage á ellas es cómodo, corto y poco dispendioso, comparado con el viage á otras tierras; y en quanto á estas islas es el pais mas sano que pueda hallarse, no encontrandose reptil alguno venenoso. En ellas han vivido el dicho Sr. Bethencourt y sus compañeros, largo tiempo, sin haber experimentado enfermedad alguna, de lo que se maravillaban mucho. Desde la Rochela puede hacerse el viage con buen tiempo en menos de quince dias, y desde Sevilla en cinco ó seis, y de los demas puertos en esta proporcion. Hay una consideracion que demuestra las ventajas de esta conquista, y es que la tierra de los moros es un pais llano (1) y estenso, lleno de todos bienes, de grandes rios y ciudades populosas; puede á esto añadirse aun otra razon, que los infieles no tienen armaduras, ignoran el arte de las

(1) Suponese este pais que se describe, situado cerca de las islas, al otro lado del monte Atlas, desde el cabo de Non hasta el de Bojador. (N. del E. frances.)

batallas; y no saben lo que es la guerra; no pudiendo ademas, ser socorridos por otros pueblos, por que los Montes Claros, (1) que son muy grandes y maravillosos, los separan de los Berberiscos que se hallan á larga distancia; ni serian tampoco estos pueblos de temer, como lo fueran otras naciones; porque no tienen armas de alcance; lo que se demuestra bien, por el suceso del Sr. de Borbon (2) y otros muchos, que se hallaron en frente de Africa (3) el año 1390; siendo este el mejor y mas poderoso reyno de los moros; y es cosa de todos sabida que el arma mas temible en una batalla es el arco, especialmente en estos paises, donde no pueden usarse armaduras, como las que se usan en Francia, así por lo largo de los caminos, como por el mayor calor que se experimenta; puedense tener tambien prontas noticias del Preste-Juan; (4) y penetrando en el interior del pais se encuentra, á no mucha distancia, cierta clase de habitantes, llamados *Farsus* (5) que son cristianos, y podrian dar conocimiento de muchas cosas que serian de gran provecho, porque conocen el pais y hablan su idioma; en nuestra compañía llevamos uno que siempre permaneci6 en la conquista, visitando las islas, y por él hemos sabido muchas cosas.

(1) Montes Claros, ó el grande Atlas en Africa, á esta parte del cabo de Non; Berberia á el otro lado del monte Atlas. (N. del E. francés.)

(2) Empresa sobre Tunez de Luis II Duque de Borbon (id.)

(3) Africa; ciudad antes llamada Aphrodisium, no lejos de Tunez (id.)

(4) Preste-Juan, el Rey de los Abisinios y de Etiopia (id.)

(5) Farfus, cristianos, llamados Farfanés en Marruecos, y Batingos en Tunez (id.)

Como el Sr. de Bethencourt procura informarse de los puertos y pasages del pais de los Sarracenos.

CAPITULO LIV.

La intencion del Sr. de Bethencourt es visitar las costas y tierra firme desde el cabo de Cantin que se halla á la mitad de la distancia á España, hasta el cabo de Bojador, que es la punta de la tierra firme en frente de estas islas. y estenderse por el otro lado hasta el rio del Oro, para reconocer si se encuentra algun buen puerto, y punto que pueda fortificarse y ser bien defendido si llega el caso; á fin de que sirva de segura entrada en el pais, y dominarlo desde él. Y si el dicho Sr. de Bethencourt hubiera tenido algunos auxilios del reyno de Francia, no puede dudarse que al presente, ó en muy poco tiempo, hubiese conseguido su intento; especialmente en las islas Canarias como, Dios mediante, lo conseguirá; siendo, ademas, su propósito estender estas conquistas á otros paises, y para ello ha pedido el consejo y favor de su soberano y señor el Rey de Francia, porque sin auxilios y socorros no podrá llevar á perfeccion sus proyectos, formados en honor y engrandecimiento de la fé cristiana, que no se halla mas estendida, en estas partes, por falta de aquellos que tales empresas deberian acometer, y aun debieran haberlas ya realizado, para enseñar á estos pueblos el conocimiento de Dios, con lo que ganarian grande honor en este mundo, y merecimientos para la gloria eterna en el otro.

Como un religioso de la orden mendicante, discurre acerca de las cosas que ha visto, y de las cuales hizo un libro.

CAPITULO LV.

Y porque el dicho Sr. de Beshencourt tiene gran de-

seo de saber la verdad acerca del estado, gobierno y particularidades del país de los sarracenos, y de los buenos puertos que se dice hallarse en la costa de la tierra firme que se estiende desde el cabo de Bojador, situado á doce leguas de distancia de la isla de Erbania, en donde al presente se halla el Sr. de Bethencourt, hemos anctado aquí algunas cosas relativas á dichos lugares, extractadas de un libro escrito por un religioso mendicante que recorrió aquel país, y visitó todos sus puertos de mar, los reynos cristianos, y de paganos y de sarracenos que en él se hallan, los cuales describe, con los nombres de las provincias, armas de sus reyes y príncipes, y otras cosas que sería muy largo referir. Asi no tomaremos de esto, por ahora, mas que aquello que fuere necesario, por lo que toca á esta conquista. Y porque habla con mucha verdad de otros países que conocemos, juzgamos debe hacerlo tambien asi de las demas tierras; y por eso ponemos aquí algunas cosas que se hallan en su libro, y nos es necesario referir.

Del viage del Fraile mendicante á diversos países de Africa. (1)

CAPITULO LVI.

Empezamos esta relacion en el tiempo en que pasados las montes Claros, vino el Frayle mendicante á la ciudad de Marruecos capital de toda el Africa, llamada en otro

(1) Esta relacion se halla llena de inexactitudes, y hechos fabulosos, como ya lo notó el editor francés; juzgamos escusado advertir detalladamente los errores que contiene, porque los hechos á que se refieren no son del interés de la historia de estas islas. (N. del T.)

tiempo Cartago (1), la cual conquistó Scipion el africano; de allí se dirigió hácia el mar océano, á Nifet, Samor y Safi, que se halla cerca del cabo de Cantin; pasó despues á Mogador, que se halla en otra provincia llamada la Gazula, en donde principian los montes Claros, estenso pais, provisto de todos bienes; continuó hácia la costa, llegando á un puerto llamado Samaten, desde donde pasó al cabo de Non que se encuentra viniendo hácia nuestras islas; allí se embarcó y vino al puerto de Sobrun (puerto Sabreira) siguiendo toda la costa de los moros que se llama las playas arenosas, hasta el cabo de Bojador, situado á doce leguas de nosotros, en un gran reyno llamado la Guinea; desde donde se encaminaron á reconocer estas islas, y otros muchos paises por mar y por tierra de los cuales no hacemos mencion. Separado el fraile de sus compañeros de este viage, se dirigió hácia el Oriente por muchos paises diversos, hasta llegar á un reyno llamado Dongala, que se halla en la Nubia, y está habitado de cristianos; y el Preste-Juan, se llama en uno de sus títulos, Patriarca de la Nubia; corre este pais por un lado hasta los desiertos de Egipto, y por el otro hasta el rio Nilo que viene de la region del Preste-Juan; se estiende el reyno de Dongala hasta donde el rio Nilo se divide en dos brazos (2) de los cuales, el uno forma el rio del Oro que viene hácia nosotros, y el otro se dirige á Egipto, entrando en el mar de Damietta; desde estos paises se trasladó el fraile al Cayro, en Egipto, y en Damietta se embarcó en una nave de cristianos, viniendo en ella á Sareta ó Sareza, situada en frente de Granada, y desde allí pasó á la Ciudad de Marruecos, atravesó los montes Claros, y pasó por la Gazula; encontró allí unos moros, armando

(1) Esto es falso, pero disculpable atendida la ignorancia del tiempo en que se escribió. (N. del E. F.)

(2) Esta descripción es falsa. (N. del E. F.)

una galera para el rio del Oro, se embarcó con ellos, y navegaron hácia el cabo de Non, y el cabo de Sobrun, y despues al de Bojador, siguiendo la costa del mediodia hasta el rio del Oro.

Continuacion del viage del Frayle medicante.

CAPITULO LVII.

Y segun dice el libro del Fraile, estando allí, encontraron por la ribera del rio unas hormigas muy grandes, que sacaban arena de oro de debajo la tierra (1); y los mercaderes hicieron una ganancia maravillosa en este viage; partieron despues de aquel punto, siguiendo su viage por la costa; hallaron una isla muy buena y rica, poblada de idólatras y llamada isla Gulpis (2) en la que hicieron gran negocio; partieron de ella y siguiendo adelante encontraron otra isla que se llama Caable (3) la cual dejaron á mano izquierda; encontraron despues una montaña en tierra firme, muy elevada, y de abundantes productos, que se llama Alboc, de la cual nace un rio muy caudaloso; desde allí regresó la galera de los Moros, quedandose el Frayle, quien despues de permanecer algun tiempo en el pais, se internó en el reyno de Gotoma (ó Goyama), donde se encuentran montañas tan altas, que se tienen por las mas elevadas del mundo; y algunos las llaman, en su idioma,

(1) Hormigas que sacan oro. Strabon l. 15. Mela l. 3. c. 7. Plin. l. 11. c. 61, dicen lo mismo de las Indias orientales; pero esto debe entenderse del Africa, hácia el rio del Oro. (N del E. F.)

(2) Toda esta geografia es incierta, y se halla muy embrollada (N. del E. F.)

(3) Cabul ó Caablesa. Esta isla puede ser alguna de las del Cabo verde; ó mas bien, isla en el rio Negro ó Senegal. (N. del E. F.)

los montes de la Luna; y otros los montes del oro; son seis y de ellos nacen seis caudalosos rios que todos desaguan en el rio del Oro, formando un gran lago, en el cual se encuentra una isla que llaman Paluay, poblada de negros. Desde allí siguió el fraile adelante hasta llegar á un rio llamado Eufrates, que viene del Paraiso terrestre (1); lo atravesó, siguiendo por muchos paises y por muy diversas comarcas hasta la ciudad de Melea, en que reside el Preste-Juan (2); donde permaneció muchos dias, viendo las cosas maravillosas que allí se hallan, de las cuales no hacemos aqui mencion, para volver mas brevemente á nuestra historia, y por el temor de que parezcan mentiras. Antes que el Sr. de Bethencourt viniese á la conquista de estas islas, salió de la llamada Erbania una lancha con quince compañeros, y se dirigió al cabo de Bojador, que se halla en el reino de Guinea á doce leguas de estas islas, allí apresaron algunos habitantes, regresando á la Gran Canaria, donde hallaron la nave consus compañeros que los esperaban.

Continuacion del designio del Sr. Bethencourt de descubrir en Africa.

CAPITULO LVIII.

Y dice el frayle mendicante en su libro, que desde el cabo de Bojador al rio del Oro solo se cuentan ciento y cincuenta leguas francesas, y asi lo demuestra la carta, cuya distancia es viage de tres singladuras, para naves y embarcaciones grandes, pues las pequeñas que na-

(1) Geografia bastante confusa (N del E. F.)

(2) Estraña travesía, desde el Eufrates al Preste-Juan. En aquel tiempo se empezaba á tener conocimiento del Preste-Juan de Etiopia, llamado asi á imitacion del de Asia, derrotado por los Tártaros despues del año 1200, (N del E. F.)

vegan costeando, invierten mas tiempo; y para ir desde estas islas es cosa que á nosotros no nos da cuidado; y si las cosas de por acá son tales como el libro del fray-le español las describe, y así como los que han frecuentado estos paises dicen y cuentan, con la ayuda de Dios, de los Principes y pueblos cristianos, la intencion del Sr. de Bethencourt es abrir el camino del rio del Oro, pues si este pansamiento viniese á buen fin, resultaría de ello grande honor y provecho al Reyno de Francia y á todos los Reynos cristianos, supuesto que por este medio nos aproximariamos á los dominios del Preste-Juan de donde tantas riquezas vienen. Y no puede dudarse que muchas cosas se han quedado por hacer, en tiempos pasados, por no emprenderlas; y no nos vanagloriamos de que lleve á término sus proyectos el Sr. de Bethencourt; pero hará con sus compañeros todo quanto pueda, y justificará su buen deseo; y si no pudiere en manera alguna entender su conquista, completará con la ayuda de Dios, la de estos pueblos, reduciendolos á la fé cristiana, que se ha perdido siempre por falta de doctrina y enseñanza, lo cual es gran lástima; porque recorrase todo el mundo y no se hallará, en parte alguna, gente mejor formada y mas hermosa que los habitantes de estas islas; así hombres como mugeres, tienen grande entendimiento, si hubiera quien los enseñara. Y porque el Sr. de Bethencourt tiene mucho empeño en saber el estado de los paises vecinos, así islas como tierra firme, procurará con toda diligencia informarse de ello estensamente.

Como el Sr. de Bethencourt, Gadifer y sus compañeros tuvieron harto que sufrir por muchas maneras.

CAPITULO LIX.

Preciso es ahora volver á nuestro primer asunto, y que

lo prosigamos de aqui en adelante como las cosas sucedieron; y diremos que despues de la prision del Rey de la isla de Lanzarote, y consumidos los víveres que, el Señor de Bethencourt y el Sr. de Gadifer, recogieron al hacer dicha prision, pasaron muchas escasezes y tuvieron que sufrir grandes privaciones, á las cuales no se hallaban acostumbrados. Durante el espacio de un año se hallaron privados de pan y vino, viviendo de carne y pescado, durmiendo en el suelo sin cama alguna ni otro abrigo mas que la ropa que vestian, ya toda destrozada; y así lucieron la guerra á los insulares, á los cuales sometieron, siendo por la gracia de Dios bautizados y convertidos á nuestra santa fé; y por la traicion que se les hizo, como queda dicho, se revelaron contra nosotros, obligandonos á una guerra mortal, particularmente en Lanzarote.

Como el Sr. de Bethencourt y Gadifer tuvieron entre si algunas disensiones.

CAPITULO LX.

Sucedió un dia en el año 1404, que hallandose el Sr. Gadifer de la Salle muy pensativo, preguntole el Sr. de Bethencourt lo que tenia, y por que se mostraba con tan extraño semblante, y contestole Gadifer que hacia ya mucho tiempo que se hallaba acompañandolo, y pasando grandes trabajos, y que le era muy desagradable ver que hasta entonces no habia sacado de ello provecho alguno; y así que esperaba le cediese una ó dos islas, á fin de ponerlas en valor y aumento para él y les suyos; y dijole ademas al dicho Sr. Bethencourt, que le cediese la isla de Erbania, y otra isla llamada Infierno, y la Gomera, supuesto que estas islas no se hallaban aun conquistadas, y para dominarlas quedaba harto que hacer. Cuando el Sr. de Bethencourt hubo oido esta pretension, respon-

dió así: “Sr. de la Sale, mi hermano y amigo, es bien cierto que al encontraros en la Rochela, quedasteis muy contento de venir conmigo, y nos hallabamos muy satisfechos el uno del otro; el viage que he hecho hasta aqui, lo emprendi desde mi casa de Grainuille en Normandia, conduciendo mi gente mi navio, viveres y artillería, y todo lo que pude hasta la Rochela, donde os encontré, habiendo llegado á estas islas con el favor de Dios, y con vuestra ayuda, y la de todos los honrados gentiles hombres, y demas campeones de mi compañía; y para responder á vuestra pretension, debo deciros que las islas que me pedis no se hallan aun conquistadas, ni en el estado en que, Dios mediante, pienso ponerlas; porque me prometo someterlas á la obediencia, y bautizar sus habitantes. Ruegoos, pues, que no os incomodeis de mi compañía, mi intencion no es que perdais vuestro trabajo, ni dejaros sin la remuneracion que os es debida; asi os suplico que terminemos esta empresa, permaneciendo siempre hermanos y amigos.” “Todo esto está muy bien, contestó el Sr. Gadifer, pero hay una cosa de la que me hallo muy descontento, y es la de que hayais prestado homenaje de estas islas al Rey de Castilla, llamandoos señor de todas ellas, y haciendo que dicho Rey lo mandase asi pregonar en la mayor parte de su reyno, y especialmente en Sevilla, ordenando que nadie viniese á dichas islas Canarias sin vuestro permiso, y que se os pagara el quinto en efectos ó dinero, de todas las mercaderias que se estrageran de estas islas y condujesen al reyno de Castilla.” “Por lo que hace á esto, contestó Bethencourt, es muy cierto que he prestado homenaje de las islas, y tambien que me considero el verdadero señor de ellas, pues que asi place al Rey de Castilla. Mas en cuanto á satisfaceros, si llevais á bien aguardar la terminacion de esta empresa, yo os ofrezco daros tal recompensa, que quedeis de ella contento.” “No continuaré,

replicó Gadifer, mas tiempo en este pais, pues me es preciso regresar á Francia." El Sr. de Bethencourt, no pudo obtener mas esplicaciones del Sr. Gadifer, quien demostraba no quedar muy contento, aunque nada habia perdido, antes sí habia ganado de muchos modos, haciendo prisioneros y utilizando muchos efectos tomados en las islas; y si no hubiera perdido su nave, fuera su ganancia mayor. Apaciguaronse por entonces, al parecer, partiendo juntos de la isla de Lanzarote, para pasar á la de Erbania llamada Fuerteventura, donde les sucedió bien como se verá mas adelante.

Como el Sr. de Bethencourt vá á la isla de Erbania, del acierto de este viage y del fruto que se obtuvo de él.

CAPITULO LXI.

Despues de lo referido pasó el Sr. de Bethencourt á la isla de Erbania, y haciendo muchos prisioneros de sus naturales, los llevó á la isla de Lanzarote. Y dispuso fortificarse contra sus enemigos, á fin de sugetar el pais; y tambien para defenderse del Rey de Fez quien, segun le dieron á entender, pensaba hacer un armamento contra él, diciendo que todas estas islas le pertenecian. Como cosa de tres meses permaneció el Sr. de Bethencourt en esta isla, recorriendola toda, y hallando en ella hombres de extraordinaria estatura, y muy apegados y pertinaces en sus leyes y creencias. El Sr. de Bethencourt ha procurado fortificarse y tiene empezada una fortaleza en la pendiente de una gran montaña, sobre una fuente viva, á una legua del mar, que se llama Rico roque, la cual los isleños tomaron despues que el Sr. de Bethencourt volvió á España, matando mucha de la gente que en ella habia dejado.

Como el Sr. de Bethencourt y el Sr. Gadifer tuvieron nuevas contestaciones entre si, y de su empresa á la Gran Canaria.

CAPITULO LXII.

Despues que el Sr. de Bethencourt hubo empezado á fortificarse, se reprodugeron entre este señor y Gadifer las desagradables contestaciones que ya entre si habian tenido. Hallabase Gadifer en una especie de fortificacion que habia levantado, y desde ella dirigió á Bethencourt una carta en la cual solo le escribia estas palabras; *si llegais aqui, si llegais aqui, si llegais aqui*; á cuya carta contestó con otra el Sr. de Bethencourt diciendo, *si os encuentro ahi, si os encuentro ahi, si os encuentro ahi*. Asi permanecieron algun tiempo, dandose muestras de reconcentrado odio, hasta que pasados quince dias envió el Sr. de Bethencourt una brillante aunque pequeña compañía á la Gran Canaria, con la que partió el Sr. Gadifer el día 25 de Julio de 1404, para reconocer aquella isla. En la travesia, y algunos dias despues de haber salido á la mar, sufrieron una gran tormenta, con viento contrario y tan recio que en un dia, es decir de sol á sol, hicieron una singladura de cien millas; llegaron despues de esto á la Gran Canaria, cerca de *Telde*, pero no se atrevieron á tomar puerto, porque el viento seguia muy fuerte, y se hallaba ya cerca la noche; navegaron como veinte y cinco millas mas adelante, hasta un lugar llamado *Argygneguy* (1), donde tomaron puerto, permaneciendo anclados once dias. Llegose allí Pedro el Canario á hablarles, y despues vino el hijo de Artamy (Artemi), rey del pais, y vinieron tambien otros

(1) Hoy Arguineguin (N. del T.)

muchos Canarios, pasando á bordo de la nave como lo habian hecho otras veces; y cuando vieron que nuestra gente era poca, trataron de hacernos una traicion. Dijonos Pedro el canario que nos permitirian refrescar la aguada, y nos darian algunos puercos, los cuales hicieron traer á la orilla del mar, donde pusieron gente emboscada. Mandamos la chalupa á tierra, y cuando estaba atracada á la orilla, manteniendo los canarios el cable, salió la emboscada sobre los nuestros, descargando una nube de piedras, que los puso en gran conflicto; nos hirieron dos hombres, y se apoderaron de dos remos, tres barriles de agua y un cable, arrojandose muchos isleños á la mar para coger la chalupa; pero Auibal, bastardo de Gadifer, sin embargo de hallarse herido, cogió un remo y con él auyentó aquella turba, logrando desembarazar la chalupa, que pudo hacerse á la mar; algunos de su tripulacion se acobardaron, tendiendose en el fondo de la lancha, sin atreverse á levantar la cabeza; pero dos ó tres hidalgos del Sr. de Bethencourt que llevaban broqueles, resguardados con ellos, defendieron la chalupa. De regreso á la nave, bien apedreados y heridos, se reforzaron con algunos compañeros, y visto que se habia roto la tregua, volvieron á tierra sobre los canarios; pero estos que se hallaban armados con broqueles que, por los escudos de Castilla, se conocia haber sido cogidos á los españoles en otro tiempo, se defendieron bien y aunque nuestra gente arrojó gran número de muy buenos dardos sobre los canarios, no pudieron ocasionarles gran daño, y se retiraron á la nave, la cual zarpó de aquel puerto, navegando al de *Telde*, en el que permanecieron dos dias.

Como continuando las diferencias entre Bethencourt y Gadifer, parten estos señores para España.

CAPITULO LXIII.

Partió la nave de Telde, dirigiéndose á la isla de Erbania, hácia el pundo donde se hallaba el Sr. de Bethencourt, sufriendo un tiempo contrario cuando llegaron cerca de la costa. Desembarcó el Sr. Gadifer, y viniendo por tierra dió con una emboscada de castellanos, que habian llegado en una nave cargada de viveres para el Sr. de Bethencourt, los cuales castellanos dijeron que un dia de aquella semana, habian sido acometidos diez de sus compañeros por cuarenta y dos isleños, dandoles duras embestidas que los pusieron en aprieto, aunque se hallaban bien armados; pero esto fué sin duda que los isleños observaron ser aquella gente visona, pues no acostumbran á atacar así, á los que conocen ser fuertes, ni se empeñan en estos ataques. Despues de haber llegado Gadifer con toda la compañía, se irritó de nuevo al ver muchas cosas que le desagradaban, conociendo que cuanto mas tiempo permaneciese en el pais mas perderia en sus intereses; persuadióse ademas de que el Sr. de Bethencourt se hallaba muy en gracia del Rey de Castilla, por lo que habia oído decir al maestre de la nave, que condujo los viveres y refuerzos para el Sr. de Bethencourt; quien manifestaba que el Rey le habia enviado en auxilio del Sr. de Bethencourt, haciendo de este señor tantos elogios, que Gadifer maravillado no pudo contenerse, y dijo al maestre de la nave; que Bethencourt no lo habia hecho todo, y que á no haber sido ayudado por él y sus compañeros, no se hallaria ciertamente tan adelantado en la conquista; y que de haber llegado con aquellos refuerzos un año ó dos antes, mas aun se hubiera hecho en ella. Estas palabras y otras muchas que mediaron fueron repetidas por el maes-

tre de la náve, al Sr. de Bethencourt, quien quedó de ellas muy admirado, y pesaroso de que Gadifer se hallase resentido; y así es que habiendolo encontrado poco despues, le dijo ‘Hermano mio, mucho me admira que tengais tan grande envidia de mis honores y adelantos, y jamás creyera que me tuvierais tan mala voluntad.’ Respondióle el Sr. Gadifer, que no era justo perdiese su trabajo, que mucho tiempo hacia se hallaba fuera de su país, y que al fin se había convencido de que cuantos más servicios prestase, menos adelantaría. Contestó á esto el Sr. de Bethencourt diciendo, ‘Hermano mio, muy mal pensais, suponiendome tan ingrato que reuse recompensar vuestros servicios cuando las cosas, Dios mediante, lleguen á mejor estado del que tienen en el día.’ ‘Cededme las islas, dijo Gadifer, que en otro tiempo os pedí, y quedaré contento.’ ‘Tengo hecho homenaje de ellas, replicó Bethencourt, al Rey de Castilla, y no me desharé de ninguna.’ A estas palabras y contestaciones siguieron otras muchas que sería largo referir; y ocho días despues, habiendo puesto en órden la gente, y provisto á sus necesidades, partieron de las Canarias los Sres. Bethencourt y Gadifer, dirigiendose á España, no muy contentos ni satisfechos el uno del otro. El Sr. de Bethencourt se embarcó en su nave, y el Sr. Gadifer en otra, llegando ambos á España donde defendieron sus intereses segun se verá á continuacion.

Como el Sr. de Bethencourt y Gadifer llegan á España, y como el último no logrando sus pretensiones, se retiró á Francia, regresando á las islas el Sr. de Bethencourt.

CAPITULO LXIV.

Así que llegaron á Sevilla el Sr. de Bethencourt y Gadifer, entablaron sus pretensiones uno y otro, pero vien-

do este que nada adelantaría con el Rey de Castilla, manifestó su resolución de retirarse á Francia, á donde dijo le llamaban sus intereses, y en efecto partió para este reyno, no volviendo á parecer mas en las islas. El Sr. de Bethencourt, como se dirá mas adelante, continuó la conquista que le dió harto que hacer; y dejaremos ahora esta materia para hablar de las islas que el Sr. de Bethencourt visitó é hizo visitar, y dar noticia de sus habitantes, costumbres y gobierno.

De la isla del Hierro y de sus habitantes.

CAPITULO LXV.

Hablaremos en primer lugar de la isla del Hierro, una de las mas distantes; es esta una bella isla, que tendrá siete leguas de largo y cinco de ancho; es naturalmente fuerte, pues no tiene puerto ni entrada buena; ha sido visitada por dicho señor Bethencourt y por otros; Gadifer estuvo mucho tiempo en ella; anteriormente debió hallarse bien poblada; pero fué repetidas veces invadida, y sus habitantes, hechos prisioneros, fueron llevados cautivos á tierras estrañas, así es que en el dia la poblacion es muy corta; la tierra es muy alta y llana, y se encuentra poblada de grandes bosques de pinos y laureles; sus terrenos son de muy buena calidad para la labranza, y pueden producir muy bien, trigo, vino y otros frutos; y se encuentran otros muchos árboles, produciendo frutos de diversas clases; hallanse tambien en ella halcones, azores, cogujadas, y codornices en gran número, y una clase de pájaros con plumas semejantes á las del faisán, y el cuerpo del tamaño de un papagayo, y tienen el vuelo muy corto. Las aguas son muy buenas; se encuentran muchos animales, particularmente puercos, cabras y ovejas; y hay una especie de lagartos grandes como gatos, que no ha-

cen daño alguno, pero su vista es muy desagradable y repugnante. Los habitantes de esta isla, así hombres como mugeres son de bella presencia; los hombres van armados de largas lanzas, pero sin hierro, porque no lo tienen ni otro metal alguno; se coge en esta isla bastante trigo de varias clases, y en la parte mas alta de ella se hallan unos árboles que estan siempre goteando una agua clara y hermosa, que se rocoge en unos hoyos al pie de los árboles, cuya agua es la mejor que puede hallarse para beber; y es de tal calidad, que cuando se haya comido con mucho exceso, si se bebe de ella, queda hecha la digestion antes de una hora, en términos de despertarse el mismo apetito que antes de comer se tuviera.

De la isla de la Palma que es la mas remota.

CAPITULO LXVI.

La isla de la Palma, que es la que mas se adelanta en el Océano, es mayor de lo que se demuestra en la carta, y es tambien muy alta y muy fuerte; está poblada de grandes bosques de diversos árboles, como pinos, dragos, de los que se recoge la sangre llamada de drago, y otros árboles que dán una leche muy medicinal, y frutos de diversas especies. Corren por esta isla varios arroyos de buenas aguas, y sus terrenos son al propósito para toda clase de labores, y muy abundantes de pastos. Se halla la isla bien poblada de habitantes, porque no ha sido saqueada como las otras; sus naturales son bien formados, y se alimentan con carne solo. Es el pais mas delicioso que hemos visto en estas islas, pero el que está menos á la mano, por ser esta isla al mas separada de la tierra firme. Sin embargo, solo distará del cabo de Bojador, que es la tierra firme de los Sarracenos, unas cien leguas francesas. Disfruta esta isla de ayres

muy sanos, y sus moradores tienen larga vida.

De la isla de la Gomera

CAPITULO LXVII.

La Isla de la Gomera está catorce leguas mas cerca que la Palma; tiene la forma de un trebol; es fuerte, muy elevada y bastante llana; sus barrancos, son maravillosamente grandes y profundos; se halla este país habitado de un pueblo numeroso, que habla el idioma mas estraño de estos países, articulando las palabras con los labios, como si careciesen de la lengua; dicese que un gran principe (1) por cierto Jelito cometido, bizo cortar la lengua á muchos de sus súbditos, desterrandolos á la Gomera; y si son los actuales habitantes sus descendientes, puede darse crédito á aquel hecho por el modo como hablan. La isla se halla poblada de dragos y de otros árboles en gran número; de ganado menor, y de muchas cosas raras que seria largo referir.

De la isla del Infierno ó Tenerife.

CAPITULO LXVIII.

La isla del Infierno que se llama Tonerfis (Tenerife) tiene la figura de un rastrillo, casi como la gran Canaria (2) y tiene cerca de diez y ocho leguas francesas de largo y diez de ancho; hácia el centro de ella se halla una gran montaña, la mas elevada de todas las islas Canarias; las faldas de esta montaña se estienden en todas direccio-

(1) Los escritores ingleses aseguran que fueron los Romanos. (N. del E. F.)

(2) Hoy todos saben que es un error; no hay semejanza alguna entre la forma de estas dos islas (N. del T.)

nes por la mayor parte de la isla; de su alrededor salen muchos barrancos poblados de grandes bosques, atravesados de aguas corrientes, y adornados de dragos, y de muchos otros árboles de diversas especies. El terreno es muy á propósito para toda clase de labores, y lo habita una numerosa poblacion; estos insulares son los mas osados de cuantos pueblos habitan las islas; y hasta ahora ninguno de ellos ha sido preso y llevado cautivo, como los de las otras islas. Se halla Tenerife situada al medio dia de la Gomera, á seis leguas de distancia, y al norte de la gran Canaria á cuatro leguas; dicese por aqui que esta es una de las mejores islas.

De la gran Canaria y de sus habitantes.

CAPITULO LXIX.

La gran Canaria tiene veinte leguas de largo y doce de ancho (1); su forma es la de un rastrillo; dista doce leguas de la isla Erbania, y es la que goza de mayor renombre; sus montañas de la parte del mediodia son grandes y maravillosas; por el lado del norte el pais es bastante llano, y su terreno propio para la labranza. Está cubierta de espesos bosques de pinos, abetos, dragos, acebuches, higueras y palmeras que producen buenos dátiles, y de otros muchos árboles de diversas especies y frutos. Se halla esta isla muy poblada, y entre sus moradores los hay que se llaman nobles, diferenciandose de los de otras condiciones. Tienen trigo, cevada y habas, que cosechan en toda la isla. Son muy buenos nadadores, y pescadores; andan desnudos, cubiertos solo con un toncete tejido de

(1) Esto es tambien inesacto; son disculpables los errores geográficos que cometen los autores de esta obra por la razon que ya dejamos manifestada. (N. del T.)

hojas de palmera; la mayor parte de ellos tienen sus carnes labradas con diferentes dibujos segun el capricho y gusto de cada uno; llevan el cabello sueto por la espalda, á manera de una trenza; los hombres son bien formados, y las mugeres muy hermosas; estas visten unas pieles con que cubren sus carnes deshonestas. Abunda la isla de animales como puercos, cabras, ovejas, y unos perros salvages que se asemejan á los lobos, aunque son pequeños. Asi el Sr. Bethencourt, como Gadifer y otros muchos de sus compañeros, han visitado esta isla para reconocer sus entradas, naturaleza del terreno, costumbres y gobierno de sus habitantes; las entradas son buenas y sin peligro, pero tengase sin embargo la precaucion de sondear los puertos y costas por donde toda nave haya de aproximarse á tierra. A media legua de la costa por la parte del Nordeste se hallan dos lugares ó Aldeas distantes dos leguas entre sí, llamado el uno *Telde* y el otro *Argonés* (Agüimes) situados ambos á la orilla de dos arroyos de agua corriente; y á veinte y cinco millas de estos lugares hácia el Sueste, se encuentra otra Aldea en la misma orilla del mar, en sitio muy apropiado para ser fortificado; corre tambien por este pueblo un arroyo de agua dulce, y se llama la Aldea *Arginegy* (Arguineguin); pudiera ser este un escelente puerto, para naves pequeñas, que se hallarian al abrigo de la fortaleza. No puede negarse que esta sea una muy buena isla; sus terrenos dan dos cosechas de trigo al año, sin beneficio alguno, de suerte que por mal que se labre y cultive la tierra produce toda clase de abundantes frutos.

De la isla de Fuerteventura ó Erbania y de sus Reyes.

CAPITULO LXX.

La isla de Fuerteventura que nosotros llamamos Er-

bania, como la llaman en la Gran Canaria, se halla á doce leguas de esta, por la parte del Nordeste, tendrá sobre diez y siete leguas de ancho, pero por algunos sitios no excederá el ancho de una legua de mar á mar. Hallase una parte de ella cubierta de arena; y se encuentra una gran muralla de piedra que divide la isla de un lado al otro. El pais es llano y en alguna parte montañoso, y puede recorrerse á caballo de un extremo al otro; en el espacio de cuatro ó cinco leguas se encuentran varios riachuelos de agua dulce y corriente, que bastaria para dar movimiento á algunos molinos; en las inmediaciones de estos riachuelos crecen grandes bosques de unos árboles llamados *Tarhaïs* (Tarajales) que destilan una goma á manera de sal blanca y hermosa; la madera de estos árboles no es propia para construcciones, por ser muy torcidos los troncos; sus hojas se asemejan á las del brezo; crecen allí tambien unos árboles que dán leche muy medicinal, á manera de bálsamo; y hay otros de maravillosa hermosura, que dan aun mas leche que los anteriores, sus troncos son cuadrados, con varias fâces, y cada una se halla guarnecida de una hilera de puas, sus ramas son gruesas como el brazo de un hombre, y cuando se cortan sale de ellas una leche abundante que es de maravillosa virtud. Se hallan muchas palmeras, con buenos dátiles; azebuches y lentiscos en gran número; crece en esta isla una planta de mucha estimacion que se llama *Orchilla* (1); sirve para teñir paños, y otras cosas, y es la mejor planta de esta clase que pueda hallarse en pais alguno; y si esta isla llega á ser conquistada, y sus habitantes convertidos á la fé cristiana, la orchilla será un producto de gran valor para el señor del pais.

(1) Orchilla, planta de tinte, de mucho precio, *oriocola* á *orriocola*, de la que se hace un gran tráfico en todas partes. Cadamosto hace mencion de ella. c. 8. (N. de E. F.)

Esta isla no se halla muy poblada, pero sus naturales son de grande estatura, y apenas es posible aprisionar los vivos; siendo de tal condicion, que si alguno es hecho prisionero, y vuelve entre ellos, lo matan irremisiblemente. Encuentranse muchas aldeas; viviendo estos isleños mas reunidos que los de la isla de Lanzarote. No usan de sal, y se alimentan con carne sola, que secan sin salarla en gran cantidad, colgandola en sus viviendas, donde la dejan secar bien, y en este estado la comen. Esta carne es sin comparacion alguna mucho mas sabrosa y de mejor calidad que la que se come en Francia. Las habitaciones despiden muy mal olor, á causa de las carnes que cuelgan en ellas. Comen estos isleños el sebo, de que se hallan muy provistos, como nosotros comemos el pan; tienen tambien muy buenos y abundantes quesos, hechos de la leche de cabras, de cuyos animales hay en esta isla mas abundancia que en ninguna otra; siendo tal su número que podrian cogerse cada año sesenta mil y beneficiarse sus pieles y sebo, del que podrá dar muy bien cada cabra treinta ó cuarenta libras, pues es verdaderamente maravillosa la cantidad de grasa que rinden estos animales, cuya carne es tan buena y aun mejor con mucho que la de Francia. No se encuentran en esta isla buenos puertos donde puedan invernar grandes naves; pero los hay seguros para embarcaciones menores; en cualquier punto del pais llano que se habra un pozo, se encuentra agua dulce, para riego y cualquiera otro uso que quicra hacerse de ella; hay muy buenos pedazos de tierra para la labranza; estos isleños son de duro entendimiento, y muy apegados á sus creencias; tienen templos donde hacen sus sacrificios. Esta isla es la mas cercana de la tierra de los sarracenos, pues solo dista doce leguas del cabo de Bojador, que está en la tierra firme de Africa.

De las islas de Lanzarote y de Lobos.

CAPITULO LXXI.

La isla de Lanzarote se halla á cuatro leguas de la isla de Fuerteventura por la parte del Norte Nordeste, y entre estas dos islas se encuentra situada la de Lobos, que es casi redonda y está despoblada; su estension será de una legua de largo y otra de ancho, y dista como un cuarto de legua de Fuerteventura y tres leguas de Lanzarote; hácia la parte de Erbania se encuentra un buen puerto para galeras. A esta pequeña isla acude un maravilloso número de lobos marinos, de los cuales pudiera beneficiarse cada año, en pieles y grasa, un valer de mas de quinientas doblas de oro. En cuanto á la isla de Lanzarote, á la que los naturales llaman *Tite Roy-gatra*, es del tamaño y forma de la isla de Rodas; tiene muchas aldeas y buenas casas, y estuvo en un tiempo muy poblada; pero los españoles y otros corsarios, saquearon esta isla muchas veces, aprisionando y llevándose esclavos á sus habitantes, en tanto número que hoy quedan ya muy pocos; y cuando el Sr. de Bethencourt arribó á esta isla, no excederian de trecientas personas las que con gran trabajo sometió; y por la gracia de Dios, fueron bautizados. Por la parte de la isla Graciosa, es la entrada de Lanzarote tan escabrosa, que no fuera posible penetrar en el pais por ella á viva fuerza; por la parte que mira á la Guinea, que es la tierra firme de los Sarracenos el pais es llano, despoblado de bosques, creciendo únicamente en aquellos terrenos algunos pequeños arbustos, solo útiles para el fuego; de estos arbustos el quo llaman *higuera* (son los cardones) se estiende por toda la isla, de un extremo al otro, y da una especie de leche muy medicinal. Se hallan muchas fuentes y cisternas, abundancia de pastos, y buenas tierras de labor; recogese gran cantidad de cebada, de la que se hace muy

buen pan. Esta isla se halla bien provista de sal, sus habitantes son de bella presencia, los hombres andan desnudos cubiertos solo de un mantedete, que les cuelga por la espalda hasta la rodilla, y no se avergüenzan de llevar descubiertas sus carnes; las mugeres, al contrario, son muy honestas y hermosas; van vestidas de una hopalandada de piel que les llega á los pies; la mayor parte de ellas tienen tres maridos, que alternan por meses en sus funciones conyugales, y el que sale de turno sirve de criado á la muger durante el mes siguiente. Son estas isleñas muy fecundas, pero escasas de leche, por lo que dan el alimento á sus hijos con la boca, lo que es causa de que tengan el labio inferior muy caído, afeandolas mucho este defecto. Esta isla de Lanzarote es un buen país; pueden llegar á ella muchos mercaderes y mercaderías, teniendo dos escolentes puertos, seguros y capaces; crece en ella mucha orchilla, producción muy estimada. Dejaremos de hablar ya de esta materia para ocuparnos del Sr. de Bethencourt, que se halla en la corte del Rey de Castilla.

Como el Sr. de Bethencourt pide licencia al Rey de España y regresa á las islas.

CAPITULO LXXII.

Asi que el Sr. de Bethencourt hubo terminado su negocio con el Sr. de Gadifer, recogió del Rey de España las Reales cédulas de como habia prestado homenaje de las islas Canarias, y tomó su real venia para regresar á las islas, en donde hacia suma falta. El referido Gadifer habia dejado en ellas á su bastardo, con algunos de sus parciales, por cuya causa deseaba dicho Sr. de Bethencourt volver cuanto antes á Canarias; y no hubiera ido á Castilla, á no recelar que Gadifer, para perjudicarle, di-

jera al Rey de Castilla alguna cosa que le desagradase. Además, Bethencourt deseaba también obtener las Reales cédulas que se le espidieron; pues aunque el Rey le había otorgado antes otras, no eran tan favorables como las últimas. Dióle el Rey pleno poder para acuñar moneda en las islas, y para cobrar el quinto del valor de todas las mercaderías que se estrageran de dichas islas para España. Estas cédulas se estendieron ante un tabelion llamado Sariche, vecino de Sevilla. En esta ciudad estimaban tanto al Sr. de Bethencourt, que despues de agasajarlo le hicieron varios presentes de armaduras, viveres, oro y plata. Despues de haberse despedido del Rey, regresó Bethencourt á las islas, contento y satisfecho del buen éxito de sus negocios, y arribó á Fuerteventura, donde fué recibido por sus gentes con las mayores demostraciones de alegría, como se verá en seguida.

Como el Sr. de Bethencourt llegó á la isla de Fuerteventura, su recibimiento, y de lo que despues aconteció.

CAPITULO LXXIII.

Al llegar el Sr. de Bethencourt á la isla de Erbania llamada Fuerteventura, encontró en ella á Anibal, bastardo del Sr. Gadifer, quien salió á su encuentro á recibirlo y saludarlo y siendo muy bien acogido le dijo: “Señor ¿que ha sido del Señor mi amo?, A cuya pregunta contestó Bethencourt.—„Ha marchado á Francia su pais.”—„Mucho me holgara, replicó Anibal, de hallarme con él.”—Ireis conmigo, le dijo Bethencourt, terminada que sea, si Dios quiere, esta empresa.”—„Me hallo admirado, volvió á decir Anibal, que el Sr. Gadifer no nos dé noticia alguna de su persona.”—“Creo, le contestó Bethencourt, que os haya escrito con mi criado.” Y en efecto así era. Entró el Sr. de Bethencourt en la fortaleza llamada de-

Rico-roque, la cual habia hecho edificar; y en ella encontró una parte de su gente, hallandose ausentes quince hombres que aquel dia habian salido á recorrer el pais y perseguir á sus naturales, quienes los recibieron con gran valor, y arremetiendoles despues vigorosamente, les mataron sobre el campo seis hombres, teniendo los restantes que retirarse muy mal parados á la fortaleza; este desastre fué bien pronto reparado por el Sr. de Bethencourt. Hallabase construida otra fortaleza, en la cual residia Anibal con una parte de los conquistadores, la cual llamaban Baltarhayz (Valtarajal) y proponiendose ocuparla el Sr. de Bethencourt se dirigió á ella con toda su gente, abandonando el fuerte de Rico-roque, que fué destruido en seguida por los insulares; quienes pasando acto continuo al puerto de Gardines, á una legua del cual tenia el Sr. de Bethencourt el depósito de viveres, incendiaron una capilla que alli habia, y se apoderaron de muchos efectos, del hierro y cañones, rompiendo los cofres y toneles, y destruyendo cuanto encontraron. El Sr. de Bethencourt reunió toda la gente que tenia en Fuerteventura, no pudiendo hacer venir la que estaba en Lanzarote, y salió con ella á campaña el buen señor; muchos encuentros tuvo con los enemigos, quedando siempre victorioso, pero señaladamente en dos jornadas, en las cuales murieron muchos insulares; y á los que pudieron cojer vivos los envió el señor Bethencourt á Lanzarote, para que al cuidado del Rey de aquella isla, que habia permanecido alli, cuando el Sr. de Bethencourt partió con Gadifer para España, labráran la tierra, y rehabilitáran las fuentes y cisternas, que Bethencourt habia hecho destruir, por Gadifer y sus compañeros, durante la guerra que entre ellos tuvieron, por ciertas causas, antes de haber conquistado el pais; siendo ahora muy necesarias dichas fuentes, para abregar el ganado tanto domestico como salvaje, que siendo en gran número, moriria de sed. Y el dicho Rey ha pedido al

Sr. de Bethencourt que le envíe paños para vestuario, y artillería; por que todos los naturales de Lanzarote se inclinan á ser arqueros y gente de guerra, y se portaron con mucho valor, auxiliando á los cristianos contra los isleños de Erbania, lo mismo que hacen en el día, habiendo muerto muchos de ellos en la guerra, combatiendo al lado de los nuestros. En este tiempo los de Erbania, para sostener la guerra, han reunido y hecho tomar la defensa á todos los hombres de edad de 18 años arriba; y notase que son muy guerreros, porque tienen en el pais los mas fuertes castillos que en parte alguna puedan hallarse; los cuales han abandonado, retrayendose de defenderse en ellos, por el temor de quedar encerrados; pues no alimentandose mas que de carne, si quedasen sitiados en sus fortalezas, no podrian vivir, por que no salando la carne, no pueden conservarla mucho tiempo; y no es maravilla que si entre nosotros, habitando la tierra firme y ocupando una grande estension de pais, se hacen la guerra unos pueblos á otros. se la hagan tambien los que habitan estas islas; pero Dios permite todas estas cosas, para que en nuestras tribulaciones, tengamos verdadero conocimiento de su poder infinito, porque cuantas mas adversidades experimentemos en esta vida, tanto mas debemos humillarnos ante la divina magestad. El suceso antes mencionado de la muerte dada por los isleños á algunos soldados de Bethencourt tuvo lugar el día 7 de Octubre de 1404.

Como el dicho Sr. de Bethencourt, hizo reedificar el castillo de Rico-roque, y de sus combates con los isleños.

CAPITULO LXXIV.

El 1.º de Noviembre siguiente (1404) el Sr. de Bethencourt volvió á Rico-roque, y haciendo reedificar es-

ta fortaleza, envió á buscar refuerzo de gente, á la isla de Lanzarote, así naturales de ella, como de los suyos que vinieron á su mandato. Con parte de esta gente envió á Juan le Courtois y Guillermo de Andrac á que reconocieran la costa y así lo hicieron, pescando al mismo tiempo á la liña. En esto fueron atacados por sesenta isleños que los envistieron duramente; nuestra gente se defendió con gran valor, retirandose al cuartel que se hallaba á distancia de dos leguas francesas, siempre combatiendo sin sufrir pérdida alguna; gracias á algunos dardos que llevaban y con los cuales contubieron á los isleños. Al tercer día siguiente, salieron á campaña algunos compañeros con los isleños de Lanzarote, armados lo mejor que pudieron, y encontrando á los enemigos les embistieron y pelearon con ellos mucho tiempo, logrando por fin derrotar y poner en fuga á los de Erbania. Poco tiempo despues, hallandose el Sr. de Bethencourt reedificando el fuerte de Rico-roque, salieron de Baltarhayz, Juan le Courtois y Anibal, el bastardo de Gadifer, y con alguna gente de Lanzarote se dirigieron á una aldea donde encontraron reunidos un gran número de isleños, á los que atacaron ásperamente, obligandolos á dispersarse, y dejando diez muertos en el campo, de los cuales el uno era un gigante de nueve pies de alto; el Sr. de Bethencourt tenia espresamente encargado que no se hiriese á este gigante, y que se procurara en cuanto fuere posible aprisionarle vivo; pero nuestra gente manifestó que se hallaron obligados á matarlo, pues de otra suerte se hubieran visto en gran peligro, por el valor y las fuerzas con que los atacaba. Anibal y los suyos regresaron á su cuartel bastante maltratados, conduciendo mil cabras que habian cogido.

Diversos encuentros y combates con los isleños.

CAPÍTULO LXXV.

Continuaba siempre la envidia con que el dicho bastardo de Gadifer y algunos de sus parciales miraban á la gente del Sr. de Bethencourt, por quienes se habia emprendido y hecho la conquista; y si hubieran sido los mas fuertes, sin duda hubiesen destruido á los del Sr. de Bethencourt; pero aunque este señor lo sabia, disimulaba siempre, á causa del auxilio que le prestaban; tanto mas útil en una tierra estraña y enemiga, y no permitia que se les hiciera agravio alguno. Sin embargo, Juan le Courtois y varios compañeros del cuartel de Bethencourt, armandose muy bien una mañana, como para marchar contra los enemigos, salieron al campo por la madrugada; creiase que iban á alguna sorpresa, porque se habia dicho unos cuatro dias antes, que se hallaban los isleños emboscados para atacarnos; y no hacia mucho tiempo que habian batido á una partida de los nuestros, obligandoles á retirarse al cuartel, muy mal heridos, y algunos con las piernas y brazos rotos, de golpes de piedras, única arma que usan los isleños, y en cuyo tiro son mucho mas acertados que ningun cristiano; lanzando la piedra con mas violencia que un tiro de ballesta, y huyendo ellos con tal ligereza que corren como liebres; en ese día tuvimos que dar gracias á Dios de que no cogieran á ninguno de los nuestros prisioneros. Sucedió pocos dias despues de este encuentro, que unos muchachos que guardaban el ganado, encontraron las señales del punto donde habian pasado los isleños la noche, y vinieron á dar de ello aviso al cuartel de Anibal, donde se hallaba alguna gente de Bethencourt, entreteniendose en tirar con el arco y ballestas, á quienes dijeron los de Anibal que habian descubierto el rastro de los enemigos; entonces les dijo el llamado d' Andrac, que

había servido con Gadifer, si querian acompañarlos para salir en busca de los enemigos, pero tenian otros proyectos y no fueron. Viendo esto salieron seis hombres de los ocho compañeros de Gadifer, quedando dos en custodia del cuartel en que se alojaban, y armados de un arco cada uno, se dirigieron durante la noche á una montaña cercana, en donde los isleños habian pasado la anterior; al siguiente dia por la mañana marchó tambien d' Andrac para reunirseles con alguna gente del Sr. de Bethencourt y de los isleños de Lanzarote, llevando consigo unos perros, para que descubrieran la pista, como si fueran de caza. Cuando los seis hombres de los parciales de Gadifer llegaron al pie de la montaña, donde se hallaban los isleños, advirtieron que estos los seguian; y entonces enviaron á uno de sus compañeros á que dijese á Andrac que ganara la montaña, porque eran un gran número; trepáronla en efecto, y los enemigos se estendieron por el pie de ella como si quisieran cercarla. Entonces bajó nuestra gente á su encuentro, y atacandolos vivamente huyeron los isleños dispersos hácia las montañas, dejando uno muerto, que al ir á coger entre sus brazos á uno de nuestros soldados, lo atravesó de una estocada; nuestra gente se retiró en esto á sus cuarteles.

Como el Sr. de Bethencourt envió á Juan le Corutois á Baltarhayz para hablar con Anibal.

CAPITULO LXXVI.

Despues de este encuentro, envió el Sr. de Bethencourt á Juan le Courtois con algunos compañeros, á la torre de Baltarhayz para hablar con Anibal y Andrac, servidores de Gadifer, quienes decian cosas que nada agradaban á aquel señor. Con este motivo encargó á le Courtois les intimase guardáran la fidelidad y obediencia que le debian, á

Jo cual contestaron que ellos se guardarian bien de caer en falta. Preguntoles entonces le Courtois, porque habian hecho pedazos unas cartas que el Sr. de Bethencourt les habia dirigido, y respondieron que á esto los obligaron Alfonso Martin y otros; á estas reconvençiones se añadieron otras que serían largas de referir. En esto Juan le Courtois ordenó á un intérprete que lo acompañaba, fuese á hacer venir á su presencia á los isleños prisioneros, que Anibal tenia en su poder, y se hallaban esparcidos por aquellas inmediaciones, unos guardando ganado y otros en diversas ocupaciones que les habia dado Anibal; y cuando estuvieron reunidos dispuso Juan le Courtois que el intérprete los condujese al cuartel del Sr. de Bethencourt, y asi se hizo. Irritado con esto Andrac reconvino á le Courtois diciendole, que aquello no era bien hecho, pues no tenia facultad ni poder para mandar en las cosas que pertenecían al Sr. Gadifer. A lo cual respondió le Courtois, que Gadifer no tenia en el pais poder alguno. «Está bien añadió, que vos seais ó hayais sido su servidor; pero ni el Sr. Gadifer ni vos teneis aqui autoridad. El Sr. de Bethencourt ha tenido á bien, aunque sin merecerlo, nombrarme su lugar teniente, y yo le serviré como es mi deber hacerlo; y admirame seais osado para levantar la voz, cuando el mismo Gadifer, á quien llamais vuestro amo, despues de sus altercados con el Sr. de Bethencourt nuestro señor, renunció á sus pretensiones y se ha retirado á su pais para no pensar mas en estas islas.» Muy enojado Andrac de oir estas palabras, intimó á le Courtois que se contubiera en decir cosa alguna que ofendiese el honor del Sr. de Gadifer, quien lejos de hacer cosa alguna en deservicio del Sr. de Bethencourt, se habia portado de modo que á no ser por él, no se hallara tan adelantada la conquista; y concluyó diciendo. «Conozco que soy el mas débil, y no puedo resistir á la fuerza de que disponeis, pero demando el auxilio de todos los príncipes cristianos

asi como al caso corresponde." Temian Anibal y Andrac que se les quisiera privar de la parte que les correspondia en los prisioneros; pero no era esta la intencion del Sr. Bethencourt, y asi los tranquilizó sobre este particular. Sin embargo, de todos los parciales de Gadifer, eran Anibal y Andrac los que mas envidia y rencor conservaban contra el Sr. Bethencourt y su gente, y ha haber sido los mas fuertes, los hubieran destruido; pero eran uno contra diez. Cuando Anibal y Andrac vieron que nada podian adelantar, y que sus palabras no producian efecto se resignaron á obedecer. De regreso Juan le Courtois, con todos los prisioneros, al castillo de Rico-roque, informó al Sr. de Bethencourt de como habia encontrado aquella gente muy mal dispuesta, y del orgullo y fiereza con que le habian hablado. ¿Quienes han sido? le preguntó el Sr. de Bethencourt." Han sido, contestó le Courtois, Anibal y Andrac; por que he querido traerme los prisioneros que alli tenian, y en los cuales tienen parte los demas asi como ellos; no parece al oirles hablar, si no que ellos son los señores del pais, y que sin ellos nada se hubiera hecho; de suerte que á darles crédito, ni vos ni vuestra gente os hallarais en el estado en que os hallais." ¿Callad, dijo Bethencourt, no es necesario me hableis de esto, pues yo sé bien lo que pasa. Creo, tambien, que Gadifer les haya escrito el resultado de sus pretensiones ante el Rey de Castilla; y asi, no quiero que se les ofenda, ni haga agravio alguno; antes es mi voluntad que tengan su parte asi en los prisioneros como en las otras cosas; y en lo demas yo pondré remedio, de suerte que todos queden contentos, hasta que cuando me vaya los lleve conmigo, con lo que quedará mi gente libre de ellos. Es necesario no hacer mal, cuando se puede hacer bien; ser prudentes, y cuidar del honor mas que del provecho."

Pasados algunos dias de esto, envió Juan le Courtois al llamado Miguel Helye con otros compañeros, á re-

elamar de Anibal y Andrac, de parte del Sr. de Bethencourt, todas las mugeres isleñas que tuviesen en su poder. A esta pretension respondió Andrac, que por su parte no las entregaba, que podrian venir á llevarlas á la fuerza como se habian llevado los prisioneros, pues no pensaban hacer resistencia. Cuando Juan le Courtois recibió esta contestacion, marchó á Baltarahyz donde encontró la gente ocupada, como nunca, en reparar y cubrir las habitaciones, para resguardarlas del mal tiempo y de la lluvia. Hallabase poca gente en la casa, y le Courtois se situó entre ella y los de Gadifer, al lado de una torre que alli habia. Cuando vió esto Andrac, corrió á todo correr, y llegando al sitio gritó. ¿Que es esto buenos señores, que intentais hacer de nosotros? ¿aun no os hallais satisfechos? ¿no nos habeis hecho bastante daño, deshonorando y envileciendo á nuestro amo, el Sr. Gadifer? Habeis olvidado, sin duda, los servicios que os prestamos en otro tiempo, pues no los tomais en cuenta." Contestó Juan le Courtois que le entregáran las mugeres que tenian encerradas; y ordenó á su gente que lo rompieran todo hasta dar con ellas. En esto un soldado alemán pidió en su idioma fuego para incendiar la torre; y como Andrac lo entendiese, les dijo: «Buenos señores podeis hacer que arda todo si quereis; pero es deshonar al Sr. Gadifer, el asaltar asi su casa, y ampararse de los Liebres que nos ha dejado para su custodia; y en esto no haceis bien; y pongo á todos por testigos de tal ultrage," A estas razones contestó Juan le Courtois, diciendo, que aquella casa, asi como todo el pais pertenecia al Sr. de Bethencourt, como Rey, señor y dueño que era de las islas; y que esto lo sabia bien el Sr. Gadifer aun antes de salir de ellas; y me admira como osais revelaros contra el Sr. de Bethencourt, que se halla aun en esta isla, pues cuando llegue á saberlo, no os irá muy bien; y aun hay mas, que vuestro señor Gadifer despues de sus inútilos

representaciones ante el Rey de Castilla se ha retirado á Francia, de acuerdo con el Sr. de Bethencourt. Creedme, pues, y presentaos á este Sr. cuya bondad es tal que os perdonará, portandose con vosotros mejor que habeis merecido." «Iremos ciertamente, contestaron Anibal y Andrac; y cree que nos hará justicia, mandando se nos devuelvan los prisioneros, ó aquella parte que en ellos nos corresponda." En esto entró le Courtois en la torre, y apoderandose de las mugeres las hizo conducir con todos los demas isleños á la isla de Lanzarote.

Como los dos Reyes sarracenos de la isla de Erbania, ofrecen rendirse y hacerse cristianos.

CAPÍTULO LXXVII.

Poco tiempo despues, los isleños de Erbania, ignorando las disenciones que pasaban entre los conquistadores, y viendo no podian sostener largo tiempo la guerra que el Sr. de Bethencourt les hacia, y que los cristianos se hallaban bien armados, con armas de alcance que ellos no tenian, pues como ya dejamos dicho, estos isleños no lleban armaduras defensibas vistiendo solo de pieles de cabra y cueros, y no usan otras armas ofensivas que piedras y lanzas de madera que, aunque sin herar, hacen bastante daño; convencidos de la nulidad de sus fuerzas, y enterados por relacion de algunos prisioneros huidos, de la clase de gobierno de los cristianos, de la intencion que traian en su empresa, y de como eran bien tratados los isleños que se les sometian; decidieron en consejo, presentarse al Sr. de Bethencourt, como Gefede la conquista, Rey y Señor del pais, pues lo es todo nuevo conquistador de los infieles; y los isleños no eran cristianos, ni jamás cristiano alguno; de que se tenga noticia, habia emprendido la conquista; y es cierto

que esta isla de Erbania tenia dos reyes que durante mucho tiempo se hicieron la guerra; en cuya guerra murieron muchos isleños, quedando por esta causa muy disminuida la poblacion; y de estas guerras son un testimonio los muchos castillos que ya hemos dicho se hallan en la isla y que, edificados á su manera, son los mas fuertes que pueden hallarse en parte alguna; y se encuentra tambien en el centro de la isla, un gran muro de piedra que la atraviesa de mar á mar.

Como los dos reyes enviaron un isleño al Sr. de Bethencourt.

CAPÍTULO LXXVIII.

Vino pues, ante el Sr. de Bethencourt, un isleño, enviado por los dos reyes paganos de Erbania, para decirle tuviese á bien permitirles que vinieran á su presencia, pues tenian gran deseo de verle y hablarle; y que su voluntad era hacerse cristianos. Entendido esto por el Sr. de Bethencourt, á quien lo trasmitió su intérprete, quedó muy contento, é hizo responder al emisario isleño, que sus reyes podian venir cuando quisieran, pues serian bien recibidos. Retirose el emisario, acompañandole un tal Alfonso canario, que se habia hecho cristiano, y á quien se trató muy bien. Cuando los Reyes oyeron la respuesta dada por el Sr. Bethencourt á su enviado, se llenaron de regocijo, y quisieron detener á Alfonso el intérprete, para que los acompañase cuando viniesen ante dicho Sr. pero Alfonso no quiso aguardar, porque no se lo habian ordenado, y los Reyes le dieron entonces una escolta para que con seguridad se restituyera al lado del Sr. de Bethencourt, á quien refirió cuanto habia pasado, entregandole un presente que los Reyes le hacian, de no sabemos que fruta, que crece en un pais remoto, y despide un olor tan agradable que es maravilla.

Como los dos Reyes fueron bautizados con toda su gente, y como el Sr. de Bethencourt se despidió de ellos y de los suyos para hacer un viage á Francia, y de como dejó las cosas ordenadas antes de su partida.

CAPÍTULO LXXIX.

Presentose primero al Sr. de Bethencourt, el Rey de la parte vecina á la isla de Lanzarote, con cuarenta y dos isleños, y fueron todos bautizados el dia 18 de Enero de 1405, poniendole al Rey por nombre Luis, y tres dias despues se presentaron otras veinte y dos personas que tambien fueron bautizadas el dia que llegaron. El 25 de Enero siguiente, vino el Rey de la banda vecina á la gran Canaria, acompañado de cuarenta y siete isleños, que no fueron bautizados aquel dia, y si al tercero siguiente, llamandose á dicho Rey Alfonso; y desde este dia en adelante continuaron presentandose, para hacerse bautizar, ya unos, ya otros, segun se hallaban alojados y esparcidos por el pais, de suerte que hoy dia, gracias á Dios, todos son ya cristianos, y conducen á sus hijos asi que nacen al cuartel de Baltarabyz, donde se bautizan en una capilla que el Sr. de Bethencourt ha hecho edificar; y allí van y vienen y se les dá lo que necesitan de lo que allí se tiene; pues el dicho señor ha ordenado que se les trate con la mayor dulzura; y á presencia de los dos Reyes, confirmó á Juan le Courtois el cargo de su lugar teniente que le tenia conferido, pues habia decidido hacer un viage á Francia su pais, en donde permanecería lo menos que pudiese, como así sucedió, pues tuvo tan buen tiempo que en ida y vuelta empleó solo cuatro meses y medio. Ordenó á los señores Juan le Verrier y Pedro Bontier que permanecieran en las islas, para continuar enseñando la fé católica, y llevó consigo la menos gente que pudo, y entre ellos tres isleños y una isleña con el fin de

que conocieran las costumbres del reyno de Francia, y pudieran instruir de ellas á sus compatriotas, cuando regresaran á las islas. Partió el Sr. de Bethencourt de la isla de Erbania, el último dia de Enero de 1405, vertiendo lágrimas de alegría, y los que en las islas quedaron lloraban por su partida, mostrando aun mas afliccion los isleños que los europeos, por la benignidad y dulzura con que eran tratados por aquel señor: llevó tambien consigo á algunos de los parciales de Gadifer, mas no á Andrac ni Anibal; Dios le dé feliz viage de ida y regreso.

Como el Sr. de Bethencourt partió de las islas, y arribó al puerto de Harfleur y de allí á su casa; y del buen recibimiento que se le hizo.

CAPÍTULO LXXX.

Partió dicho Sr. de Bethencourt de la isla de Erbania, y saliendo á la mar tuvo tan buen tiempo que en veinte y un dias llegó al puerto de Harfleur, donde encontró al Sr. Hector de Bacqueville, el cual le recibió con el mayor agasajo, así como las muchas personas que lo conocian; permaneció dos noches en Harfleur, y se trasladó á su casa de Grainuille, en la que halló al Sr. Roberto de Bracquemont, su tio, á quien habia dado por cierto tiempo sus tierras de Bethencourt y la Baronía de Grainuille, por la merced de cierta suma de dinero en cada año. El dicho Bracquemont no tenia noticia alguna de la venida de Bethencourt, hasta que se le dijo entraba por la puerta de la ciudad de Grainuille, entonces salió de su castillo y se dirigió á su encuentro, que se verificó en la plaza; escusado es preguntar de que modo se recibieron. Los gentiles hombres de los alrededores, y los de la ciudad que eran sus vasallos, todos se le presentaron, repitiendo diariamente sus agasajos. No usaban de

venir á cumplimentarlo sus parientes y los hidalgos del pais. Vinieron el Sr. Eustaquio d'Erneville, su hijo, el Baron de la Heuse, y muchos otros grandes señores que fuera largo nombrar; todos habian oido hablar de la conquista de las islas de Canaria, y de los grandes trabajos que en ella habia pasado el Sr. de Bethencourt; pues Madama de Bethencourt, que regresó desde el reyno de España, habia llevado las primeras noticias de la conquista; y tambien las habia dado Bertin de Bernebal, cuando se retiró de la conquista como queda dicho, en lo que no ganó mucha honra; y se sabia, ademas, lo que se adelantaba en ella, por las frecuentes cartas del Sr. de Bethencourt. Este señor no halló á su esposa en Grainuille á su llegada, porque se hallaba en Bethencourt; envióla á buscar y cuando vino fué recibida con demostraciones de contento que es inútil referir, ofreciendole su esposo algunos presentes de cosas particulares de las islas. Con esta señora vino el Sr. Reynaldo de Bethencourt, hermano de dicho señor. A los ocho dias de su llegada á Grainuille, se despidieron el Sr. Eustaquio d'Erneville y otros; entonces les dijo el Sr. de Bethencourt que lo mas pronto posible pensaba regresar á Canarias, y que llevaria consigo el mayor número de personas que pudiera, del pais de Normandia; que su intencion era conquistar la gran Canaria, ó lo menos darle un ataque. El señor Eustaquio que se hallaba presente dijóle entonces, que lo acompañaria, si se lo permitia. «Sobrino mio, le contestó el Sr. Bethencourt, os agradezco el trabajo que quereis tomaros, pero pienso llebar conmigo gente de menor porte.» Ofrecieronse tambien á acompañar al Sr. de Bethencourt, muchos hidalgos que se hallaban presentes, entre ellos Ricardo Grainuille pariente de dicho señor; Juan de Bouille, Juan de Plessis, Maciot de Bethencourt y algunos de sus hermanos, todos los cuales excepto el primero, marcharon con la expedicion, y otros muchos,

sin contar los que habian venido con dicho Sr. y volvieron con él; y entre ellos se hallaban gentes de todas condiciones, proponiendose el Sr. de Bethencourt, traer á las islas maestros de todas las artes y oficios; y cuando se hallen en ellas, no puede dudarse podrán vivir cómoda y desahogadamente, sin gran trabajo, cultivando los terrenos que el Sr. de Bethencourt se propone repartirles. «En Francia, les decia dicho señor, hay muchos artesanos que no poseyendo un pie de tierra, viven con gran trabajo, y si quieren venir conmigo á las islas, les prometo haré por ellos cuanto bien pueda, con preferencia á otros que vengan, y mucho mas que á los naturales del pais convertidos al cristianismo.»

Despidieronse en esto todos los presentes del Sr. de Bethencourt á escepcion del Sr. Renault de Bethencourt su hermano, y el Sr. Roberto de Bracquemont, que se hallaban ya en el castillo de Grainuille cuando llegó. Poco despues se anunció en el pais la noticia de que el Sr. de Bethencourt, disponiendose á regresar á las islas de Canaria, se proponia llevar consigo maestros de todas artes y oficios, algunos matrimonios, y mugeres solteras, segun las pudiera encontrar que tuviesen buena voluntad de hacer aquel viage; y vieronse presentarse cada dia, ya diez, ya doce y hasta treinta personas, ofreciendose acompañarle sin esigir gajes algunos, antes hubo varios que ofrecieron llevar sus víveres. Mucha fué la gente honrada que de uno y otro modo, reunió el Sr. de Bethencourt; los hombres de armas llegaron al número de ciento sesenta, de los cuales veinte y tres llevaron sus mugeres. Entre esta gente de guerra visieron Juan de Bouille, Juan de Plessis, Maciot de Bethencourt, y algunos de sus hermanos, todos hidalgos; los restantes eran artesanos y labradores. Habia once naturales de Grainuille, entre ellos uno llamado Juan Anice, y otro Pedro Girad; tres de Bouille de Hanouart, de Beuzeville, y de otros lugares de Caux; de

Bethencourt eran Juan le Verrier, y Pedro Loisel; y cuatro ó cinco de Picy y de los pueblos comarcanos; se hallaban entre esta gente, maestros de todos oficios. Habiendo reunido todas las personas que deseaba el Sr. de Bethencourt, empezó á hacer los aprestos necesarios para su regreso á Canarias. Compró una embarcacion al Sr. Roberto de Bracquemont, ademas de otra que tenía suya, y no omitió diligencia alguna para abrebriar su viage. Concluidos los aprestos, y despues de haber ordenado á todos los que debian acompañarle, estuviesen prontos para partir el dia 6 de Mayo (1405) siguiente, y señalado como punto de reunion el puerto de Harfleur, donde se hallaban surtas las dos embarcaciones, participó á todos sus amigos y vecinos que emprendería su viage dicho dia, y que el 1.º de Mayo, deseaba festejarlos y despedirse de ellos. Concurrieron este dia á su casa de Grainuille, muchos caballeros è hidalgos, señoras y señoritas, que seria muy largo nombrar; duró esta fiesta tres dias cumplidos, en los cuales fueron todos los concurrentes obsequiados y agasajados de mil modos; y al cuarto dia partió el Sr. de Bethencourt de Grainuille, para reunirse con sus compañeros en el puerto de Harfleur, el dia seis de Mayo, y el dia nueve se embarcaron, haciendose las naves á la vela con viento muy favorable.

Como el Sr. de Bethencourt llegó á Lanzarote, donde fué recibido con gran regocijo de los suyos y de los naturales del pais.

CAPÍTULO LXXXI.

El dia nueve de Mayo de 1405 partió el Sr. de Bethencourt, como dejamos dicho, y con próspero viage arribó á la isla de Lanzarote y á la de Fuerte-aventura; y al descender á tierra, tocabanse trompetas y clarines,

tambores, flautas, arpas, rabeles y bocinas, con tan melodioso estruendo que no hubiera podido oirse el estampido del trueno; quedando asombrados los naturales de Lanzarote y Fuerteventura de aquel ostentoso aparato, que el mismo Sr. de Bethencourt no esperaba, pues no sabia viniesen tantos instrumentos, porque habia en la expedicion muchos jóvenes de quienes aquel señor no se cuidaba y que siendo músicos traian sus instrumentos; á cuyos jóvenes habia admitido Maciot de Bethencourt, encargado por su tio de alistar algunos compañercs, por parecerle podian ser útiles con sus habilidades. Saltó en tierra la expedicion con banderas y estandartes desplegados, llevando todos sus armas, y vestidos con el vestuario que á todos habia dado el Sr. de Bethencourt; y los seis hidalgos que acompañaban á este señor, tenian sus ropas galoneadas de plata, que el mismo les habia costado, ademas de otros muchos, vestidos del mismo modo á su costa; nunca el Sr. de Bethencourt se habia visto acompañado de gente mas lucida. Se hallaba aun la nave á media legua distante de tierra, cuando los naturales de Lanzarote reconocieron venia en ella su Rey y señor. Veianse, desde el navio, acudir en tropel á la orilla hombres mugeres y niños á esperarle, gritando en su idioma. «Aqui viene nuestro Rey” y era tanta su alegria, que saltaban corrian y se abrazaban unos á otros; demostrando asi la satisfaccion que sentian; no siendo menor la que experimentaba la gente que el Sr. Bethencourt habia dejado en Lanzarote y Fuerteventura.

Como ya dejamos dicho, la música que tocaba en las naves, producía tales melodías que era cosa deliciosa el oirla, y los isleños se hallaban asombrados y maravillosamente complacidos. No hay que preguntar como fué agasajado el Sr. de Bethencourt al saltar en tierra. Los isleños se tendían en el suelo á sus plantas, queriendo demostrarle así que le reconocían como señor de sus vidas

y haciendas. Acogió estas demostraciones el Sr. Bethencourt, con grande afabilidad manifestando mucho cariño á todos los isleños, muy en particular al Rey convertido al cristianismo. Recibida la noticia en Fuerteventura, de que su Rey y Sr. habia llegado á la isla de Lanzarote, Juan le Courtois, lugar teniente de dicho señor, se embarcó en una chalupa con sus compañeros, de los cuales era uno Anibal y otro un tal le Boëssiere, y vinieron á Lanzarote á cumplimentar como era debido al referido Sr. de Bethencourt; quien preguntó á Juan le Courtois, en que estado se hallaban las cosas; á lo que este contestó: «Señor todo vá muy bien, y se espera que cada dia vaya mejor; podeis creer que todos vuestros súbditos seran muy buenos cristianos, y que se hallan tan contentos con vuestra venida, que no es posible estarlo mas; los dos reyes cristianos han querido venir conmigo á cumplimentaros, pero yo les he dicho que pronto pasareis á aquella isla, y que no regresaré á ella sino en vuestra compañía.» «Asi se cumplirá, contestó Bethencourt; mañana iremos á Fuerteventura con el favor de Dios.»

El Sr. de Bethencourt, y la mayor parte de la gente que lo acompañaba, se alojaron en el castillo de Rubicon; é inútil es decir con que curiosidad contemplaba aquella gente, asi el pais como sus habitantes, admirando la originalidad de sus trages; pues como ya hemos dicho, únicamente lleban cubierta la espalda con pieles de cabra, y solo las mugeres visten unas hopalandas de cuero que les llegan hasta los pies. Muy contentos se hallaban de ver este pais, y cuanto mas lo examinaban mas les agradaba; comian con mucho gusto los dátiles y otros frutos de las islas, hallandolos muy buenos, sin que nada les hiciese daño; asi estaban muy satisfechos, pareciendoles vivirian muy bien en el pais. Nada podemos decir mas que todos los recién llegados se mostraban muy contentos, y

lo estarán mucho mas cuando vean la isla de Erbania. Preguntó el Sr. de Bethencourt á Anibal como se hallaba y que le parecia de la gente que traia. „Señor, le contestó Anibal, pareceme que si desde luego hubieramos traído tan lucida gente, las cosas no hubiesen tenido tan larga duracion, y la conquista se hallára barto mas adelantada; es una brillante y honrada compañía la que conducis, y cuando los habitantes de las demas islas, que aun no son cristianos, vean su buena ordenanza, se admirarán.”

”Esa es mi intencion dijo el Sr. de Bethencourt; pienso pasar á la Gran Canaria y darle un tiento.

Como el Sr. de Bethencourt fué bien recibido en la isla de Fuerteventura, como salió de ella para emprender la conquista de la gran Canaria, y como tocó en Africa y se apartaron sus naves.

CAPITULO LXXXII.

Salió el Sr. de Bethencourt de la isla de Lanzarote para pasar á la de Fuerteventura, llevando consigo toda la gente que habia conducido de Francia. Hubierase visto al tiempo de saltar en tierra, acudir á la orilla del mar multitud de isleños, al encuentro de su Rey y señor, y entre ellos los dos reyes convertidos al cristianismo. Por demas fuera preguntar si todos estaban contentos; no podria esplicarse la alegria que demostraban á su manera. Llegó el Sr. de Bethencourt á Rico-roque, cuyo fuerte halló muy bien rehabilitado; porque Juan le Courtois habia puesto en ello toda su actividad y esmero, despues de la partida de dicho señor. Los dos reyes Cristianos vinieron á cumplimentarle segunda vez á Rico-roque, y los recibio con el mayor agrado, háciendoles cenar aquella noche en su mesa; no los entendia y valia se para hablarles de un intérprete que llevaba en su compañía; durante la

cena tocaban las flautas, y con la música se hallaban los Reyes enagenados sin tomar bocado; no menos admirados al contemplar los vestidos cubiertos de oro y plata, de mas de cincuenta y cuatro personas que se hallaban presentes, y rivalizaban en la ostentacion de sus trages, especialmente algunos hijos de los vasallos de dicho Sr. de Grainuille y de Bethencourt; y oyóseles decir á los dos reyes, que si desde el principio se hubieran presentado los conquistadores con aquella magnificencia, muy luego hubieran quedado los isleños sometidos; y que, falta de voluntad del Rey sería, si no conquistaba otros muchos países. Los isleños llaman al Sr. de Bethencourt el Rey, y por tal lo tenian. En esto declaró el Sr. de Bethencourt á todos los presentes que su intencion era hacer una correría á la gran Canaria, para reconocer este país; y dijo á Juan le Courtois. «Señor, eso será muy acertado; y me parece que no podrán resistir mucho, si con la gracia de Dios, podemos conocer las entradas del país, y la disposicion de su territorio.» «Tengo intencion, añadió Aníbal que se hallaba presente, de comer allá mis sopas y ganar un buen botin; he estado en esa isla, y no me parece sea tan grande la empresa como se dice.» ¡Oh! dijo á esto el Sr. Bethencourt, si lo es y muy grande, me hallo enterado de que tiene la isla diez mil hidalgos, cuyo número es harto respetable, y no podemos igualarles en fuerza. Peco, á solo el fin de reconocer el país para lo que convenga en lo sucesivo, intentaremos hacer una entrada en él, aunque solo sea para conocer sus puertos, y entradas de la isla; y si Dios quiere no faltará algun buen príncipe, de cualquiera país que sea, que venga á conquistarlos; y quiera Dios así permitirlo; y ahora tratemos de cuando podré hacer el reconocimiento, y quien deberá quedarse en esta isla, pues pienso me acompañe Juan le Courtois.» A lo que este contestó. «Muy bien señor, me hallo de ello muy contento.» «Aquí, continuó el Sr. de Bethen-

court, dejaré á Maciot de Bethencourt, á fin de que vaya conociendo el pais, pues mi intencion es que no regrese á Francia, porque deseo que mi linage y apellido de Bethencourt se conserve en el pais,» «Señor, le dijo, Juan le Courtois, si me lo permitis regresaré con vos á Francia; conozco que soy un mal esposo, pues hace cinco años que no he visto á mi muger.» Y á la verdad parecia no sentirlo mucho. Terminada la cena todos se retiraron á sus alojamientos; y al dia siguiente pasó Bethencourt á Baltarahyz, donde se bautizó un niño isleño, á la bien venida de dicho señor que fué su padrino, poniendole el nombre de Juan; en el mismo acto ofreció á la capilla, una imágen de nuestra señora, un hermoso misal, dos pequeñas campanas de cien libras de peso, y varias colgaduras y ornamentos, cuyos efectos todos habia conducido de Francia para aquella iglesia; la cual ordenó se denominase *capilla de nuestra señora de Bethencourt*, y de ella fué cura párroco el Sr. Juan le Verrier, pemaneciendo en el pais el resto de su vida. Pasado algun tiempo, resolvió el Sr. Bethencourt efectuar su viage á la Gran Canaria; disponiendolo para el dia 6 de Octubre de 1405, en el cual pronta toda la gente recién venida, y algunos otros, salieron al mar en tres galeras de las cuales dos pertenecian al Sr. de Bethencourt, y la tercera habia sido envjada á este señor por el Rey de España. Los temporales obligaron á las naves á separarse, y las tres fueron á parar á la costa de los Sarracenos cerca del puerto de Bojador; en el cual saltó en tierra el Sr. de Bethencourt con su gente, permaneciendo en aquel pais unos ocho dias; durante este tiempo hicieron prisioneros algunos hombres y mugeres que trageron consigo, y cogieron mas de tres mil camellos; mas como no era posible embarcar tan gran número, mataron algunos y soltaron los otros. Con esto emprendieron de nuevo su viage á la Gran Canaria, como lo tenia dispuesto el Sr. de Bethencourt, pero con tan poca fortuna, que las tres naves tuvieron que dis-

persarce otra vez, arribando la una á Erbania y la otra á la Palma, donde permaneció haciendo la guerra á aquellos isleños, hasta que llegó la tercera embarcacion que montaba el Sr. de Bethencourt.

Como el Sr. de Bethencourt arribó á la Gran Canaria, donde su gente dió un combate, en el que por su demasiada confianza fueron batidos por los Isleños.

CAPÍTULO LXXXIII.

Así que arribó el Sr. de Bethencourt á la gran Canaria, tuvo repetidas entrevistas con el Rey Artamy. Fundada en dicha isla, una de las embarcaciones que estuvieron en la costa de Bojador, en la cual venian Juan le Courtois, Guillermo de Auberbose, Anibal, Andrac y otros muchos compañeros; orgullosos todos, por el buen suceso que habia tenido su entrada y escursion en la tierra firme de los sarracenos, dijo un Normando llamado Guillermo de Auberbose, que con veinte hombres atravesaría toda la isla de la gran Canaria; á pesar de todos los canarios, y de sus diez mil hombres de defensa que decíase tener; y, contra las órdenes dadas por el Sr. de Bethencourt, empezaron la escaramuza, saltando á tierra en dos chalupas, por una aldea llamada Arguyneguy, cuarenta y cinco hombres, entre los cuales se hallaban algunos de la gente de Gadifer. A la primera investida se retiraron los canarios en gran desórden, la tierra adentro; pero reaciendose de su espanto, cargaron sobre los cristianos con tal denuedo que los derrotaron completamente, ganandoles una chalupa, y matandoles veinte y dos hombres. Allí murieron Guillermo de Auberbose, que habia sido el que empezó la escaramuza, Godofredo de Auzonville, Guillermo de Allemagne, Juan le Courtois, lugar teniente del Sr. de Bethencourt, Anibal bastardo de Ga-

difer, uno llamado Seguirgal, Gerardo de Sombray, Juan Chevalier y muchos otros.

Como el Sr. de Bethencourt partió de la gran Canaria, para la conquista de la isla de la Palma y la del Hierro; de los combates que allí sostuvieron, y como dejó parte de su gente en la isla del Hierro para poblarla.

CAPÍTULO LXXXIV.

Después de este suceso partió el Sr. de Bethencourt de la Gran Canaria con las dos embarcaciones allí reunidas, y la gente que había escapado de tan funesta jornada, y haciendo rumbo á la Palma encontró en esta isla la otra nave, cuya gente había bajado á tierra, y se hallaban haciendo dura guerra al país; saltó en tierra el Sr. de Bethencourt con su gente, y se internaron en la isla, sosteniendo muchos encuentros con sus naturales, que se defendían valientemente, en cuyos combates quedaron algunos muertos de una y otra parte, aunque más de los isleños, pues escedieron de ciento, y de los nuestros solo murieron cinco. Después de seis semanas de recorrer el país, se retiró el Sr. de Bethencourt con su gente á las embarcaciones que los aguardaban. Dos de ellas fueron á la isla del Hierro, donde permanecieron cerca de tres meses; al cabo de cuyo tiempo ocurrió al Sr. de Bethencourt enviar á aquellos isleños un intérprete llamado Augeron, natural de la Gomera, el cual le había sido dado en Aragón, antes de venir á la conquista, por el Rey de España, llamado el Rey D. Enrique, y la Reyna llamada Catalina; este intérprete Augeron era hermano del Rey de la isla del Hierro, (1) y tanto influyó en su ánimo

(1) Observamos que debe haber en esta relacion algun error, porque no comprendemos como pudiera ser el intérprete Au-

que lo decidió á presentarse con cien isleños al Sr. de Bethencourt; quien retubo para sí treinta y uno de ellos incluso el Rey, y los demas fueron repartidos como botin, vendiendose algunos como esclavos. Y esto hizo y permitió el Sr. de Bethencourt por dos causas, por apaciguar las exigencias de sus compañeros, y para poder colocar algunas familias de las que habia conducido de Normandia, las cuales no podian establecerse todas en Lanzarote y Fuerteventura, sin gravar estas islas, por lo que dejó ciento y veinte en la del Hierro, escogiendolas entre las mas entendidas en la labranza, colocando las otras en Fuerteventura y Lanzarote; y á no ser por estos pobladores que el Sr. de Bethencourt dejó en el Hierro, esta isla hubiese quedado desierta, y sin criatura humana. En tiempos anteriores, fué repetidas veces saqueada esta isla, y despoblada de gran parte de sus habitantes, y sin embargo es una de las mas agradables.

Como el Sr. de Bethencourt regresó á Fuerteventura, donde hizo varios repartos de tierras á su gente, ordenando lo conducente á la buena administracion de justicia y policia del pais; y de los buenos consejos que dió á su sobrino, para gobernar.

CAPÍTULO LXXXV.

Despues que el Sr. de Bethencourt hubo conquistado la isla de la Palma (1) y la del Hierro, regresó á la de

geron natural de la Gomera y hermano del Rey del Hierro, cuando se sabe que los isleños no tenian comunicacion alguna de isla á isla. (N. del T.)

(1) Debese, sin duda, entender por esta conquista de la isla de la Palma, que el Sr. de Bethencourt dejaría en ella algunos pobladores. Lo cual se corrobora por lo que escribe el P. Sosa en su *tipografía de la isla de gran Canaria*, cuyas palabras

Fuerteventura con sus dos embarcaciones, y se alojó en la torre de Baltarahyz que Gaoifer habia empezado á edificar, mientras dicho Sr. se hallaba en España, y ordenó muchas cosas en el pais que fuera muy largo referir. Estableció como ya dejamos dicho, ciento veinte familias en la isla del Hierro, y las restantes en Fuerteventura y Lanzarote, asignando y repartiendo á cada una su parte y porcion de tierras, casas, menages y habitaciones, segun lo consideró justo y cada uno merecia; haciendolo de tal suerte que ninguno quedó descontento. Dispuso que aquellos que con el habian venido de su pais, quedaran esentos de todo tributo durante el espacio de nueve años, despues de los cuales deberian pagar lo que los demas pagasen, es decir el quinto dinero, la quinta cabeza de ganado, y la quinta fanega de trigo, y de todo el quinto por toda carga; y por lo que hace á la orchilla ordenó que nadie osara venderla sin el permiso del Rey y Señor del pais, por ser un producto que puede valer mucho al señor, y que lo dá la tierra sin cultivo. En cuanto á los curas de Erbania y de Lanzarote, sabido es que deben percibir el diezmo, mas como hay poca gente y el trabajo de les eclesiásticos no sea mucho, dispuso recibieran solo de treinta uno, interin no haya prelado, y «si Dios quiere, dijo el Sr. de Bethencourt, cuando yo salga de estas islas, iré á Roma á pedir que se les dé un prelado, el cual ordene y estienda en ellas la fé católica.» Dadas dichas disposiciones, el Sr. de Bethencourt confirió á su sobrino el cargo de lugar teniente y gobernador de todas las islas, que dicho Sr. ha conquistado, encargandole cuide mucho de que en ellas sea Dios reverenciado y ser-

copiamos, «porque aunque á la isla de la Palma la fueron á conquistar, fué porque los palmeros por algunas exorbitancias que con ellos usaban los cristianos que quedaron de guarnicion, se levantaron y los mataron á todos.»

vido, todo lo mejor que se pudiera, y que los naturales del pais, fuesen tratados con cariño. Mandole, asi mismo que en cada isla nombrase dos alcaldes, que estuviesen encargados de la administracion de justicia, bajo su autoridad y superior deliberacion; y que él la mandase hacer, segun lo entendiese y los casos la requieran; dispuso que los hidalgos que permanezcan en el pais sean de buenas costumbres, y que en los juicios que se ofrezcan se les llame á fin de que se fallen por deliberacion de muchos, y que estos sean los mas sabios y personas notables; y en tanto que Dios permite se halle el pais mas poblado, ordenó que asi se haga. Dispuso tambien que á lo menos dos veces al año, se le envíen noticias á Normandia, del estado de las islas; y que de las rentas que le tocan de las islas de Lanzarote y Fuerteventura, se construyan dos iglesias tales como Juan el Albañil, su compadre las trace y edifique, porque le tiene ya dadas sus instrucciones sobre ello, y con este fin condnjo los albañiles y carpinteros necesarios para la obra. En cuanto á vuestros gages, dijo el Sr. de Bethencourt á su sobrino, para vuestra manutencion, es mi voluntad que de cinco partes de las rentas que me correspondan en dichas islas, recibais una, durante vuestra vida, mientras seais mi lugar teniente en ellas; y las cuatro restantes se inviertan durante cinco años en la fábrica de las iglesias, y en los demas edificios que vos y el dicho Juan el Albañil ordeneis, ya sea en reparaciones, ó ya en nuevas construcciones; y os confiero pleno poder y autoridad, para que ordeneis y dispongais en todas las cosas segun veais sea provechoso y debido hacerlo, atendiendo antes á lo que fuere en mi honor que en mi provæcho; y que guardéis en cuanto se pueda las costumbres de Francia y Normandia, por lo que toca á la administracion de justicia, y en las demas cosas que veais convenir. Por último os ruego y encargo, que concerveis la paz y uniuo entre todos, que os ameis co-

mo hermanos; y especialmente entre vosotros los hidalgos, no tengais envidia los unos de los otros. A cada uno le he asignado su propiedad, y el pais es bastante estenso; ayudaos los unos á los otros; nada os tengo que añadir mas que repetiros principalmente tengais paz entre vosotros, y todo marchará bien.”

Como el Sr. de Bethencourt continua ordenando todo lo conducente al buen Gobierno de las islas, antes de su partida para Francia.

CAPÍTULO LXXXVI.

Dicho Sr. tenia dos mulas que el Rey de España le habia regalado, en las cuales cabalgaba por las islas. Tres meses permaneció en el pais, despues que hubo vuelto de la gran Canaria; y en este tiempo recorrió estas islas, recibiendo y hablando á sus naturales muy cariñosamente, por medio de tres intérpretes que llevaba consigo, pues ya eran muchos los que entendian y hablaban el idioma del pais, particularmente entre los primeros europeos que vinieron á la conquista. Acompañaban al Sr. de Bethencourt en su correria, su sobrino Maciot, y otros hidalgos de los que habia dispuesto se quedáran en las islas, iba tambien Juan el Albañil, y otros varios de su oficio, y algunos carpinteros, y maestros de todos oficios, á quienes dicho Sr. enteraba sobre el terreno de cuales eran sus deseos y proyectos, oyendo sobre ellos su dictámen. Recorrió así todo el pais, y dadas sus órdenes sobre lo que era su voluntad se ejecutase, hizo pregonar en la isla que emprendería su viage dentro del término de un mes, que cumpliría el día 15 de Diciembre; en cuyo término acudiesen ante el Rey y señor del pais, todos los que tuvieran algo que pedirle, que haría por ellos tanto que quedarían contentos. En esto vino dicho Sr. á Rubicon

en la isla de Lanzarote, donde permaneció hasta el día de su partida, que se verificó el ya citado 15 de Diciembre. Allí acudieron á despedirlo muchas gentes de todas clases asi de Lanzarote como de Fuerteventura; de la isla del Hierro no fué persona alguna, porque los que allí habian quedado eran en muy corto número; de la Gomera tampoco fué nadie; y en cuanto á la isla de Lobos, no habita en ella persona alguna, y solo se encuentran unos animales llamados lobos marinos, de los que se saca mucha utilidad, como ya dejamos dicho en otro lugar. Allí vino tambien el Rey que era sarraceno, de la isla de Lanzarote, quien pidió al Sr. de Bethencourt, su verdadero señor y Rey del pais, que tuviese á bien donarle el sitio donde habitaba, y cierta porcion de tierras para labrarlas y poder vivir con sus productos. El Sr. de Bethencourt le declaró que era su voluntad tuviese casa y menages, con preferencia á ningun otro isleño de aquella isla, y tambien tierras suficientes; pero que fortaleza no consentia que él la tuviese ni ningun otro del pais. Donóle en su virtud una casa que pidió, situada hácia el centro de la isla, y cerca de trescientos acres de tierra y bosque en los alrededores de dicha casa; debiendo pagar por ello el tributo que estaba mandado, es decir el quinto de todos los productos. Muy contento quedó de esta donacion el Rey isleño, pues no esperaba haber obtenido tanto; y á decir verdad los terrenos que se le concedieron eran de los mejores de la isla para la labranza, y conocia bien lo que pedia. Otros muchos vinieron á Rubicon, á pedir gracias, asi naturales de Normandia como isleños, y todos quedaron contentos. Los dos Reyes de la isla de Fuerteventura, que se habiau hecho bautizar, vinieron tambien ante el Sr. de Bethencourt, quien les mandó asignar, segun lo pidieron, solar para casa y cuatrocientos acres de tierra y bosques á cada uno, de lo que quedaron muy contentos. Dispuso dicho señor,

que los hidalgos se alojasen en las fortalezas, haciendo por ellos tanto que todos se mostraron satisfechos. La demas gente de Normandia fué distribuida y alojada segun pareció mas conveniente, siendo justo que fuesen mejor atendidos que los naturales del pais. Otras muchas cosas ordenó el Sr. de Bethencourt que fuera largo referir, por lo que las omitimos, pasando á hablar de su regreso á Francia, y de como previno á todos los hidalgos que con él habian venido, y á los que ya estaban en las islas, que dos dias antes de su partida se hallasen en su casa, á donde tambien concurriesen todos los albañiles y carpinteros, y los tres Reyes isleños, pues en dicho dia declararia á todos su voluntad, y los encomendaria á Dios.

Como el Sr. de Bethencourt festeja á toda su gente, y á los Reyes isleños; y de lo que les dijo antes de su partida.

CAPÍTULO LXXXVII.

Dos dias antes de la partida del Sr. de Bethencourt, hallaronse reunidos en su habitacion del castillo de Rubicon todos los hidalgos convocados, los tres reyes isleños, Juan el Albañil, otros albañiles y carpinteros, llamados tambien, y muchas personas mas, asi del pais de Normandia, como naturales de las islas; todos comieron este dia en el castillo de Rubicon, y fueron obsequiados y agasajados. Y cuando el Sr. de Bethencourt se hubo levantado de la mesa, se sentó en una silla algo levantada, á fin de ser mejor oido, pues se hallaban presentes mas de doscientas personas, á quienes habló en estos términos: «Amigos míos, y mis hermanos cristianos: Dios nuestro criador ha estendido su santa gracia sobre nosotros y sobre este pais, hoy cristiano y reducido á la fé católica; quiera Dios conservarlo en ella, y darme poder y á vosotros todos, para de tal modo conducirnos, que sea para la exaltacion

y aumento de la cristiandad. Y para que sepais el motivo porque os he reunido á todos en mi presencia, os lo voy á manifestar. Os he reunido, pues, para que obligais de mi propia boca lo que ordeno; y aquello que ordene quiero que así sea ejecutado. Primeramente ordeno que Maciot de Bethencourt, mi pariente, sea mi lugar teniente y gobernador de todas las islas, en todos los negocios que ocurran, sea en guerra, justicia, en edificios, reparaciones, nuevas ordenanzas, disponiendo en todo segun vea que se puede y deba hacer, y de qualquier manera que él quiera hacerlo, ó mandarlo hacer, sin reserva alguna, guardando siempre, primero el honor y luego mi provecho y el del pais. Y á vosotros todos os ruego y encargo que le obedescáis como á mi propia persona, y que no os envidieis unos á otros. Tengo ordenado que el quinto dinero me pertenezca y sea en mi provecho, es decir la quinta cabra, el quinto recental, la quinta fanega de trigo, y el quinto de todas las cosas; y de este quinto mio se invertirán las dos partes, durante cinco años, en edificar dos hermosas iglesias, la una en la isla de Fuerteventura y la otra en la isla de Lanzarote, y la otra parte pertenecerá á dicho Maciot, mi primo; y pasados los cinco años, si Dios quiere, yo dispondré todo lo mejor que pueda. Y en cuanto á lo que dejo al dicho Maciot, quiero que disfrute el tercio de mis rentas en el pais, durante su vida; y al cabo de los cinco años quedará obligado á enviarme el esceso del tercio de dichas rentas á mi casa de Normandia; dandome todos los años noticias del estado del pais. Os ruego por último y os encargo que todos seais buenos cristianos que sirvais bien á Dios, le améis y temais; concurrid á la iglesia y guardad la ley de Dios lo mejor que sepais y podais, esperando que Dios os dé un pastor; es decir, un prelado que cuide del gobierno y direccion de vuestras almas; y si Dios quiere, yo haré de modo que lo tengais, pues cuando yo parta de aquí, con la gracia de Dios

iré á Roma á suplicar al papa os dé un prelado, como he dicho; y Dios quiera darne vida hasta conseguirlo. Y ahora si hay alguno de qualquiera clase ó condicion que sea, que tenga algo que decirme, que me lo diga que yo le obiré y atenderé, de muy buena voluntad." Nadie se presentó á pedir cosa alguna; pero todos decian á una voz, nada tenemos que observar á tan buenas razones, que nadie podria decir ni pensar mejor. Todos se mostraron contentos y muy satisfechos con que Maciot quedara gobernando el pais, lo que dispuso el Sr. de Bethencourt por ser de su linage y familia. Dicho Sr. nombró las personas que queria le acompañasen á Roma. El Sr. Juan le Verrier su capellan y cura de Rubicon quiso marchar con él, y aunque el Sr. de Bethencourt hubiese deseado que se quedara, le permitió acompañarle; llevó tambien á Juan de Bouille su escudero, y otros de su casa hasta seis mas; el uno era cocinero, el otro ayuda de cámara, otro palafrenero, y los tres restantes cada uno tenia su empleo. Llegado el dia 15 de Diciembre, el dicho Sr. se hizo á la mar, en una de susdos embarcaciones, dejando la otra en Rubicon, y recomendó á Maciot que pasada la pascua, despachase aquella nave lo mas pronto que pudiera, para el puerto de Harfleur en Normandia, cargandola de las producciones del pais y que en esto no hubiese falta.

Como el Sr. de Bethencourt parte de las islas y llega á España, de donde pasa á Roma.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Despues que el Sr. de Bethencourt se hubo despedido de toda su gente y del pais, y se dió á la vela, hubieráse visto á todo el pueblo romper en llantos y exclamaciones de dolor, que enternecian los corazones; siendo mayores los estremos que hacian los isleños, que

el sentimiento de los naturales de Normandia. Parecía que sus corazones presentian que no volverían á verle; y en efecto así fué, pues ya no volvió á las islas, aunque salió de ellas con el propósito de regresar tan pronto como pudiese. Hubo isleños que se arrojaron al mar y siguieron larga distancia la chalupa en que se embarcó el Sr. de Bethencourt; tanto sentían su separacion que no puede ponderarse, esclamando de este modo: «Legítimo Señor nuestro. ¿porque nos dejais? ¡Ya no volveremos á veros! ¡Ah! que será de este pais faltandole un Señor tan sabio, tan prudente, y que ha puesto tantas almas en el camino de la salvacion eterna! Quisiéramos que no nos dejara; pero puesto que así lo hace, preciso es nos conformemos; pues es razon haga aquello que juzgue que mas conviene.» Si los habitantes de las islas se mostraban afligidos, no lo estaba menos el Sr. de Bethencourt por su partida; su corazon le anunciaba bien que no volvería mas, y se sentía tan oprimido, que no podia hablar, ni aun darles el último á Dios, ni proferir una sola palabra para despedirse de persona alguna, ni aun de sus amigos y próximos parientes; pues cuando queria pronunciar el á Dios su corazon se afligia de suerte que no podia decirlo. Al fin la navese dió á la vela; quíera Dios por su gracia, guardarle de todo mal y peligro. El viento fué tan favorable que en siete dias llegaron á Sevilla, donde permaneció el Sr. de Bethencourt tres ó cuatro dias y fué muy bien recibido y obsequiado. Se informó de donde residia á la sazón el Rey de España, y habiendole dicho que en Valladolid, partió para esta ciudad, donde se presentó al Rey que lo recibió con mas agrado aun que las otras veces; por quanto el Rey habia oido hablar de su conquista, y de como habia hecho bautizar á los isleños, consiguiendolo todo con suavidad y buenos medios. Cuando el Sr. de Bethencourt se presentó al Rey de España ofreciendole sus humildes respe-

tos, el Rey le acogió con mucho agrado; y si en las ocasiones anteriores le demostró mucha estimacion, aun fué mayor en esta. Preguntóle el Rey como se habia verificado la conquista y de que modo y manera se hizo; y el Sr. de Bethencourt le refirió del mejor modo que pudo, como todo habia pasado, oyendole el Rey muy complacido. Quince dias permaneció el Sr. de Bethencourt en la corte de España haciendole el Rey grandes regalos, suficientes para costear el viage que se proponia; dióle dos hermosos caballos y una mula muy buena, en la que hizo el viage á Roma. Cuando partió de la isla de Lanzarote, dejó una de las dos mulas que tenia á Maciot de Bethencourt. Despues que dicho Sr. hubo permanecido el tiempo necesario en la corte del Rey de España, y llegado el dia de su partida, se presentó á recibir las órdenes del Rey, y le dijo: «Señor, si me lo permitis, tengo que haceros una súplica.»—Decid, le contestó el Rey.—Señor, ya sabeis, por lo que os he referido, que las islas de Canaria conquistadas, contienen mas de cuarenta leguas francesas (1) en las que habita bastante gente; y es menester que sean exhortados é instruidos por una persona de alta dignidad y de virtud, que sea su pastor y prelado; quien me parece tendrá en el país con que vivir decorosamente; y con esto aquellos pueblos se adelantarán, y anmentarán si Dios quiere, siempre de mas á mejor. Así si teneis á bien pedir al Papa un prelado para las islas, hareis con eso para la perfeccion y salvacion de los que hoy las habitan, y de los que las habiten en adelante.—Muy bien decis, contestó el Rey al Sr. de Bethencourt, y no quedará sin cumplirse vuestro deseo por mi, ni por dejar de escribir, lo cual haré con muy buena voluntad; y tambien recomendaré á la persona que deseis sea elegida, si así lo

(1) Esto debe entenderse de las cuatro que habia conquistado. (N. del E. F.)

quereis.—Señor, en cuanto á esto no me he fijado con preferencia en persona alguna; pero contemplo necesario que la persona que se nombre sea un buen sacerdote, y entienda el idioma del pais conquistado; este idioma se asemeja mucho al de la isla de Canaria.—Yo os daré, le dijo el Rey, un hombre de bien que os acompañará á Roma, es muy buen clérigo y entiende y habla bien el idioma de Canaria. Escribiré al Papa vuestra conquista, y todo lo que de ella me habeis referido; y creo os recibirá honradamente, y no se negará á vuestra peticion; porque juzgo que asi deba hacerlo.—El Rey escribió, en efecto, sus cartas al Papa como lo habia ofrecido, y las entregó á dicho Sr. y al clérigo que le ofreció le acompañaría, el cual se llamaba Alberto de las Casas. Asi despachado el Sr. de Bethencourt, y pronto para su viage á Roma, se despidió del Rey y emprendió el camino siempre por tierra, acompañado de diez hombres de su comitiva, habiendo dejado en libertad á los demas en Sevilla, antes de presentarse al Rey de España; y caminó de suerte que llegó á Roma, como se verá en el capítulo siguiente.

Como el Sr. de Bethencourt llega á Roma, y siendo bien recibido del Papa, obtiene todo lo que desea; á saber un Obispo para las islas.

CAPÍTULO LXXXIX.

El Sr. de Bethencourt llegó á Roma al principio del año 1406, dondo permaneció tres semanas; durante este tiempo se presentó al Papa y le entregó las cartas que el Rey de España le enviaba; y cuando las hubo hecho leer dos veces, y bien enterado de lo que contenian, hizo llamar al Sr. de Bethencourt, quien besó el pie al Papa, y este le dijo: «Vos sois uno de mis hijos, y por tal os tengo; habeis acometido uua grande empresa, y dado con ella

principio, si Dios lo permite, á mas grandes resultados. El Rey de España me escribe que habeis conquistado ciertas islas, cuyos habitantes hicisteis bautizar y hoy profesan la fè de Jesucristo; y por esta causa os acojo como mi hijo é hijo de la Iglesia, para que así otros buenos hijos se estimulen y emprendan la conquista de mayores y mas estensos países; porque segun tengo entendido la tierra firme no se halla muy separada de las islas, distando la Guinea y el pais de Berbería lo mas doce leguas. Me escribe tambien el Rey de España que habeis estado en dicho pais de la Guinea, internandoos en él mas de diez leguas, y que allí habeis muerto algunos sarracenos y aprehendido otros; veo que sois hombre de gran cuenta, y quiero que no se os deje en olvido, y que vuestro nombre sca escrito en el catálogo de los Reyes; y en cuanto á lo que me pedís de que establezca en aquellas islas un prelado y Obispo, vuestra peticiou es justa y útil, y os la otorgo; y siendo la persona que deseais se nombre de suficiencia para el oficio, será nombrada." El Sr. de Bethencourt dióle humildemente las gracias, quedando muy gozoso de que sus pretensiones tuviesen tan feliz resultado. El Papa en seguida interrogó al Sr. de Bethencourt sobre varias cosas, y entre otras le preguntó como se habia sentido inspirado de ir á hacer aquellas conquistas tan lejos de Francia; á lo cual contestó el Sr. de Bethencourt de tal suerte que el Papa quedó muy complacido de oírle, y dispuso fuese alojado en su propio palacio, haciendole algunos regalos. Quince dias permanció en Roma el Sr. de Bethencourt al cabo de los cuales dispuso su viage y se espidieron las bulas, segun las habia pedido, quedando nombrado Obispo de todas las islas de Canarias, el Sr. Alberto de las Casas. En esto se despidió el Sr. de Bethencourt del Papa, quien le dió su bendicion, diciendole no reusaria cosa alguna en que pudiera complacerlo, haciendolo de muy buena voluntad.

Como el Sr. de Bethencourt emprende el camino de Francia, y el Obispo Alberto regresa á España, de donde pasa á las islas.

CAPÍTULO XC.

Despues que el Sr. de Bethencourt se hubo despedido del Papa, se halló dudoso si iria á Francia, ó marcharía á España con el obispo; pero al fin resolvió regresar á su pais de Normandia cuyo camino emprendió, despidiendose en Roma del obispo, quien partió para España, conduciendo cartas del Sr. de Bethencourt para el Rey. Dicho Sr. escribió al mismo tiempo al maestre de la nave que lo habia conducido de Canarias á Sevilla, dandole orden para que lo mas pronto que pudiera hallar cargamento, condujera la nave al puerto de Harfleur; pero la nave ya se habia dado á la vela, y no se pudo saber lo que fué de ella, habiendo corrido voces de que habia naufragado cerca de la Rochela, viniendo cargada; lo cierto es que no ha parecido mas, y que se cree fué perdida en el mar. El obispo llevo á España y se presentó al Rey, entregandole las cartas que conducia del Sr. de Bethencourt, mostrandose el Rey muy contento de que este Sr. hubiera arreglado sus negocios como deseaba. Tambien por conducto del obispo, escribió el Sr. de Bethencourt á Maciot, quien se habia hecho armar caballero, despues de la partida de aquel Sr. de las islas. Suspendemos hablar del Sr. de Bethencourt, para dar noticia de dicho Maciot, y de como el obispo llegó á las islas de Canaria.

Como el Obispo Alberto llegó á las Canarias, donde es muy bien recibido por Maciot, y por todos los pueblos; y del buen gobierno en su encargo.

CAPÍTULO XCI.

El Sr. Alberto de las Casas, llegó á las islas de Canaria, desembarcando en la de Fuerteventura, en la que encontró al Sr. Maciot de Bethencourt, á quien entregó las cartas que le traía del Sr. de Bethencourt, que le produjeron mucha satisfaccion; demostrando todo el pais la mayor alegría por tener ya un Prelado y pastor. Y así que corrió la noticia de su llegada, acudió todo el pueblo á celebrarla, mostrandose muy contentos los naturales, de que el prelado hablase el idioma del pais. Ordenó el obispo en la iglesia, lo que le pareció convenia, conduciendose con tal acierto y con tal caridad, que se concilió el amor del pueblo, procurando al pais grandes bienes. Predicaba con mucha frecuencia, ya en una isla ya en otra, sin que se notase en su porte el mas pequeño orgullo; y en cada sermón hacia se rogara por el Sr. de Bethencourt, su rey y soberano señor, á quien debian la vida, es decir la vida eterna, y la salvacion de sus almas. Así, en el ofertorio de la misa se rogaba tambien por dicho señor, á quien debian el ser cristianos. El obispo se condujo tan bien, que no habia un solo quejoso de su gobierno.

De las buenas cualidades y virtudes de Maciot de Bethencourt y de los progresos de la fé en las islas Canarias.

CAPÍTULO XCII.

En cuanto al Sr. Maciot, escusado creemos decir cuanta es su hondad. No hay Rey ni Príncipe, grande ni pequeño, que no diga mucho bien de él, pues de to-

dos se hace amar, principalmente de los naturales del país, que hacen muchos progresos en la labranza, acostumbrándose á sembrar y á edificar. Este es muy buen principio, y quiera Dios perseveren y adelanten en él, para provecho de sus almas y de sus cuerpos. El dicho Sr. Maciot procura mucho por el adelanto de las iglesias, de lo cual el obispo se halla muy contento; todos sin escepcion hacen cuanto bien pueden á la iglesia; los naturales del país acuden con la mejor voluntad y celo á conducir piedras y maderas para la fábrica, y á cuantos trabajos pueden hacer. Los que últimamente vinieron con el Sr. de Bethencourt, se hallan todos bien acomodados, y contentos, y por nada quisieran dejar el país, pues en él no pagan subsidios, ni otras cosas, y viven con gran paz y cariño entre sí. Dejaremos de hablar de esta materia, y hablaremos del Sr. de Bethencourt, á quien dejamos en el camino de Roma á su país de Normandia.

Como el Sr. de Bethencourt llega á Florencia, pasa de allí á París, y desde esta capital á su casa de Grainville; y por fin, de su enfermedad, última voluntad y muerte.

CAPÍTULO XCIII.

Cavalgó tanto el Sr. de Bethencourt que llegó por fin á Florencia, en donde halló algunos mercaderes, que habian oido hablar anteriormente de dicho Sr. y de sus hechos, quienes así que supieron su llegada, divulgaron la voz de que habia entrado en la ciudad un rey que se llamaba el *Rey de Canaria*, y que se habia alojado en la hosteria del Ciervo, en la calle mayor. Uno de dichos mercaderes que en tiempo anterior habia visto al Sr. de Bethencourt en Sevilla, y oido hablar de las islas de Canaria, y de que dicho Sr. las habia conquistado, informó de todo al Magistrado de la ciudad, que se hallava en la

casa capitular; y en seguida mandó á preguntar si en efecto era el Sr. de Bethencourt el que habia llegado; y cuando se le informó que sí era, le envió un decoroso presente, en su nombre y en el de los señores de la ciudad, compuesto de vinos y viandas; fué encargado de ofrecerlo el referido mercader, quien hizo que el Sr. de Bethencourt se detuviera en Florencia unos dias, y lo festejó y obsequió como no puede decirse; pagando cuantos gastos hizo, por mas que lo reusaba dicho señor. Era este mercader muy rico, y habia comido en Sevilla en la mesa del Sr. de Bethencourt con quien tenia muy íntima amistad, y así es que á las primeras palabras, lo reconoció dicho señor. Al cuarto dia de su llegada salió de Florencia el señor de Bethencourt, acompañandole el referido mercader hasta dos leguas de la ciudad. Continuando su camino llegó á Paris, en donde encontró muchos conocidos, y despues de ocho dias, que permaneció descansando en aquella ciudad, se trasladó á Bethencourt en donde halló á su esposa, y permaneció algun tiempo. Escusado es decir el buen recibimiento que se le hizo. Acudieron á felicitarle todos los señores é hidalgos, y los parientes de los que se habian quedado en Canarias; quien le preguntaba por el hermano, quien por el sobrino, el primo &c.; de todas partes acudió gente á darle la bienvenida. Despues de algun tiempo de permanencia en Bethencourt, se trasladó este Sr. á su casa de Grainuille alojandose en su castillo; donde fué igualmente bien recibido y festejado. Si mucha gente concurrió en su anterior regreso, mucha mas vino en esta ocasion á felicitarle, pues no se veia mas que ir y venir gente y presentes. Mucho tiempo permaneció el Sr. de Bethencourt en Grainuille, á donde hizo venir á su esposa; y al cabo de algunos dias, vino tambien el Sr. Reynaldo de Bethencourt, del palacio del Duque Juan de Borgoña, que fué muerto en Monterian Faut-Youne, de cuyo Sr. era dicho Reynaldo mayordomo, á

la sazón; había pasado á ver á su esposa que se hallaba en Roubray la cual se llamaba la Sra. Maria de Briauté, y cuando supo que el Sr. su hermano había llegado, vino á verlo lo mas pronto que pudo, y ambos se abrazaron con mucho cariño, y así debia ser, pues eran únicos hermanos, hijos de Juan de Bethencourt y de la Sra. Maria de Bracquemont; y el señor de Bethencourt Rey de Canaria, no tenia hijo alguno, si bien su esposa era una jóven y hermosa dama; pero el Sr. de Bethencourt tenia bastante edad; dicha señora pertenecia á la familia de Fayel, de las inmediaciones de Troyes en Champaña. Continuó viviendo el Sr. de Bethencourt, conquistador de las islas Canarias, en su casa de Grainuille, por mucho tiempo, durante el cual recibió noticias de las islas, y se proponia volver á ellas, mas esto no llegó á verificarse. Supo que sus dos embarcaciones se habian perdido en el mar, (1406 ó 1407) y que le conducian mercaderias y algunas cosas particulares del pais; y á no ser la desgracia del naufragio de estas embarcaciones, hubiese recibido noticias de Maciot de Bethencourt, mas pronto de lo que las tuvo.

Sucedió un dia que el señor de Bethencourt cayó enfermo (1425) en su castillo de Grainuille, y conoció que se moria. En esto envió á llamar á muchos de sus amigos, y especialmente á su hermano, que era su inmediato heredero, y á quien se proponia confiarle muchas cosas. Madama Bethencourt hacia tiempo que habia fallecido. Repetidas veces preguntó si habia llegado su hermano, y cuando vió que no parecia, manifestó á los que se hallaban presentes, que lo que mas atormentaba su conciencia era la idea de las ofensas y disgustos que habia ocasionado á su hermano, las cuales sabia bien que no habia merecido. Estoy ya persuadido de que no lo volveré á ver; y así os ruego le digais que vaya á Paris á casa del llamado Jordan Guerard, y le pida un cofrecito con

papeles que yo le he entregado, y tiene escrito encima. *Estos son los papeles de Grainuille y de Bethencourt.* Despues de pronunciadas estas palabras tardó pocos momentos en dar el alma á Dios. Su hermano llegó en estos momentos, en que ya no podia hablar; no puede dudarse haya tenido tan buen fin como era buen cristiano; hizo testamento y recibió todos los sacramentos. El Sr. Juan le Verrier su capellan, que lo habia acompañado en sus viages de ida y vuelta á las islas Canarias, escribió su testamento, y se halló presente en su enfermedad y fallecimiento. Este señor murió en posesion y señor de Bethencourt, de Grainuille la Tainturiere, de Saint Sere sous le Neuf chatel, de Lincourt, de Ruille, du Grand Quesnay, y Hucquelleu, de dos feudos que se hallan en Gourel, en el pais de Caux, y Baron desan Martin le Gaillart en el condado d' Eu. Falleció pasando de esta á mejor vida, Dios le perdone sus pecados. Se halla enterrado en la Iglesia de Grainuille la Tainturiere, enfrente del altar mayor. Falleció el año mil cuatrocientos veinte y cinco.

FIN DE LA CONQUISTA DE CANARIAS.

